

P.T. 280

NOVELA
EN FORMA DE PRISMA

*Fernando Caballero
Callandito*

Por Callandito



Propiedad Intelectual - n° 280
t. 94500 FRI

R
15599

LIBRO DE ESTAMPAS

Fernando Calatayud
Calatayud

Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA CENTRAL



10000225980

DEL MISMO AUTOR

“RELÁMPAGOS”

NOVELA
EN FORMA DE PRISMA

POR

CALLANDITO

Fernando Bellón
Callandito

Logroño :
Imprenta y Librería Moderna
1934

P. 102.619



NOVELA
EN FORMA DE PRISMA
POR

CALLANDITO

Es propiedad.
Queda hecho el depó-
sito que marca la ley.

Imprenta y Librería Moderna
1924

PROLOGO

PROLOGO

Un día cualquiera estaba yo paseándome no sé dónde con no sé quién. Es decir, el quién era una muchachita no sé si rubia ni si pintada, con no recuerdo qué facciones, tipo, manos y vestido; pero una muchachita de diez y seis años. Estábamos paseando y por acaso hablábamos. Digo que por acaso, porque ésta es una muchacha gran de mi gusto, con la que se pasan, no diré horas, pero sí minutos y aun cuartos en un sabrosísimo silencio: en ese silencio en que se ven caer de los rosales los pétalos y se sabe por qué han caído; en que se comprende perfectamente el ruidito guasoncillo de nuestros zapatos sobre la arena; y en que, en fin, todas aquellas palabras que cuando estábamos solos habíamos pensado como de perlas para esta ocasión, nos parece ahora terriblemente ridículas. Yo gusto mucho de estos silencios entre dos, en que están los dos calladitos, pensando que va a ser el otro el que lo rompa con una frase que, por llevar ya

tanto tiempo en los labios inquietos sin decidirse a volar, ha de ser más temblorosa que ninguna. Porque hay miedo siempre entre un hombre y una mujer. Aunque se hable, así, de nada, de tennis o de esquís, de libros o de cine, siempre el hombre y la mujer están hablando de amor; aunque estén los dos distraídos mirando lo que viene por allí lejos, hay siempre entre medias, o en canto o en suspiro, aquella divina armonía de los bosques, los campos, los mares y los aires. Y hay entonces el temblor que llamé de miedo, pero que es de gozo de lo que pensara el otro pensamiento, que quisiéramos hacer nuestro como si sólo tuviéramos curiosidad.

En aquel paseo que paseábamos, ahora caigo en la cuenta que había rosales y era primavera. Los rosales eran trepadores, y estaban como esposas abrazados a unos fortísimos olmos, plátanos y castaños, que daban, para nosotros solos, una sombra de hojas, aún amarillentas como cabellos de chiquillos, más finas y suaves que la vieja seda de los mantones de Manila de nuestras abuelas.

¡ Ahora también recuerdo como eran las

manos de la muchachita ! Eran regordetillas, con la piel tan estirada que se pensaba que no se pudieran doblar, y tan graciosas dobladas, que se pensaba que no se debieran extender. Ahora recuerdo cómo eran las manos (que son la cimera de toda personalidad), porque me ha venido a las mientes aquel revoloteo suyo en amenaza, en saludo, en juego, en súplica y en perdón; confundía antes su imagen, y creíalas aquellas grandes mariposas blancas que nos traen las noticias halagüeñas y que tantas veces, aquel día cualquiera, me pasaron por los ojos.

Pues estábamos hablando de amor : no de amor de mí a ella o de ella a mí, que ese decíamos que no existía, sino del amor que se tienen en el mundo los hombres y las mujeres. Estábamos diciendo cómo es el amor tan sutil cosa que es muy difícil encontrar. Créame yo, desde luego, pesimista, y aún, en alguna ocasión, me he vestido de mi tristeza, como si fuera traje de gala, para maravillar con ella a las gentes que están tan contentas de la música de los gramófonos. Pero he aquí que las alegres y alocadas muchachillas de diez y seis años

están tristes y cuerdas, más aún que aquéllos que han tenido ya bajo su bisturí las entrañas medio podridas y sangrientas de muchos cadáveres de ilusión. Las encantadas están desencantadas, las soñadoras despiertas, y la risa ya no es más que juventud y no inocencia.

—Más difícil que encontrar amor, es hallar amistad.

—Quizá, pero menos necesario.

—Necesario es todo afecto, porque para nada sirve.

—Sirve para estimarnos mucho más a nosotros mismos, porque cuando nos damos cuenta que somos agradables a alguien, nos quedamos enormemente satisfechos.

—Menos cuando estamos molestos de agradar, y malpensamos y maldecimos de nuestros creyentes. Como si fuéramos dioses tan endiosados que sólo quisiéramos oír muy lejanos los murmullos admirativos.

—O como si fuéramos insectos tan rastroeros que no nos placiese que nos pidieran más que aquello que pudiésemos satisfacer con nuestro instinto de egoísmo.

Aseguro formalmente que no sé cuáles

de estas frases dije yo ni cuáles ella. El uno preguntaba y el otro respondía : el primero soltaba un pensamiento y el segundo una idea. Pero ¿quién era el uno y primero, y quién el otro y segundo ? Lo ignoro absolutamente.

El caso es (yendo a lo que iba) que sólo esto lo reconozco por no mío y sí de ella:

—Desengáñate, chico: El amor es mezcla de cariño y de pasión .

Lo reconozco por no mío, porque réime cuanto pude en cuanto tal oí. «El amor es mezcla de cariño y de pasión ». Los gorriones piaban con unas carcajadas tan discretas que no parecía sino que eran viejos amadores, Don Juanes de todas las acacias, engañadores y malísimos varones que sólo querían saciar su gusto y revolvar.

—¿ De qué te ríes ?

—De ti y tu ingenuidad. Porque esa sentencia que has pronunciado con la más agradable pedantería que vieron los siglos, sólo tiene parigual en esta otra : « La luz del día es mezcla de sol y resol »

Rió ella también mi burla, y siguieron su voz y la mía como las cintas de esos bailes que trenzan los mozos vascos a lo largo

de una pértiga, mientras el chistu les azota los pies saltarines. Y como los mozos están en un sitio y a poco ya están todos cambiados, así nuestras voces iban de aquí para allá y de allá para más lejos, con todas las apariencias de que cada cual hablaban por la boca del otro.

Después de hablar nos callamos, y después de callarnos miramos ella por la calle que había de seguir yo, y yo por la calle que había de seguir ella, hasta que decididamente nos fuimos cada uno por la nuestra.

En esta llave que los dos hemos abierto como si fuésemos a hacer un perfecto cuadro sinóptico, cuando hemos seguido tan contrario camino, irá este libro, y quizá en él te salte, lector, esta misma muchachita que ahora has conocido. Si la reconoces, ya sé que sonreirás un poquitín y la saludarás, como si fueses tú y no yo el que has pensado que la luz del día es luz blanca, mezcla y revoltijo de luces coloreadas; que la luz de la vida está compuesta de amor rojo, amor anaranjado, amor amarillo, amor verde, amor azul, amor afil y amor violeta; y que en la tierra hay nume-

rosos cuerpos que absorben estas o aquellas radiaciones, dando con las otras tan lindos colores variados que no hay dos hojas de un mismo tinte ni dos ojos de una misma tonalidad.

Y aquí te dejo, porque yo me fuí por la calle, como poeta, mirando el asfalto de la acera y aupando dentro de mí y sobre mí un ansia de un amor blanco, absolutamente blanco, suma y compendio de los siete amores.

ROJO

¡ Qué tarde vienes, lector, a visitarme !
Si un momento antes llegaras, hubieses
comido conmigo. Pero yo te invito para
otra vez, mañana si quieres, cuando pases
por mi puerta sin cita ninguna y no sepas
a donde ir, o cuando mires mis alegres
ventanas y te preguntes quien vivirá detrás.
A mi me gusta tener convidados, discretos
amigos, quizás desconocidos... pero entra
hasta lo más hondo de mi casa: ¡ estaba
entreteniéndote en los umbrales ! Pasa
este gran recibidor y sentémonos, si te
place, en esta fresquísima terraza del norte.
Aquí tienes tumbona donde reposar, y yo
mismo te serviré el café, concentrado,
aromático y caliente, en estas labradas
tacitas de plata. Aquí, estos días caluro-
sos del estío, se reposa gustosísimamente,
respirando el embalsamado aire cernido
por los árboles del jardín y sombreado por
esta enredada parra virgen.

Pues sí : siento que no hayas venido a
comer. Como te decía, mi mayor placer

es acoger en mi mesa a aquellos curiosos y peregrinos ingenios que hay ocultos en la sencilla vida, y que sin ser ni poetas, ni pintores, ni músicos, ni héroes, sienten que su corazón va haciendo versos, y cuadros, y sinfonías, y hazañas. Unas veces tienen el título de médicos, otras el oficio de zapateros, quién sabe si la profesión de vagos. Son esos que tú habrás visto en el cine llenar las butacas y los palcos, que apenas dicen nunca sus sentimientos, y que gozan y sufren con las ridículas comedias de la pantalla: admiradores de bellezas y de gracias.

Yo vivo solo; una vieja mujer me guisa y me sirve, con la que, mientras como, gusto de platicar y que me cuente las sabrosísimas historias de su juventud. Tengo salud y alegría, y no pido a Dios más que un caminante o un amigo como tú, lector, que sentándose a comer de mi comida me traiga un airecillo forastero a mi misma casa. Es mi mesa de ligera madera americana, cubierta de cristal, sobre el que suenan más alborodazamente los platos y los cubiertos que en los antiguos manteles; mi vajilla de fina porcelana y claros colores

que riman perfectamente con los esbeltos talles de las copas; mis viandas tierno pan de flor de harina con la corteza crujiente y la miga esponjosa, verduras y raíces de mil formas compuestas, un poco de carne asada, y un montón de frutas frescas que llenan canastillos y fruteros; y, por fin y remate, tengo en el invierno un rayo de sol sobre el agua y el vino, y en el verano, como hoy, una penumbra que enamora. ¡Otro día te esperol Diremos a Marcelina que nos sirva en aquel cenador que allí parece, y yo te aseguro que no nos ha de importar si sus piernas viejas no corren mucho entre plato y plato; porque suelen venir tan doradas abejas, y escóndense entre los huecòs que dejan entre sí las maduras peras, manzanas, abridores, cerezas, ciruelas y guindas, que harto placer tendremos con verlas libar. He de guardarte para entonces una enorme sandía que ayer mismo de la huerta me trajeron, y verás como cruje el cuchillo al hincarse en la jugosísima carne roja, y cómo ésta se deshace entre los dientes, ahogándose la lengua en puro azúcar.

Hoy he comido solo : Marcelina estaba de buen humor y me ha contado cómo en

sus pocos años se puso a servir en casa de un comerciante. El tal comerciante tenía un hijo que (para que se vea lo atrevidos que son los hombres) se enamoró de ella. Estaba, pues, un día fregando, cuando he aquí que el mozo entró callandito en la cocina, y acercándose a traición, cogióla brúscamente los codos y le acercó el rostro a la nuca. Inclínó ella la cabeza con furia hasta tropezar en la fregadera y, dándole una grandísima culada, huyó escaleras abajo a refugiarse en la tienda, con la cara llena de lágrimas y la boca de sangre. Indignése el padre, llamó al hijo, y afeándole su conducta, echóle en cara la deshonra de sus canas y el desprecio de su hogar. Marcelina, que pese a sus babas y mocos aun tenía curiosidad, escuchaba detrás de la puerta, toda maravillada de que por su insignificante persona se enfadase tanto aquel señor, y más aún, de la frescura con que su enemigo hizo su confesión: porque confesó, ¡pásmate, amigo mío!, que la había querido besar. Colorada como un tomate se metió en su cuarto y allí se estuvo: de vez en cuando se tocaba el cardenal que en el labio tenía y fruncía un poco

el entrecejo, por lo demás bien sereno.

Si la verdad se ha de decir, el mozo era guapillo : tenía unos lindos ojos y facciones finas, y, sobre todo, un pelo tan preciosísimo y tan bien peinado que encantaba. Púsose de monos, y Marcelina reía en su interior de día, y se cerraba bien cerrada, con dos vueltas de llave, a la noche. Pero una tarde se perdió la llave de su cuarto, y afanóse en buscarla por todos los sitios en que se pudiera haber caído. Como no la encontró, después de fregar los cacharros de la cena, sentóse en una silla de la cocina y esperó. Vino la señorita y, encontrándola así, le preguntó qué hacía.

—Nada; que se ha perdido la llave de mi cuarto, y si no parece, yo no me acuesto.

—¡Pero mujer! ¿Qué miedo vas a tener dentro de casa?

—Pues no habrá que tener miedo; pero yo no me acuesto.

Pusieronse de nuevo a buscarla, y en la casa entera no se encontró. La señorita estaba maravillada de la terquedad de aquella chiquilla, y burlábase de aquellos infantiles temores, de ladrones quizá y de sacramantecas. La señorita, claro está, no sa-

bía de la misa la media; apenas se había enterado de la broma pasada de Paquito, y nadie le había contado aquellos requiebros detenidos a prudente distancia (¡zape, gatos!) por las tenazas. Por fin, teniendo en cuenta que era por una sola noche y que al día siguiente le cambiarían todo a otro cuarto, Marcelina resignóse a meterse en el suyo, y poner detrás de la puerta la mesilla, y encima un taburete, para que, cuando menos, si no la defendiese la avisase.

El señorito Paco había salido aquella noche, qué sé yo, por ahí, de parranda, y ella que si se había dormido, no se había dormido, sino que estaba soliviantada con un ojo cerrado y otro abierto, oyó el ruidillo de la puerta de la escalera, y, a poco, pasos en el pasillo, y... pero ¡qué malicia tienen los hombres! Estaba ella, como digo, medio traspuesta, y para cuando se quiso espabilar del todo, ya él había separado despacito mesilla y taburete, sin tirarlos, y coládose en el cuarto. Estaba oscuro que no se veía nada y ella no tenía con qué dar luz; sin embargo, notó muy bien el roce que él hizo al quitarse la cha-

queta y, sentándose de salto en la cama, le dijo :

—¡ Ya se está usted marchando ahora mismo !

Contestaba él que era una tonta, y que no le iba a hacer ningún mal, y que ya sabía lo que la quería... en fin, esas cosas que se dicen; pero la pícara de ella comenzó a gritar : Señorita Amparo... Señorita Amparo..., y el otro sinvergonzón, más que sinvergonzón, no tuvo más remedio que marcharse.

Ya no pasó más : a los pocos días se fué de aquella casa, porque vino su madre y se lo contó todo. Quizá a ti, amigo mío, lector de novelas en que a la vuelta de cada página pasan muchas cosas como jamás te han sucedido, esta ingenua historia de una adolescente, te sepa tan insulsa que la desprecies y a mí con ella. Sin embargo, yo quisiera hacerte saborear estas escenas sin artificio como los mismos febles cuerpos virginales, que nos vuelven el corazón hacia la naturaleza, donde no hay ni enfermedades pasiones ni demasiadas complicaciones psicológicas. Yo soy hombre de gustos sencillos... Pero te pido perdón. Se-

guramente has venido a que te cuente un cuento de amor rojo y no sabes cómo decirme que tanto hablar de mí es impertinencia. Soy un sempiterno hablador, y cuando tengo un oyente, no me preocupo de más que de hablar, sea de lo que fuere. Tú también tienes la culpa: estás ahí callado como un muerto, y no eres para interrumpirme con una buena interjección que me traiga al buen camino.

Pues vamos allá. De amores rojos está lleno el mundo, y más que llena España. Tenemos el encarnado en nuestra bandera, y a las caras morenas y pálidas de nuestras mujeres les va muy bien el rojo de los vestidos y el encendido de los amores que provocan. Las vidas españolas son de gran placer y enseñanza; nos llaman Quijotes y a veces Sanchos, y no somos sino vividores sin cálculo ni medida, ya místicos, ya donjuanes, ya bandoleros, ya simplemente señoritos.

Conocí yo uno de buena familia alavesa, rica y distinguida; Jesús Olavarrieta se llamaba. Era un tipo cenceño y magro, buena estatura, pelo castaño, ojos pardos, mandíbula fuerte, labios inquietos y frente

abombada. Estaba yo entonces en la ciudad de cristalitos, y me hice amigo de él como pudiera haberme hecho de cualquiera. Toda nuestra diversión era pasear al anochecido por la calle de la Estación: allí saludábamos y acompañábamos a algunas muchachas, y luego, a las diez, nos despedíamos hasta el día siguiente. Correctamente llevábamos una conversación que no hiriese la susceptibilidad de ellas, y que de ninguna manera diese a entender unos prejuicios en nosotros opuestos a los que de tiempo atrás existían en la ciudad. Nos aburríamos bastante. Jesús había nacido en aquel ambiente y no lo extrañaba; yo, en cambio, me ahogaba en aquella serenidad en que parecía que la juventud era vieja y circunspecta. Por fin pude marcharme y pasé dos años sin saber nada de aquellas amistades eventuales: pasma considerar cómo unas manos que hemos estrechado, pueden luego quedarse tan lejos que no sepamos siquiera cuando se deshacen ni cuando se adornan con el liso anillo de oro. Cuando volví, ya Jesús no estaba y en los corros se evitaba hablar de él. Intenté saber por qué senda se había perdido, y todo eran

evasivas. No sé quién me contó : Jesús se aburría como me aburría yo. Era ingeniero militar y apenas tenía quehacer. Un día jugó una partida de azar, y dos o tres días después otra, y más tarde a diario. Encontraba en las cartas la emoción que no tenía en su vida vulgar. Era rico y lo de menos era si perdía o si ganaba, sino el no oír al tiempo pasar. Los cartoncitos estaban para él más llenos de vida que los bustos de las señoritas bien educadas de la calle de Dato. El sencillo tapete tenía para él más acogimiento que los lujosos comercios y los magníficos edificios y el reluciente asfaltado. Comenzó a apreciar el dinero, entonces mismo que sin darle importancia lo veía ir de delante de sí a delante de los demás, y unos billetes que antes los llevaba en la cartera sin acordarse, ahora hacíanle vibrar de gozo, de esperanza y de temor. Se hizo jugador.

Otro día en un café se le ocurrió pedir una copa. Como no tenía costumbre, otra vez se le ocurrió tomar dos. Después encontró que con unas cuantas brillaban las palabras como le debían brillar los ojos. Hablaba aprisa, con la voz ardiente, como

un apóstol, como un dios. Los hombres a su lado apenas eran nada, y sus amigos hacíanle a él tanto con escucharle que se creyó (como al fin lo era) más inteligente que ninguno. Tampoco aquí, como en las cartas, le importaba nada lo que defendía ni lo que atacaba con aquella metralla de metáforas y aquellos obuses de ironía: nunca sabía lo que iba a ser un momento después su ideal, su bien, su justicia o su amor; escuchaba cualquier frase de su peña, y luego se armaba paladín de lo contrario. ¡ Ay de los hipócritas y fariseos ! ¡ Ay de los nobles y de los puros ! ¡ Ay de los ladrones y aduladores ! ¡ Ay de los caballeros y de los honrados ! Las gentes comenzaron a escandalizarse; alguna digna señora le negó el saludo, algún círculo le hizo el vacío, y alguna bella cara cubrióse de reprobación para comentar : «Creo que se está poniendo imposible». Jesús gritaba, se emborrachaba y volvía a gritar. Todas esas potencias de los hombres que no son lo que debieran ser, sino lo que sus familias o su capricho han querido que sean: médicos, los rutinarios; profesores, los inquietos; militares, los rebeldes; aboga-

dos, los locos; hacíansele gritos y lanzábalos a la atmósfera de los cafés o de las tabernas, creyendo que arrastraba, aunque no fuese más que en admiración, a aquellos que le conocían ingeniero militar como todos los ingenieros militares: primero, teniente; luego, capitán; más tarde, comandante; por sus pasos contados y sus años de escalafón. Había comenzado a vivir tímidamente, apocado y encogido ante el mundo; el temor al ridículo hízole, en cuanto siguió viviendo, buscar los comentarios y provocar las críticas con el mismo afán con que buscó el vicio, él, el pazguato acobardado entre las faldas de su madre. Salióle a flor de piel la sensualidad que le ponía delante el deseo, como suele decirse, de ser el novio si veía una boda y el muerto si veía un entierro.

Un día conoció una linda muchacha, mecanógrafa en una fábrica de muebles. Era ella una espléndida morena de inmensos ojos y rizado pelo, peinado con raya en medio y recogido bajo la nuca en dos moñitos bruñidos, esbelta y flexible como las mimbres que cortan en las romerías los mozos. En la boca, grande y rasgada,

cantaban los dientes una sinfonía de blancos, propicios siempre a las carcajadas y a los desplantes; el borde de la falda saltábale a su paso decidido sobre las piernas gentilísimas, y los hombros echados atrás le cedían un aire de arrogancia como en figura de baile, que, haciéndola aun más juvenil y virginal, daba en cara a los que la miraban con unas chispitas de malicia.

Olavarrieta, como el buey que pastando en la pradera oye un ruido extraño y levanta la cabeza y fija la mirada, quedóse quieto cuando por primera vez la vió en el descanso de un cine, maravillado de que hubiese una tal belleza en un tal cuerpo. Fuése tras ella a la terminación, díjole no se qué, contestóle ella no se cuál, enredaron las frases, y quedaron citados para desenredarlas cuando se volviesen a encontrar en las callejuelas de los gremios o en las grandes y modernas.

Encontráronse a los pocos días. Sonrió ella, saludó él, juntóse de nuevo, tornó ella a sonreír y luego a reír a boca llena, hablaron, protestaron, prometieron, fuéronse encantando, viniéronse a ilusionar, y llegaron, por fin y remate, a la puerta de la

oficina, donde se despidieron dándose las manos con gran afecto y ceremonia. Aquel día fué víspera de otro, y aquel otro de otro, y cada uno fué tal que arrastró los siguientes, y todos ellos hicieron las vidas : enamoróse, enlazó su brazo y luego su talle, fueron de aquí para allá gritando su cariño en todas las esquinas con secretos y alborotos, buscaron los cines, hallaron los merenderos, deshicieron las hojas de los árboles de la Florida, y se casaron.

En el mundo los acontecimientos vienen mansamente : los actos de hoy originan los de mañana, y los de mañana, los de pasado, y así, lo que los extraños llaman extraordinario, a los íntimos les parece natural. No son saltos sino carrera, y más que carrera de pies, carrera de ruedas. Jesús Olavarrieta se casó, y al casarse dejó su profesión. ¿Por qué? ¿Porque se casó? No : porque se casó sin acordarse que era militar; porque le destinaron a un sitio y no fué; porque le mandaron una misión y no la cumplió; porque riñó con un superior. Se casó y rompió con la familia. ¿Por qué? ¿Porque se casó? No : porque la vida que llevaba había sido ya afeada

muchas veces; porque él necesitaba más dinero del que podía disponer; porque las costumbres de su novia no eran del todo acordadas con su aristocracia.

Se fué de Vitoria : medio echado del cuerpo de Ingenieros, medio maldito de su padre, medio despreciado de sus antiguos amigos. Cuando yo llegué, había vuelto. ¿A qué? El lo sabría. Paseamos juntos alguna vez, y él fué reservado y yo discreto : ni habló ni pregunté. Poco tiempo después se tornó a ir. ¿Había malbaratado sus casas? ¿Había retado al coronel? Se fué y quedóse la ciudad. Apenas se volvió a hablar de él, si no era para ejemplo y escarmiento. Yo le perdí de vista. Pasaron unos años, dos o tres, y también me alejé de los que le conocían. Después, en un hotel de esos que son encrucijadas, lo volví a hallar. Se me vino encima con los brazos abiertos : las amistades más sinceras son aquellas que no existen, que como están lejos no tienen indiscrecciones ni nos ven esos momentos de intimidad espiritual que luego tanto nos duele que nos hayan visto; el afecto que hace las confidencias es el de esos encuentros casuales y breves, en

los que vertemos nuestras angustias, seguros de que el vaso que hicimos al juntarnos se ha de quebrar al irnos cada uno por nuestro lado. Digo esto, porque Jesús Olavarrieta me contó con la misma sinceridad que si fuese un hermano, cuanto le había ocurrido desde la última vez que nos vimos. Había perdido casi todo lo que sacó de su casa, y el resto, con lo que heredó al morir su padre, lo gastó en galas y diversiones de su mujer. Fueron a la costa azul, visitaron Italia, brindaron en París, y recorrieron, en fin, las grandes rutas del turismo europeo. Jesús estaba enamorado de su mujer, tan enamorado que apenas notaba la indiferencia con que le trataba y cómo sólo se resignaba a sus caricias, cuando esta condescendencia pudiera ser precio de otros placeres. Delante de ella no veía más que el cuerpo hermoso, tostado por el sol de muchas playas, turgente como las manzanas camuesas, elástico como de gata. Estaba enamorado con el amor loco de los sentidos, con la atracción bestial que nada razona ni nada siente como no sea esa misma fuerza instintiva. Viniéronse a Madrid y ella comenzó a aburrirse. Reuníanse

a veces a cenar en su casa unos cuantos amigos de copa y tapete, y hubo entre ellos un calavera, no como suelen hastiado y mustio, sino decidor, que alborotaba por todos, y manchaba en las sobremesas los manteles de alegría y champán. Sorprendióla primero y agradóla después, de tal manera que reía todas sus palabras y aplaudía todos sus gestos, de tan buena gana que sólo de oírla brotábales a los otros comezón de celebrarlos también. Cuidaba de ponerlo a la mesa cerca del lugar que ella ocupaba a la cabecera, y muchas veces, a la hora del café, sentábase en el brazo del sillón en que estaba él repantigado. Hablaban de sí mismos, y bien pronto la presión de una mano le hacía volver los brillantes y asustados ojos al rincón en que su marido repartía las cartas. Separábanse entonces bruscamente, y ella asomábase a los vidrios del balcón, con la boca seria y los ojos y los pensamientos riendo.

Nada notaba Jesús : estaba tan enamorado, que a todas horas quería caricias, y cuando no las tenía, sólo vivía en el regusto que las pasadas le dejaron. La vida le era fácil, porque no hacía sino gastar los here-



dados caudales, ponerlos a una carta, perderlos y doblarlos. Con ellas en la mano, distraíase a menudo mirando el fuego como de paja, en el que ardía y chisporroteaba a veces en súbita llamarada o crujía y se abrasaba en el manso rojo encendido de sus entrañas. Derrumbábase (también como los montones de paja que prenden en las eras) desfallecido de amor, despedía a sus amigos con pretexto de malestar, y, yéndose a su mujer, la estrechaba entre sus brazos hasta hacerla daño. Pensaba ella entonces en el otro, indiferente y frío, dispuesto, sí, a cogerla, pero no a robarla. Las pasiones vibraban en el aire sus lengüecillas bipartidas, y, agitando sus alas de murciélagos y sus garras de monstruos, hacían presa en aquellos dos corazones que parecían deshacerse.

De un deseo en otro, de un enfado en un coraje, la mujer conoció al amigo de su marido, y hubo durante una temporada el triángulo de engaños. Después, un minuto le trajo a Jesús una de esas revelaciones completas, que a veces se nos presentan a nuestra vista tan rápidamente que la ciegan, y que condensan en un instante

muchos días y aun años por completo ignorados antes. Comprendió todos aquéllos, pasados en los espasmos y escalofríos de su fiebre, y entendió también el temperamento de la que hasta entonces llamara su esposa, posesa por la furia de las bacantes. Echóse atrás: ni pensó en matar ni en morir, aunque temblóle en el pecho una loca carcajada. Huyó de su casa, y metiéndose en el primer hotel que topó, cayó de bruces en el lecho, y amortiguó con la almohada el latir espantoso de sus sienes. La abrasadora piel parecía tener más vivo que nunca el recuerdo de sus sensaciones, y el ansia inaudita de repetirlas juntábase al asco de la infame.

Entonces me lo encontré yo. Contóme esto, y díjome cómo se había lanzado con rabia al juego y al vino, a la cocaína y a las meretrices. Pasó así un mes, dos meses; luego mi inquieto viajar separóme de él nuevamente. Supúselo aturdiéndose, envuelto en su dignidad de aristócrata, con el mismo ruido con que se aturden los burlados del pueblo. Díome lástima, más que nada, por aquella confianza que tuvo de pronto en mí, y me acordé de él muchas

veces en los escondidos pueblos de mi ruta.

Son interesantes estas novelas que nos dan con su vida nuestros conocidos, y cuyas páginas pasamos lentamente según van pasando los años de la nuestra propia; empezamos el primer capítulo cuando abrimos los ingenuos ojos al mundo, y la hallamos tan interesante que de buena gana iríamos de golpe al final para saber la moraleja; seguimoslas después a ratos perdidos, en charlas o en encuentros; terminámoslas, en fin, con una noticia que nos viene a dar el desenlace y la muerte del compañero de nuestra infancia, protagonista irreal de aquella realidad.

A veces, considerando estas cosas, me pongo melancólico como si no tuviese ya curiosidad de leer; pero entonces me salgo al jardín, sigo sus paseos, me paro ante una mata de claveles chinos, arranco una brizna de grama, pongo en el ojal una ramita de hierba luisa, y ya estoy tan vividor como cualquiera. Porque contra esa que llaman tristeza de vivir no hay otro remedio que la alegría de vivir. ¿Te dicen que hay miserias? Pues grítales tú que hay riquezas. Te hablan del dolor, de la traición, ¡qué se

yo de qué ! Déjalos que hablen y no escuches : también hay sol, y mientras lo haya podremos, cuando menos, tumbarnos en un ribazo, panza a él, con las manos en la nuca, comidos de piojos si quieres, pero felices. Habían de venirte esas amarguras intensísimas del que se encuentra desarmado ante la furia de los demás, y te cogiera yo de la mano, te llevara a un encinar que a la salida de la ciudad hay, y allí verías cómo te empinabas, dando al traste con tus negruras, para alcanzar las dulcísimas bellotas, y cómo casi palmoteabas al descubrir algún ramillete de más gruesas, empingorotadas en la misma punta de una rama. Y si no hubiese llegado el tiempo de ellas, ¿ crees que nos habían de faltar olores o ruidos o simplemente brisas, cuando no alguna mocica que requebrar ? Figúrate que vas por un camino de esos por los que hay que ir con los cinco sentidos para no salirse de ellos y dar en los barbechos o tropezar con las redondas y peladas piedras, que suele haber en sus orillas o en sus centros, y figúrate que te encuentras con una chavalilla, que ha venido a la plaza del mercado a vender la leche de una su querida vaca,

blanca y pinta... ¡ Jesús, lector, qué cara de indignado pones ! Eres tú, por lo que veo, de aquéllos que quieren, empezado un cuento, terminarlo sin la más mínima digresión ni divertimiento. Equivocado estás : no hay plato más sabroso que el apenas probado, perdido; y, como yo pudiese, había de ser para contigo absolutamente Doctor Pedro Recio de Tirteafuera. Pero ya que eres así, y no hay manera de cambiarte, y tienes ganas de saber lo que a mi amigo Jesús Olavarrieta le sucedió, te contaré lo que a mí me contaron de él.

Dicen que por más que su ira era grande fué mayor su amor, y acercándose a la casa de la que había huído, rondó la puerta y miró las ventanas durante varios días, como quien está deseoso de entrar y no se atreve. Tenía todo el aire de criminal y de loco, esclavo de una idea fija, acobardado paseante de una acera, guarda de una esquina, con el pecho lleno de suspiros que parecían maldiciones.

Una tarde, a eso del anochecer, pareció que algo dentro de él se había alzado llenándolo de viveza, o que los nervios, demasiado tirantes, se habían roto brutalmente.

Fuése al portal con decisión, y cuenta el portero que lo vió entrar, que llevaba los ojos desorbitados y las manos crispadas. Subió las escaleras de una en una, pero a saltos, y aún se detuvo un poco en el descansillo antes de tocar el timbre.

Por aquel entonces ya se había cansado su mujer del calavera (o quizá vístole sin pesetas), y habíalo sustituido por un respetabilísimo padre de familia, que a horas honestas la visitaba, y que, siendo muy rico, veníale de perillas a sus gustos suntuarios. Cambió los muebles, adornó las habitaciones, echó coche y aun pagó con aquel dinero fresco las cuentas atrasadas de modistas y joyeros. Era el tal señor un cincuentón de larga cara y redonda tripa, bajo, ancho de espaldas, andarín de pasos cortos, voz seria y calva grandísima, a pesar de unos forasteros pelos que de un lado a otro se la cruzaban.

Pues llamó Jesús, y abriéndole la doncella, que ya de antiguo estaba en la casa, lo dejó pasar. Entróse él a donde su mujer estaba, y, yéndose hacia ella, díjole con la voz temblorosa que no podía vivir sin su amor. Asustóse ella al principio, pero

luego, al mirarlo mejor, comprendió que nada tenía que temer, y, despidiendo a los criados, que pasaban y repasaban por los pasillos, encerróse a solas con él. Ya no se les oyó nada más que frases sueltas, ora airadas, ora suplicantes; pero por ellas, y por lo que luego pasó, fácil es imaginarse que rogó Jesús que le acogiese, como si hubiera sido el culpable, y que ofreció olvidar todo lo pasado. Al poco, abrióse la puerta, y se oyó claramente la femenina voz imperiosa que decía: «Nada me importa». Mi pobre amigo salió lentamente y se dirigió a la escalera, con la mirada fija, hundida en la alfombra. Apenas había dado dos pasos se volvió, y, con una angustia irreprimible asomada a su rostro, murmuró: «Por última vez... Mira que te quiero de tal manera que paso por las mayores infamias...» La mujer señalóle los muebles, y diciendo: «Ya nada de esta casa es tuyo», comenzó a reír con una risa idiota. Vibró de cólera como un látigo sacudido el cuerpo de Jesús; levantó la mano como para descargar un bofetón; cambió bruscamente el gesto indignado por el ansioso del amor, y echó a correr

escaleras abajo, tambaleándose y tropezando como si fuera borracho.

Ya todo fué ruina... Se fué de Madrid, y sin dinero ni manera de saberlo ganar, fué por las ciudades españolas, ayudado aquí por un amigo, empleado más allá por un conocido, compadecido de todos y no salvado de nadie. Los vicios dieron con él, primero en la cárcel, más tarde en el hospital, y cuando salió de éste ya era un mendigo, idiotizado por la cocaína, que caía dormido en un montón de guijarros o en una alcantarilla, que comía en un bote de conservas, encontrado en los muladares, un poco del rancho de los cuarteles, y que paseaba por las calles un largo moco, colgante de sus largas narices de vasco, bailándole delante de las barbas canosas, crecidas y ralas. Las carnes miserables apenas las tapaba con unos trapos y papeles. Pedía limosna donde podía, y alguna vez, los que le vieron, me han contado que de los atrios de algunas iglesias, echáronle con malas palabras los otros mendigos de puesto fijo. Después debió morir.

Esta es la historia de un amor rojo; o mejor, es la historia de una vida que nace

plena de promesas, y que, poco a poco, se va muriendo, y en la que hay, como suprema concreción de vida o suprema concreción de muerte, un amor rojo, un amor de sangre alborotada. ¡Terrible cuento, éste, de realidad! No sé, lector, si te habrá gustado. A mí, no : acostumbro a olvidarlo, y cuando como ahora, algo me fuerza a traerlo a mi memoria, paso por sus momentos más dramáticos (que quizá no sean en tu emoción los mismos que en la mía) como sobre ascuas, y solamente me gusta recrearme en un detalle, que pone en esta vida material, pavorosamente material, un poco de espíritu.

Es el caso que alguna vez me he reunido con una de aquellas amigas que acompañábamos Jesús Olavarrieta y yo en la vitoriana calle de la Estación, cuando las dos éramos jóvenes y nada sabíamos de lo que nos iba a suceder en el mundo. Hemos hablado de aquellos tiempos, y luego, le he referido, o ella a mí, alguno de estos tristísimos episodios. Sufría ella al saberlos o al contarlos, y llenaba de insultos a todos los que no habían hecho nada para evitar que una tan pura nobleza

de carácter cayese en lo más abyecto. Pero una tarde en que más a lo vivo se le representó el encanto de aquellos años lejanos e ingenuos, y aquel a modo de hermandad que había hecho la simpatía en nuestro grupo, me dijo que ella sabía quien tenía la culpa. « Sí (prosiguió), fueron las imbéciles de las Pérez Bañez, que un día, en que le fueron a coser un botón desprendido de la chaqueta, le encontraron una medalla prendida en el forro, y se rieron de él. Desde entonces comenzó a ser así... »

Ya ves, lector : este amor, que no es amor, de esta muchacha, que ya no es muchacha, es para mí de mucho mayor interés que la tragedia de mi amigo dando tumbos por la tierra. Hay gentes que cuando tienen el rostro lleno de lágrimas les saben encontrar un regustillo de humanidad. Yo, no; yo estoy hecho para sonreír, y los vuelcos del dolor me desazonan. Más me hubiera gustado hacerte los honores de mi casa, pasearte bajo los triunfales arcos de mi rosaleta, sentarte en un escondido banco de rústicos troncos, que tengo al final de este paseo, entre esos laureles y jazmines,

y recitarte... Pero ven que te recite, para quitarte el mal gusto que acaso te haya dejado mi narración, unos versos que he compuesto. Y luego que los oigas, ¡adiós, que te vaya bien! Pasas la página, y que otro te cuente de otros amores. Pero no dejes otro día de venir a comer conmigo. Ya sabes: tengo sandía, y, sobre el mantel, para adorno, las hojas que caigan del cenador.

Escúchame ahora este romance, que si como está mal rimado, estuviese bien cantado por un coro de mozas en la plaza emporchada de un pueblo, te había de alegrar los ojirris:

Segadores, segadores,
que segáis de sol a sol;
segando vais corazones
con las hoces del amor.

Segando vais, segadores,
los altos trigos granados:
las hoces tumban las pajas;
al cielo saltan los granos;
en el mar de espigas seco
vais a brazadas nadando;

las frentes sudan copiosas
bajo los sombreros anchos;
y os va naciendo cosecha
a puñados, en las manos.

Mas después, cuando a la sombra
de los haces apilados,
volcáis en fuente de hierro
hondo puchero de barro,
y miráis gachones ojos
de la moza que lo trajo,
y gustáis de su donaire,
y aun le tropezáis los brazos...

Segadores, segadores,
que segáis de sol a sol;
segando vais corazones
con las hoces del amor.

De vuestra patria gallega
habéis venido a Castilla:
con el polvo en los morrales
y el reseco en la saliva;
con el cantar que cantabais
en las barrancas umbrías;
con el afán de aventura,
conquistadores de risas,
cara al sol habéis venido,
camina que te camina.

«¡ Eh, muchacha ! Dame vino
o pon tu boca en la mía,
que tengo sed, que me muero
del calor de mediodía,
y mejor que el vino fresco
un beso la calmaría.

.....

¡ Cómo bebéis a las noches
si el que cuida se descuida !

Segadores, segadores,
que segáis de sol a sol;
segando vais corazones
con las hoces del amor.

Vuestro rastro son rastros,ojos,
vuestro norte los trigales:
los ojos agazapados
mirando siempre adelante;
las zoquetas en el pecho
que os repican los andares;
al viento de la fortuna,
con las abarcas errantes,
vais haciendo los barbechos
para que hagamos los panes.

Pero acaso habéis pasado
por retirados lugares,
vuestros rostros fanfarrones
con sonrisa de donjuanes,
y os digan adiós llorando,
subidos en los pajares,
algunos blancos pañuelos,
que se truequen en pañales.

Segadores, segadores,
que segáis de sol a sol;
segando vais corazones
con las hoces del amor.

ANARANJADO



Son las cerezas como los corazones de las muchachas. Suaves al tacto, rojas a la vista, aromáticas al olfato, alegres al oído y sabrosas al gusto. Tienen un brillo y rebrillo como de cristal: limpio, frágil y exquisito; y, cogidas en la mano, cayendo enredadas por entre los dedos, se diría que van a sonar como cascabeles o como castañuelas. Tienen la misma forma que los corazones de las muchachas: casi hechos esfera por arriba, con un hoyuelo por el que se sostienen del rabillo y de la rama, y que, a las veces, parece copa donde nos ofrece Naturaleza su fuerte, claro, generoso y vivo licor, hecho de rocío (esencia de los cielos, y de savia (extracto de la tierra); apicaradas en pico por debajo, como si quisieran dar en epítome toda su sustancia, a la manera que las muchachas cuando no saben qué más dar de sí (como si ya hubieran dado algo); juntan los labios en punta, y besan, no con los anchos besos de pasión, sino con los afilados, punzantes y buceadores de ternura.

A mí me gustan en gran manera las cerezas, estas cerezas garrafales, no sé si de ámbar, si de cera, si de miel, con una cara, por la que les dió el sol, rosada y aún hecha coral. Y me gusta robarlas por las huertas del camino, por el que voy unas veces bendiciendo a Dios, que puso tantas maravillas para mi regalo, y otras, maldiciéndome a mí, que quito, con sólo una pisada, la vida a muchas hormigas. A la tardecita, cuando ya el trabajo del día es terminado, me siento a descansar en el ribazo, junto a la cerca de espinos, sin flores ni madre selvas, con aguijones, regalándome con sus pinchazos y aromas; hablo con aquél que me ayudó en mi tarea o que se cruzó al acaso, y dejamos caer, como si fuese fruto maduro de nuestros cerebros, las filosofías de los pastores y los labriegos; respiro hondo, como si sintiese melancolía, y me duermo, por fin, bien liado en la manta de colorines de mis ensueños. Pero hay días en que estoy solo y tengo en la lengua una cancioncilla, germen chiquitín de bullanga: entonces busco un cerezo de esos de corteza arrugada, pocas hojas y mucho fruto, callados, enjutos milagros de

tierra, puesto que dan en sus ramas las bombillitas.

¡ Oh entonces, mis cerezas, mis amadas cerezas, corazones de muchachas ! Mírolas desde abajo, levantando la vista y la cara toda, de tal manera que bien pronto ellas creen (y por Dios que aciertan) que las adoro. Dígoles después : «Tú, toda luz, llena de gracia, que me ves aquí en suspiro de sólo mirarte tan de lejos; tú, que tiembles con todas brisas, yo quisiera que sólo temblaras con mis palabras, cuando te hiciese con las palmas de las manos una cuna cálida y blanda, aún más que los nidos de las palomas. Porque eres sabrosa y regalada, quiero comer de ti, y hacer con ello refresco a mis labios escocidos; como si fueras, ¡como que eres!, alimento y golosina». Ellas a veces no pueden contestar, porque tienen la campanilla en el paladar repicando a gloria; otras me dicen : « No me fío de ti; dices las cosas tan bonitas que han de ser mentirosas...» Pero sí se fían y sí me creen. ¿ Cómo no me habían de creer, si las cojo con las yemas de mis dedos y las pongo en mis ojos ? Así están reflejadas en mis pupilas, con unas diminutas go-

titas de rocío, ríe que te reirás, tersas, claras y limpias, amatistas, granates y rubíes. Y luego, cuando las sostengo entre los dientes un instante, y las aprietan las blancas cuñas, y estalla la piel, y se me derrama por toda la boca su dulzura y su acidez... ¡qué jugosos son los corazones de las vírgenes nuevas! Revuélvolos por todos los recovecos del paladar, empujándolos con la punta de la lengua, quitándole al huesecillo hasta las últimas (y más agradables) briznas de carne, translúcida y blanca, como hecha de tintineo de estrellas.

—¿En qué piensas?—me dicen ellas al verme con tal regodeo y fiesta.

—Pienso en que eres como sorbo de agua en el riachuelo de la montaña, como prado entre bosques, como concreción de sueños y estalagtita de ideales, como pezón de teta en boca de recién nacido, como...

—Como... ¡Así de grande la mentirona!

Por bien o por mal, yo tengo hasta veintitrés años. De estos veintitrés, la mitad me la he pasado en Babia, y la otra mitad en las Batuecas. Tan orgulloso estoy de ello, que aun hoy día (que ya soy un

respetable teniente de artillería) tengo a gala quedarme pensando, como muchos me dicen, en las musarañas. Pero, cogiendo carrerilla, vine al mundo chiquitín, y no sé cómo, con un poco de leche, y luego, con unos purés de nada y unas fosfatinas de poco más, comencé a crecer con tales ganas, que hasta hace bien poco no he cesado. Hasta tal punto es esto cierto, que ahora me pongo, sin darle importancia, unas botas que estoy seguro que entonces eran mucho mayores que yo. Esto es otra cosa que también me enorgullece bastante, y que me obliga a sonreír cuando alguna de las buenas señoras que entonces me conocieron, dice toda asustada, pensando, creo yo, que ella ha seguido también aumentando de volumen: «¡Qué chicarrón se ha puesto aquel miajitas!»

Pues como me ha crecido la cabeza, no me han crecido los pensamientos. Tengo el cerebro tan bien conformado para sus mismas ideas como para las ajenas, de tal forma que sólo me duran en él lo que tardan en venirme otras. Creo que Dios, cuando creó al hombre, dijo: «No es bien que esté aburrido», y le dió los pensamientos

para que, haciendo juegos malabares con ellos, se entretuviese; pero con ser esto tanto, y habernos divertido tanto con ellos y las guerras que de ahí se derivaron, aún dijo el Señor : « No es bien que el hombre esté solo », e hizo a la mujer, « non plus ultra » de lo que Él pudo hacer para que jugásemos. Ya se que hay por ahí alguien diciendo que la mujer no es un juguete, sino una mujer, madre de nuestros hijos, y qué sé yo cuantas cosas más. Una mujer es una mujer, como un juguete es un juguete; pero... Esto me recuerda un buen respetabilísimo señor que, todo escandalizado, hablaba mal de los poetas, porque, a su decir, eran todos unos viciosos, marranos y embusteros, degenerados vividores de otro mundo. « ¿ A quién se le ocurría comparar una señora con un vergel ? ¡ Una señora no tiene, por ninguna parte de su cuerpo que se la mire, nada parecido a lo que hay en un vergel ! »

La mujer no es un juguete..., pero ¡ qué chiquillos nos sentimos cuando nos acercamos a ella, con las manos y el corazón temblorosos de aquel gozo, puro y limpio, de nuestros juegos ! ¡ Cómo, con ella en

los brazos, la acunamos y contamos cuentos de amadores y de caballeros y de defensores de su belleza y poquedad! ¡Cómo nos sentimos superiores a todos y levantamos el pecho, como si nosotros, los pobres tenientes, fuéramos generales y héroes! La mujer no es un juguete; pero es jugar el reir y el querer, en el que vamos lanzados, como bolitas de la ruleta, los hombres todos.

Y yo soy uno. Yo soy uno, teniente de artillería montada, rebotado en la silla de mi caballo, entre el estruendo de los carros y cañones, dispuesto a jugar con todo lo serio y a tomar quijotamente todas las novadas que se me pongan por delante: que no hay nada más grande que lo pequeño, y sólo las hormigas son tanto que, cuando estallan por doquiera las bombas, y la metralla incendia el aire y apaga la tierra, y los fusiles se recalientan de tanto disparar, y las bayonetas se embotan de tanto hundirse en los pechos, van ellas, poquito a poco, en empujones y en arrastres, en piruetas y en trabajo, llevando un granito de trigo a su granero.

Mi camarada Pepe Breñal es un buen amigo mío : fuimos juntos al colegio y luego a la academia y después al destino, Nos damos nuestras buenas palmadas en la espalda, y estamos dispuestos ahora a servirnos en las cosas honradas, como lo estuvimos de alumnos en las travesuras.

Pepe es un bruto; yo, por más que amigo, lo reconozco. Está tan satisfecho de sí mismo que es una bendición. Tiene el pelo fuerte y áspero, peinado en cepillo, la nariz ancha, la boca de buzón, la mandíbula un tanto cuadrada, y dos tantos mazi-zos el tórax, de palomo buchón, y el talle, todo robusto y bien formado. La voz es fuerte, más que por naturaleza, porque siempre habla para que le oigan desde lejos, y así, hasta en el saludo, te suelta un «hola, muchacho», que todos los que por la calle van vuelven la cabeza para admirarle. Habla poco, pero se ríe mucho, y esto, tan a golpes y en « ja » que se diría que era alemán vestido de moreno.

Ayer me lo encontré :

—¡Hola, muchacho ! Mira, he tenido carta de mi casa diciéndome que, por fin, se vienen aquí a primeros del mes que viene.

—¡Hombre, pues me alegro! ¡Tengo ganas de darle dos soplamocos a tu hermana Isabel! ¿Te acuerdas qué bien lo pasábamos, cuando jugábamos al escondite en el cuarto de los armarios de tu casa? ¡Qué pandilla nos juntábamos!

—Pues sí: dicen que ya están aburridas de estar separados, y que a donde quiera que me destinen han de ir ellas.

—¡He de escribirlas para agradecerse-lo! ¡Menudos juegos de la lotería de animales hemos de echar!

Mi amigo Pepe dejó caer las siete campanadas de su risa.

Resulta que Pepe tiene una madre y dos hermanas, Isabel y Mari-Cruz. Cuando éramos chiquillos, Isabel, que es la mayor, jugaba con nosotros, y nos hicimos tan hermanos que luego nos hemos seguido tratando como si una misma madre nos hubiese parido: cualquier alegría era común y cualquier tristeza compartida. Mari-Cruz, en cambio, era tan chica que siempre la dejábamos fuera de nuestros alborotos, de tal manera que yo ahora, al cabo

de bien pocos años, apenas me acordaba de ella.

Es esta una familia tranquila y sosegada: cristiana si las hay, infelices aunque no las haya, capaces de dejarse engañar de cualquier bribón, y dignas de que se les hagan todas las cosas que no saben ellas hacer de por sí.

Es Mari - Cruz tan poco morena que, si no hubiese en el mundo el color caoba, todos dirían que era rubia. Tiene unas tonalidades, tan luminosas y cambiantes, que se diría que se encienden por dentro de su cabeza, según sus pensamientos: unas veces son estas ondas de junto a las sienes las que adquieren el brillo de las ánforas antiguas de bruñido cobre, cuando por acaso, al atardecer, caeles un rayo de sol en su superficie; otras, estos remolinos de la nuca, donde hay moños y rizos, en tan bien hallado acorde que no parece que los pusieron así sino las mismas manos que hicieron los « cirrus ».

Me había de placer ir con la pluma dibujando todas las gracias y bellezas que hay

en el rostro de Mari-Cruz; pero soy tan hecho para la primera y mayor impresión que no reconozco a las personas por todas ellas, sino por un detalle, a las veces tan insignificante que me ha sucedido muchas estarme dando señas y más señas de alguien, y no caer en la cuenta de quien pudiera ser, hasta que se me alza en la memoria la revelación: « Ah, sí; que tiene los labios pintados a lo zurdo ». De Mari-Cruz sé decir que tiene una piel extremadamente blanca; de los ojos ignoro todo otro detalle que no sea su grandeza y remanso, y aun esto me pasara desapercibido si no le hubiesen dicho hoy que era bonita.

Estaba yo en su casa y venía ella del colegio con el uniforme azul y plisado, tan honesto que, al disfrazar a la incipiente mujer, ponfale un no sé qué de picardía; el ingenuo cuello blanco y la boina chiquita y torcida eran dos platillos que hacían el « chas, chas » más alegre que imaginarse puede. Yo le dije, como si hubiese descubierto Europa :

— ¡ Pero si eres guapa, Mari-Cruz !

Ella se me quedó mirando en interrogación un instante, y luego contestó :

—¿No lo sabías?

—¡Por Dios, que te pido perdón de no haberlo sabido hasta ahora! Pero de aquí en adelante, lo sabré tan a pies justillas que no sé cómo me voy a arreglar para no decirlo en voz alta, cuando duerma mi guardia en el cuartel.

—No sé como es mi hermano amigo tuyo, ¡adulador!

—Es que a tu hermano no le digo ni pizca ni así de estas adulaciones.

—¡Qué ganso eres! Pero tanto que dices, ¿a que no me has traído el libro ese que me prometiste?

Me levanté, tiré una silla, dí un portazo, salté las escaleras y eché a correr en busca del libro, mientras en aquel primer piso preguntaba la voz bonachona de Doña María, desde no sé qué dormitorio: «¿Pero adónde va ese loco?»

—¡Buenas noches, Mari-Cruz!

—Buenas noches. ¿Pero qué horas de venir son esas?

—«Siempre son buenas las horas si la dicha es buena», como dice el refrán.

—«Nunca es tarde», ¡majadero!

—¿Verdad que sí? ¿Verdad que no es tarde?

—¿Que no es tarde? Que no es tarde ¿para qué?

—¿Para qué ha de ser, criatura? ¡Para venirme conmigo a la verbena! Vamos, nos comemos unos churros... ¿Dónde está tu madre? ¿Dónde está tu hermana? ¡Doña María! ¡Doña María!... ¡Isabel!

—Pero ¿qué es eso?, ¿qué quieres?, no chilles.

—Mire, Doña María: he venido a pedirle permiso para llevarme a sus hijas a la verbena. Ya está pedido el permiso. Hala, tú, Isabel, a arreglarte: ¡Date prisa! Pero tú, Mari-Cruz, ¿qué haces ahí, pasmarota?

—¡Eh! Poco a poco, que yo no he dado el permiso.

—¡Déjame, mamá!

—Señora, todo es honesto. Pepe está allí; he apostado con él a que había de sacar a sus hermanas. ¡Arreglarse!

Se arreglaron en un periquete y nos pusimos a ir a la verbena. En la misma puerta nos dijo Doña María: ¡Ojito con

bailar, Mari-Cruz ! Mira que yo lo he de saber.

Pero no lo supo. Fuimos a la verbena, y bailé yo con Mari-Cruz; la paseé por todos los desagradables ruidos que hacía la orquesta, como chiquillo que fuese mostrando a todos una brizna de hierba, cogida con su sólo esfuerzo; me parecían mis brazos tan anchos como alas de pájaros, y que cobijaba con ellos todos los miedos de Mari-Cruz, y calentaban todos los «no es así», que le brotaban en los labios (sangre al pinchazo) siempre que equivocaba el compás.

Apenas hablábamos más que las corrientes necias vaciedades, que hay que decir sin querer para llenar o por lo menos tender puente sobre los abismos del silencio vertiginoso; pero nunca he gozado tanto, y no con los sentidos: era como si nuestras dos almas se nos hubiesen subido sobre la cabeza y danzasen, no ya con el «chán, chán» ramplón, sino con las inaudibles melodías que tiene la niebla en las montañas, cuando el viento norte arrastra, impele, revuelve y ordena, de loma en loma y de árbol en árbol, formando y deshacien-

do, con el mismo golpe, multitud de figuras.

Los hombres han querido divertirse y Dios los ha castigado con la misma diversión; desgraciados de aquellos que van al jolgorio, no como hemos ido nosotros, pobresillos soñadores, con intención y cumplimiento de llegar y salirnos de nosotros mismos y la fiesta. Porque esta alegría de los farolillos y de las guirnaldas es luto de los cerebros, que se quedan pensando que así son los hombres, como las velas: encerrados en una cárcel de papel de colorines, que aun dejan pasar un poquito de luz al exterior, temblando del frío de la noche, indiferentes al temblor vecino, con más (¡ por oscurecer las estrellas !) hilillos de humo que copos de llama. Y cuando todos ríen a carcajadas, ¿ no habéis oído, por encima o por debajo, un como blando movimiento de las membranosas alas del ángel de la muerte ?

Dígoles porque se me ha venido al recuerdo todo esto de otras noches; que de la que cuento ¡ llenos tengo los oídos del argentino son que hacían las pestañas inquietísimas de Mari-Cruz, al chocar unas con otras !



—¿Qué haces?

—Apuntar una apuntación: con este caballero que ahora se ha marchado son 1127 las personas que me han asegurado que ellos han leído mucho.

Mari-Cruz movió la cabeza sonriendo con conmisericación de mi tontería.

—No creas que exagero: 1127. Unos displicentemente, otros orgullosamente, quién como pidiendo perdón, cuál como concediendo misericordia. 1127: no creo que he conocido más.

—Pues si es verdad, ¿qué mal hay en que lo digan?

—Ninguno; pero cuando tú estás con un buen escrito en la mano, ¿estás pensando que vas a ir a tus amigas y les vas a decir «yo he leído mucho»?

—Yo, cuando leo, o lloro lagrimones como puños o me río como una tonta. No se me ocurre pensar en otra cosa.

—¿No se te ocurre pensar que ese libro lo pueden leer muchas otras personas?

A mí no. Ni sé cómo pueden los poetas y novelistas inventar todo esto: ¡a mí me parece todo verdad! No sé cómo dicen que son tan embusteros; yo creo que

serán cosas que les habrán sucedido a ellos, aunque luego lo adornen un poco.

—¿Tú no has mentido nunca?

—Nunca.

—¿Y no mentirás tampoco?

—No.

—¿Aunque te preguntase cuanto me quieres?

—No sé por qué iba a mentir. Además que es bobada, el cariño se nota.

—Pero aunque se nota, las mujeres gustan a veces de negarlo siendo verdad, y a veces de afirmarlo siendo mentira.

—Yo no. El cariño es lo más noble que hay en el mundo, y cuando se siente, no hay sino decirlo... Pero ¿qué haces, bobo?

—Besarte las manos. ¡Y, por Dios, que mejor te besara la boca que tal ha dicho!

—¡Qué bobo eres!

Mari-Cruz se encontró con que tenía unas manos; hasta allí dejábalas, aquí o allá (porque era muy poco amiga de accionar), y más de un sueño durmieron en su regazo, sin el pretexto de un hilo, o en mis rodillas, sin la intención de una caricia; como cachorrillos que en cualquier parte se quedan colgados de la teta. Pero ahora

ya estaban más inquietas, y ninguna postura las satisfacía; si eran cachorrillos, eran cachorrillos que se quedaron dormidos al calor de la madre, y, de pronto, despertaron sobresaltados al encontrarse solos.

—Mañana tenemos prácticas,

—Debe ser muy divertido.

—Absolutamente nada. Vamos allí de madrugada, nos cuesta Dios y ayuda montar las baterías, pasamos frío, comemos mal, tiramos unos cañonazos y nos volvemos al cuartel. ¡ Si siquiera estropeásemos algún ejército enemigo !

—¡ Muy bonito ! Entonces ¿ lo que a ti te gustaría sería matar enemigos ?

—¡ Ya que gastamos pólvora !...

—¡ Te voy a dar !

—De verdad te digo que ya tengo ganas de ir a una guerra. Los militares, o no servimos para nada o debiéramos estar siempre en campaña. ¡ Quién hubiese vivido en aquellos tiempos de los tercios españoles, que iban por todo el mundo

matando gentes, robando casas y engañando doncellas.

—¡ No sé como no te pego !, ¡ antipático, más que antipático !

—¿ Antipático por eso ? ¿ Pues no dicen que a las mujeres os gustan más los más brutos ?

—¡ Mira que eres ! No parece sino que lo sientes como lo dices. Y después, como el otro día, que te lastimas de un perro que le atan una lata al rabo.

—¡ Qué tiene que ver ! Lo que yo te digo es que quisiera empezar a cañonazos con una nación cualquiera, y arrancarles del mismo corazón la bandera, y echar a correr, y traértela aquí, y decir: «Mari-Cruz, cuarenta millones de hombres están arrodillados delante de ti».

—Y yo diría : « Pues no me gustan ni pizca ».

—Y yo contestara : « Pues que se retiren los cuarenta millones ». Y en cuanto se hubiesen retirado te rezaría la letanía que ya sabes : « Eres nubecilla en poniente. Y más, mucho más. Eres surtidor en la tarde. Y más, mucho más. Eres lago en la cumbre. Y más, mucho

más. Eres estalagfita de ideales. Y más, mucho más...

—¡Ya estamos!

No sé cómo nos arreglábamos que todas las conversaciones, empezaren por donde empezaren, como estuviésemos solos, terminaban en lo mismo. Si de política, en sus ojos; si de avaricia, en su boca; si de frío, en sus manos; si de antigüedades, en su pelo; si de riqueza, en su corazón, y si de arte, en cualquier partícula de su persona. Mari-Cruz era tan ingenua que apenas sabía que me quería, aunque ella lo afirmase. Estábamos haciendo absolutamente un cuento infantil, y estoy cierto que si yo le preguntase: «¿Te quieres casar conmigo?» ella me había de contestar: «No, no, que me arañarás». Me quería tan sutilmente como quieren las adolescentes a sus amigos, que sin tenerles amor les tienen celos, o como quieren las viejas a sus esposos, que sin tenerles celos les tienen amor; me quería con esa divina ternura de los que empiezan a vivir, que no sé qué tienen en los ojos que no ven más

que lo puro y lo noble, y en ello la vuelcan tan generosamente que es crimen engañarla y robo recogerla : ¡ esa divina ternura que nos desarma y limpia de nuestros más potentes deseos !

Recuerdo de un compañero mío, de estos que se llaman vividores, que quiso casarse con dos millones de pesetas. Hízose amigo de los padres, y tan sinvergüenza fué que todos le tuvimos por Quijote. Hízose novio de la hija, y tan retraído estuvo con ella que todos le juramos enamorado. Pasaron unos meses y, en una guardia que nos tocó juntos, me dijo cómo él era indigno, y cómo su afán había sido tener dinero sin trabajar mayormente; me aseguró que, al tratar a la que quiso hacer su mujer, vió tan claro cuán digna era de encontrar un caballero y no un canalla, que asustándose, hizo propósito de volverse atrás. Pero aquí lo del jugar con fuego : encontróse enamorado, incapaz de, por nada del mundo, perderla para siempre. El se reconocía culpable y merecedor del castigo; pero no con fuerzas para imponérselo a sí mismo. Preguntóme qué haría. Yo, que siempre me ha gustado poner jus-

ticia en la vida de los demás, díjele que, si la quería, no se casase con ella. « Eso es un absurdo », replicó. « Pues cuéntaselo todo. Si es como dices, comprenderá que tu pecado sólo fué por no conocerla y quizá te lo perdone; que el amor perdona mucho, y si de buenas intenciones está empedrado el infierno, de malas son los dinteles del cielo ». Se lo contó y...

Pero me está pareciendo que este sucedido ya está bien así para probar lo que quería: que la ingenuidad es todopoderosa, y que no hay más terrible apóstrofe que el que nos lanza la inocencia con sólo existir y la víctima con sólo dejarse ofender. Lo demás no creo que lo probase excesivamente; porque lo demás es que como en el mundo andan el bien y el mal en revoltijo y las cosas tan complicadas. . . ¡ Vaya ! Lo voy a contar todo, y en mi vida vuelvo a echar mano de la vida como prueba de una idea. Sucedió, pues, que él se lo contó, y ella se indignó al principio, le quiso luego, y terminó por sonreír con un poco de socarronería. Y dijo : « Hasta ahora nunca se me había ocurrido que tendríamos necesidad de dinero, ni aun que había de echar

yo todos los días la cuenta de la compra. Pero ahora que tú me dices y que, gracias a Dios, nada nos podrá separar, te voy a decir que buen chasco te llevas si te llegas a casar por dinero. ¿No sabes tú que los banqueros como mi padre, tienen necesidad de aparentar que tienen más de lo que en realidad tienen ?» Mi compañero (¡ al fin era artillero !) se alegró de poder demostrar al mundo y a su conciencia su desinterés. Y entonces, todos los que no sabían lo que yo, pensaron que era un sinvergüenza que se casaba por los millones.

Isabel y yo seguimos tan amigos como siempre: por un quítame allá esas pajas nos tiramos a la cabeza todos los almohadones y cojines de la casa. Isabel es una buena risa. Yo no sé si está o no está contenta; pero cuando se ríe, no hay más que reír o reventar. Suelta las carcajadas como en las fiestas las bandadas de palomas: no es como otras un hilo ondulante más o menos fuerte, con giros o tonalidades; la risa de Isabel es el trepitar simultáneo de multitud de alas, que hace un es-

truendo emplumado, y lleva tras de sí, primero los oídos, después los ojos, y, por fin, la laringe.

Solamente alguna vez se me queda mirando y parece como si quisiera decirme algo; yo escucho temeroso, y ella se arrepiente y no habla. Quizá haya adivinado el cariño que tengo a María-Cruz, y, como hermana mayor, más celosa que la misma madre, quiera decirme algo tan trascendental como que la quiera y no la mienta. ¡Mentir! No; no es mentir, sino decir la única verdad que podemos conocer los hombres con los propios sentidos, este hablar al dictado de las oleadas de sangre que me recorren de arriba a abajo; los nervios, las glándulas, la carne, todo parece que está espiritualizado y que no desea más que escuchar la divina armonía de su voz, no sé si chillona y destemplada, apretar sus manos, no importa si grandes, y mirar sus ojos que son dos pomos llenos del extracto de la inocencia y la ternura. ¡Querer! ¿Y cómo no la había de querer si es más sabrosa que fruto sazonado? Todo eso que los poetas no encuentran en la tierra, esa pureza y limpidez, ese obrar

sano y recto, ese darle a las palabras su propio significado, lo encuentro yo en ella. Sus preguntas me entusiasman de tal forma que me olvido de responder, y entonces quisiera ser efectivamente de barro, del barro frágil de las porcelanas, para golpearme el pecho y romperme y caer a sus pies en pedazos.

—¿Y por qué me quieres?

—No lo sé, Mari-Cruz. Por lo que quiero a Dios

Bien cumplo el ruego que no me hace Isabel, y aun cualquiera lo cumpliría; porque este querer mío, es dejarse querer con el cariño anaranjado de aquellos cambiantes, juegos y tornasoles de los ocasos, donde también besa el cielo a la tierra y la ruboriza.

Ayer, cuando fué al colegio, la acompañé. Yo notaba su andar más retrasado que nunca, y aunque me estaban cantando contentos en el pecho, no la dije nada. En silencio y como aburridos, y sin embargo sin intentar separarnos por eso, andábamos, y era una tragedia para nosotros ver a los pies avanzando lentamente, ya el suyo, ya el mío, y no atrevernos a pararnos para

estar callados. El azul marino del traje y el blanco del cuello, del que salía (maravillosamente rubia) su cabeza de morena, yema del árbol de la vida, hacíanse más blanco y más azul por el contraste, y hacían más gracil el cuerpo chiquillo que tapaban. Las manos, manojos de trigo maduro, pellizcaban una hierbecilla, y los labios, de tan pensativos, estaban sobresalientes y empucheros como si fuesen a sollozar. Levantó la cabeza aspirando, y aún abrió más sus párpados siempre de par en par.

—¡Mira esa nube! Aquella que es como sauce de sol.

Llegamos a la puerta del convento, una puerta estrecha y oscura, con más entalladuras que escrúpulos de monja.

—Hasta mañana.

—Adiós—contesté sencillamente; pero si no hubiese sido por las grandes piedras de los muros conventuales, que escuchaban severamente, le hubiese dicho que también ella era para mí sauce de sol.

A fuerza de pensar en lo que me pudiera querer decir Isabel, he recordado que tam-

bién con ella tuve este noviazgo sin noviazgo. Cuando era como ahora es Mari-Cruz, y daba al mundo sus primeros efluvios de feminidad, hice quizá lo mismo que ahora hago con su hermana; respirarlos y declararme satisfecho. Lo había olvidado, sin duda, porque yo entonces era muy distinto de ahora, y los mismos actos y palabras tenían y tienen muy dispar significado en mi interior. Pero sí; ahora se me viene todo de golpe a la memoria. Hará cinco años, era yo cadete. Isabel quizá no era tan seria. (A Mari-Cruz la llaman sus amistades Nena, Nena Breñal, y es en todo como una nena cohibida que no se atreviese a nada). El color de mi uniforme ha cambiado; yo también. ¿Yo también? No, no he cambiado. Entonces con Isabel, ahora con Mari-Cruz; es igual. La mayor me atrajo y dejó de atraerme; la menor... sucederá de la misma manera. Lo que dentro de ella busco son sus diez y siete años; con un pelo un poco más crespo o un poco más sedoso, con una piel un poco más blanca o un poco más dorada; con una estatura un poco más alta o un poco más baja.

¡ Los corazones de diez y sies años !
A mí me han dicho que me amaban intensamente, y he conocido el furor, sí, el verdadero furor de los besos encelados; pero ¡este fluir manso, como de resina por las heridas de los pinos !... ¡ este palpar alborozado, que se acaba pronto, muy pronto, y que nada ni nadie puede restituir, como no sea en otro corazón nuevo !...

Según van viviendo se van cansando y a poco ya no tienen aquella fe, ni aquel desinterés, ni aquella jugosidad, ni aquella ternura; ya buscan y dan, quizá, un color más fuerte en el amor. Como el tronco de las hayas nace más liso que el cristal, y luego se va agrietando, y haciendo áspero y llenándose de musgos y líquenes, que lo manchan, así las muchachas se van secando y endureciendo, y cuando aun son jóvenes, ya en el espíritu no tienen juventud. Todas esas cualidades que llaman esencialmente femeninas, no se encuentran en las verdaderas mujeres, en las muchachas en flor. La presunción, la coquetería, el egoísmo, la crueldad, la hipocresía, ¿quién las ha hecho, pues que no nacieron con ellas ? ¡ Las han hecho los vientos y

las lluvias que destruyen toda suavidad !

¡ Mari-Cruz, Mari-Cruz ! ¿ Tú también te volverás así y harás maldecirte a quien ahora te bendice ? ¿ Tú también gozarás con las torturas de quien te ame, siendo así que ahora no hay mayor título que esto para exigir tu amor ?

Yo no lo he de ver; los militares vamos de aquí para allá, donde nos destinan, y seguramente antes de que tú aprendas a defenderte y a ofender ya estaré lejos; me quedará el recuerdo siempre igual de tal como ahora eres, y de que yo he probado de tu corazón. Tú también, mientras vivas, te acordarás de mí, y en los amores que tengas, en esos amores de metal y de carne, llenos de odios y de celos, de envidias y revanchas, tendrás como una aspiración el pasado, este presente de ensueño. Pero si no estoy lejos y delante de mis ojos te veo cambiar... ¡ tantas he visto ! Cuando ya no seas tú, Mari-Cruz, nos encontraremos los dos con que no nos conocemos.

No sé dónde he leído, ni si he leído siquiera o me lo ha contado el médico del regimiento, que es amigo de contar teorías, una que dice que en el embrión humano

están latentes los dos sexos, y que más tarde, al evolucionar, por causas desconocidas, predomina uno, quedando, sin embargo, rastros y reliquias del otro; según lo cual, aun en los seres normales, hay un algo de hermafroditismo, que es claro (sin llamar la atención de patológico para el vulgo) en los genios, poetas o criminales. Excepción es encontrar un hombre puro, sin nada de la sensibilidad femenina, o una mujer exenta en absoluto del carácter viril. Los dos sexos siguen en el individuo su desarrollo como si estuvieran en individuos distintos. El femenino, que es el primero que lo termina, da a los adolescentes una apariencia femenil; la piel fina, las formas redondeadas, hasta que el hombre es hombre; y la mujer, también, claramente se advierte, según avanza en años, un avance en los caracteres morfológicos y psíquicos que pertenecen al macho.

Pues bien: me gustan las mujeres cuando son tan muchachas que aún no tienen nada de hombre.

Había un corro familiar: Doña María, sus hijas, una señora amiga y yo. Discu-

tíamos sobre la manera de ser femenina, que según Pepe y yo, es tal que no parece sino que goza haciendo sufrir. Si no la quieren, quiere, y en cuanto la quieren, deja de querer; le gusta hacer la comedia de su sumisión y mandar luego en los más mínimos detalles de la vida de su compañero; ser déspota de rodillas; se emociona con la cursilería de un vals, y en los sufrimientos que se encuentran en el mundo, no ya de amor, sino de pobreza o enfermedad o injusticia, sabe decir como ninguno: «¿Y a nosotros qué nos importa? Déjalo, chico: no te metas en líos, que luego tú sólo te lo has de pasar»; no busca nada noble, y son los hombres para ellas trampolín, si bajos; o pedestal, si altos; toda su bondad de celuloide, o es poquedad o conveniencia, y hasta el mismo Dios no lo aman por sí, sino por su cielo.

Se defendían ellas como podían y reconocían algo :

—Si, tienen razón. El hombre es más agradable en el trato: no tiene ni todas esas bajezas, ni todos esos chismorreos tan comunes en las mujeres.

Isabel, que hasta entonces había estado



con la vista en una labor de aguja que en la mano tenía, callada, pensativa y distraída de las palabras, aunque atenta a los conceptos, puso la tela sobre la mesa y, mirándonos a todos, dijo :

—Muchos defectos tenemos las mujeres, y yo soy la primera en reconocerlos; pero también aseguro que todas venimos al mundo sin ellos.

Asentimos y prosiguió dirigiéndose a mí.

Los hombres nos acusan de duras y secas de corazón, pese a toda nuestra exterior sentimentalidad. Pues sí: secas y duras somos como las piedras; secas y duras (aquí sonrió) como los huesos de las cerezas. Pero aquella pulpa jugosa, aquel colorido nacarado, aquel rocío que trajimos del Cielo a la tierra cuando en ella aparecimos, ¿quién nos lo quitó sino vosotros, los hombres? Si os coméis la carne y tiráis el hueso, cuando luego lo encontráis ¿por qué lo maldecís?, ¿por qué le achacáis a él que muestre su espereza, que bien tapada tenía de ternura? ¡Qué sabrosas saben (como tú dices) las cerezas a la mañana ! Pero ¿por qué no pensáis, vosotros

los ladrones, que las cogisteis del aire y de la luz, vestidas de alegría, y las arrojásteis luego a la tierra, huesos morondos?

—Hay que comer las cerezas antes que se pudran y caigan de lo alto—dije yo fanfarronamente. Sin embargo, cuando se fué Isabel a su cuarto a por no sé qué para su costura, la alcancé en el pasillo, y poniéndole las manos en los hombros, le pregunté :

¿ Por qué has dicho eso, Isabel ?

Se volvió, y mirándome a los ojos con una serenidad que parecía tristeza y que nunca hasta entonces le había visto, replicó :

Porque vas a hacer sufrir a Mari-Cruz.

—¿ Te hice sufrir a ti ?

—Mucho.

De César a Luis.

Madrid 12 de mayo.

AMARILLO

Así me llaman las
las intersecciones
carreteras los caminos de las
carreteras, sólo acuerdo con él. No sé
si él se lo recuerda; pero a los caminos,
con el polvo que levantan los vehículos
biciplata y los innumerables coches, me
remonta de inmediato; que no me da la
sensación de un viaje. Yo no quiero ir a
el campo de batalla y sólo al campo de batalla
en el campo de batalla. Yo quiero ir al campo
de batalla, pero no al campo de batalla, porque
no es un campo de batalla, sino un campo
de batalla. Yo quiero ir al campo de batalla,
pero no al campo de batalla, porque no es un
campo de batalla, sino un campo de batalla.

Así también llaman a los labradores
de la tierra, pero no a los labradores, sino
a los labradores, porque no son labradores
y no son labradores, sino labradores. Yo
quiero ir al campo de batalla, pero no al
campo de batalla, porque no es un campo
de batalla, sino un campo de batalla. Yo
quiero ir al campo de batalla, pero no al
campo de batalla, porque no es un campo
de batalla, sino un campo de batalla.

Majuelo, 15 de julio.

Aquí me tienes, en este pueblín, lejos de las interferencias que producían en mi pensamiento los pensamientos de las gentes ciudadanas, poco acordes con él. No sé si a ti te sucederá; pero a mí, las ciudades, con el polvillo que levantan los innumerables pies y los innumerables cerebros, me perturban de tal manera, que no me dejan ni pensar ni sentir. Yo no quiero ser uno más en el rebaño, y sólo siéndolo se está a gusto en el centro de él; quiero ser tan humano que no sea hombre, porque tan se nos han revuelto las palabras y las acciones ya que los hombres son inhumanos.

Aquí también piensan estos labradores de la tierra; pero no estorban sus pensamientos, porque no son bullangueros y amigos de transmitirse, y no dan seguramente a las células nerviosas esa tensión que los lanza al éter. Aquí no se paran en la superficie, en la lisa superficie resbala-

diza de las cosas, en la que tan fácilmente se puede pasar de una a otra y aún patinar por todas, con el vértigo de la velocidad y de la inconsciencia, sino que se paran en un sitio y escarban y ahondan, hasta hacer un hoyo, que bien puede ser un pozo. Nunca como aquí he oído repetir las frases con machacona insistencia, a veces dándole distinto significado, pero casi siempre remachando también la intención, como quien sabe que su verdad es la suprema y su filosofía la universal: ¡cuántas veces con alguno de estos lugareños, que me tratan de tú sin conocerme porque conocieron a mi padre, me ha sucedido reirme de sus inocentadas, y luego, a fuerza de decirme : «Sin embargo, yo te digo...» y «aún así, yo te aseguro...» y «tan cierto como que es de día...» encontrarle el meollo a sus palabras! Podrá no ser cierto lo que éstos se «maganan», pero ¡cuánto más agradable que el moderno «respeto a las ideas ajenas»! Las ideas no se deben respetar; respétense en buena hora los hombres, pero no las ideas que tengan, porque el que respeta, acata, y el que acata, sirve. No sé que ventolera de locura ha soplado so-

bre mi generación, ni si es antigua ya en el mundo; pero no parece sino que está en el universo entero la maldición de Babel, y no se entienden los hombres. Escandalizado estoy, y con el corazón tembloroso de compasión, al ver cómo se tiran pedradas y dicen: «Cada uno puede pensar como quiera; pero estos canallas que de lo más noble hacen escabel para subir...» Transija con los hombres y no con las ideas quien quiera ser discreto: trate a éstas de sinvergüenzas, de ladronas y asesinas, y diga a aquéllos: Nadie tiene derecho a pensar más que de la manera justa, que es la mía; y si alguno no piensa así, sea bien venido a mi casa

No hace mucho he estado hablando con un labriego: me contó que de joven, cuando se había casado e instalado en una tierrita, sobre la cual había sembrado hortalizas y proyectos, tuvo la desgracia de matar a un hombre que le había arrancado el semillero. Pues bien: de lo que le sucedió después, los años de presidio, la vida truncada, nada le indignaba como que su abogado defensor y su abogado acusador fuesen «tan amigotes»: «¡ Si son todos

unos para espiojar al pobre!» El comprendía que las ideas de los dos eran también amigas, y que el uno acusaba y el otro defendía de mentirijillas, sin estar convencidos el uno de su inocencia, y el otro de su culpabilidad. No le importaba que se saludasen correctamente, sino que no fueran por la calle con la misma discusión que en la sala. Porque él sabía lo que se nos ha olvidado a nosotros: que hay que convencer al que está en error.

No sé como me he metido a hablarte de estas cosas que si no te aburren, sí por lo menos te han de parecer impertinentes: bástenos saber que quería decirte que he venido a este pueblo, por mi liberalísima voluntad, a cuidar de la hacienda.

Ayer, cuando bajé del coche de línea, en el que vine desde Logroño, me esperaba en la plaza medio pueblo y ninguna autoridad. El boticario, el cura, el médico, todos son gente nueva que no conocen a mi familia más que de oídas, y a mí de leídas, pues quién más, quién menos, por ser del pueblo, han cogido en sus manos uno de mis libros. Alguna vez me han recibido comisiones en las estaciones de

las ciudades, y he visto la gloria, vestida de más o menos etiqueta y distinción, saludarme con sus vítores; sin embargo, nunca he sentido el emocionado agradecimiento de ayer, cuando mi nodriza me dijo : «¿Qué hay, majo?» ¡Oh Encarna, de buena encarnadura, colorada y sana, que me diste la leche de tus pechos cuando se secaron los de mi madre !

Aquí me tienes hecho labrador: mi mayoral se sonríe cuando yo le indico alguna labor fuera de su rutina, porque, al fin, yo soy tan ciudadano que quiero arar la tierra con los libros. Por mi ventana, que tantas veces se me entraban los estruendos de los coches, de los tranvías y de las multitudes, ahora apenas se ahila el cacareo de una gallina ponedora, que ha dejado, con todo mimo y alegría, mi cena en el cesto de la cuadra.

Pudiera así contarte las alabanzas de la aldea y el menosprecio de la corte, porque, efectivamente, a los que venimos absolutamente intoxicados de civilización, nos limpia y reposa este democrático mandarnos de nuestros criados y la quijotería de los campesinos. Dígolo por la seña Juana,

hortelana de una señora del pueblo, a cuya huerta suelo ir, y que ayer me decía : «Ha venido esa criada a comprar un kilo de peras y me ha dado una perra pa mí: no la he querido tomar; yo ya tengo pa comer y, mal que bien, siempre tengo en la bolsa un duro pa una necesidad; si no tuviera, bueno. Yo no quiero tomar nada de nadie; si el ama me diría «cójalo» lo cojería; pero si no, no quiero. ¿No le parece? El ama me ha dicho que venda estas peras; las vendo; pues ya está: no me tienen que dar nada. ¡ Si el ama ya me da de comer ! ¿ No le parece que he hecho bien ? » Me estuvo tanto rato preguntando que qué tal me parecía, que no tuve más remedio que ocultar la ridiculez de su acto (que quizá se apareciese en mis ojos), y sacar mi aprobación de lo más hondo de mis entrañas. Así hay que ser: despreciadores de una perra que nada ofendía, a nosotros ni a nadie, con la misma dignidad y el mismo orgullo con que rechazaríamos un capital si nos quisiesen comprar el honor. En lo sin importancia es donde se ven los caballeros; en lo cotidiano y en lo que los menguados se reirán, es donde hay que sacar la espada

y arrojarle a las mayores locuras.
Te pido perdón: se me había olvidado
que te estaba escribiendo una carta. -César.

De Luis a César.

Madrid, 7 agosto.

¡ Oh las aldeas perdidas, las idílicas
aldeas donde las gallinas ponen un huevo
en el cesto de la cuadra ! ¡ Oh los sencil-
los y nobles castellanos, que no saben de
la mentira, de la envidia ni del bicarbona-
to ! ¡ Oh y cuánta lástima es que cuantos
en el mundo han sido, necios y sabios, han
puesto por las nubes la tranquilidad de los
pueblos y se han ido a vivir a las ciudades,
pues si no tú, César, filósofo y poeta, no-
velista y dramaturgo, propietario y holga-
zán, habías de hacer de ellos un elogio
preciosísimo ! ¡ Ahí es nada huir de los
grandes rebaños de hombres y meterse en
los pequeños, donde, por mejor oler, hay
además de vacas y de ovejas ! ¡ Y encontrar
la bendita suciedad y las encantadoras
moscas !

Tan comprendo lo tranquilo que se esta-

rá ahí que no me puedo imaginar cómo te has ido tú, que si tienes algún defecto (y sí que tienes bastantes) es el no saber estarte quieto, a no ser que tengas una idea de algún libro, y te hayas retirado donde nadie te estorbe para escribirlo. Porque simplemente para comer huevos pasados por agua y hablar mal del prójimo, más o menos ciudadano, no creo que merezca la pena. Espero, pues, la causa justificante, y no dudo que me saldrás con una pata de gallo, como aquella vez que te pregunté por qué destruías toda una edición, y me contestaste que porque te había dicho una mujer que el color de las cubiertas no le gustaba.

En tu próxima carta espero también que empieces a encontrarle defectos al pueblo de tus mayores, y aun a sus habitantes, y te quedes tan descontento de él como de todos los demás que hasta ahora has conocido. Me da risa verte de aquí para allá, pensando bien primero y descorazonándote luego; ¡cuánto mejor es ir absolutamente descorazonado, y, luego, quedarnos tan contentos si alguna persona, que acabamos de conocer, nos ofrece y da un pitillo!

Hay que llevar siempre (ya ves que yo sirvo tan bien como tú para dar consejos que no se me piden) una risa preparada, porque en lo más trágico salta lo más chusco, como les sucedió a unos paisanos míos, que acaban de venir de París, en donde fueron a ver un horroroso antropófago, negro como el carbón y feo como Picio, y que, cuando más pasmados estaban viéndole desgarrar carne y cruda y dando alaridos, se les quedó mirando, y les dijo en español: «Dame un pito, que soy Agapito».

Te abraza *Luis*.

De César a Luis.

Majuelo, 10 agosto.

Tienes la habilidad de preguntarme cosas que nunca se me pasaran a mí por la imaginación, y así, no extraño que te conteste con respuesta poco acorde. ¿Por qué he venido al pueblo? Yo nunca hago nada con «por qué», y aún pienso que sólo los barruntos de que existe, es lo suficiente en cualquier propósito mío para dejármelo en tal. Multitud de filósofos han roto plu-

mas y tímpanos en hacer leer y en hacer oír que no sabemos la razón de nuestras obras: obramos lo que no queremos, y lo que tenemos ansia por acometer, llegado el caso, se nos anega en desidia. Unos le echan la culpa a las estrellas, y otros, más modernos, a nuestras secreciones internas; el caso es que una fuerza nos impele, como a las moléculas orgánicas en los vendavales, y herimos o nos hieren, las más de las veces sin nuestra propia voluntad. Pues si es así, ¿cómo quieres que dé muestra de mi vanidad diciéndote, que, pesadas las razones en pro y en contra de mi venida aquí, he encontrado mayores las de en pro? No; he venido porque sí: porque un día leí la palabra «agro» y estaba bien dispuesto para leerla; porque me cansé del asfalto y de los guardias de la circulación; porque una señora me dijo: «yo no sería capaz, si veía engañar a un amigo por otro amigo, de avisarle. ¡Es una cosa muy delicada! ¡Siempre se sale con las manos en la cabeza!»

Te estoy escribiendo en medio de una de mis viñas: de las cepas secas, duras y agrietadas como los corazones de los doloridos (¡en todo veo parábolas!), nace la

pompa tierna, alegre, flexible y limpia de las hojas y la dulzura próxima de los racimos. Está la viña en una ladera, cara a poniente, y en un alto que domina una gran extensión. ¡Qué fuerte se respira en las cumbres, aun chicas! El hombre, animal sociable porque así lo han clasificado, gusta de estar solo y dominar: gusta de ser águila y no abeja. ¡Qué humanísimo se encuentra uno en los altos!

Ahora que me he encontrado conmigo mismo, me he acordado de una mujer que conocí dos días antes de venirme: es alta y carnosa como pintan a Juno, y tiene la cabeza aureolada de altivez. Quizá sea bello ser amado por ella; pero no ha de haber más magnífico espectáculo que cuando, ofendida, lance su cólera. Tiene el pelo rizado, más bien que ondulado, y cuando se despeina todo son tirabuzones transparentes que le bailan y aun tintinean. Estará quizá en los 30 años; ya ves, pues, que me lleva bastantes. No sé qué encanto tienen las mujeres a esa edad en que ya han perdido la juventud y aun no han encontrado la serenidad: parece como si se reuniese en ellas lo mejor granado de toda su vida y lo



ofreciesen impacientes, desesperanzadas, al más cercano.

Siempre he pensado que cada mujer está hecha para, en un año, dar de sí el máximo de belleza: unas es en la primera juventud, otras en la segunda, otras en la madurez, y aun hay algunas que no encantan hasta que desencantan y se les llena de canas la cabeza. Acaso en esta que te digo se uniese esa predestinación al milagro de los treinta años, y me maravillase por eso más: porque no era bella más que su dentadura y aun así subyugaba. He dicho su dentadura, y para que veas cómo me deslumbró, te voy a copiar unos renglones que esta mañana se me han ido de la pluma.

A ti, la más diosa de todas las diosas,
a ti, humanísima mujer terrenal,
a ti me dirijo y pregunto: ¿cómo osas
tapar con tus labios la risa dental?
Si tienes los labios si rojos, agudos;
si tienes la carne si bella, cansada;
si tienes los gestos si vivos, ya mudos,
¿por qué nos escondes la hermosa quijada?
Descubre, descubre los dientes hermosos,

desnuda sus blancos, sus fuertes rebrillos;
échanos al rostro reflejos, reposos
de aquellos tus años que fueron chiquillos.

Tú, la que ya tienes los ojos dormidos
bajo las espesas cejas sombreantes;
tú, la de en la frente surcos doloridos,
sembrados de secos trigos vacilantes;
tú, la de las manos llenas de ternura,
finas y flexibles manos calurosas;
tú, la de la altiva, serena apostura
de diosa más diosa de todas las diosas;
tú, que habrás gustado todos los sabores
mordiendo con fuerza y coraje dementes;
tú, que habrás llevado tristezas y amores
por toda la boca ¡ muéstranos los dientes !
Muéstranos los dientes, columnas gentiles
que sostienen bóveda de templo sagrado;
muéstranos aquellos huesos juveniles,
lo poco que queda del muerto pasado.

¿Lo poco? ¡Lo mucho! ¡La risa en chis-
[pazos !

Nada que tuvieras valiera lo que eso :
ni los mismos ojos, ni los mismo brazos,
ni tu mismo virgen y trémulo beso.

• • • • •

¡ Oh, maldita sea la melancolía

que te tiene yerto tu rostro de piedra,
que te tiene oculta toda tu alegría
bajo la severa, tenebrosa yedra !

Y con eso te saludo y firmo.—*César.*

De César a Blanca.

Majuelo, 20 julio.

No sé hasta qué punto serás capaz de perdonar; pero yo de mí si sé hasta el que soy capaz de ofender, cuando la ofensa es matar el silencio entre los dos. A los dioses se les reza y nunca responden: no me importa que tú quieras hacerte diosa mía. Te escribo cuando apenas si después de presentados hemos hablado dos horas, en dos días: ¡almas gemelas hay ! Y cuando dos almas de éstas se encuentran ¿ por qué se han de separar con tan sólo un saludo ? Todo el tiempo que en el mundo llevo tengo dentro de mí una furia contenida contra ese forzar y negar los más sociables sentimientos en las modernas sociedades. Muchas veces he encontrado mujeres con las que, a no dudar, hubiera

sentido los puros goces de la amistad: siempre ha habido quien me ha apartado diciéndome: «Quizá espera amor y luego dirá que la has engañado», o «quizá creará que la amas y no te quiera replicar de desprecio o de lástima». Sentimos los hombres algo más que el instinto animal del amor, muy puro, pues que Dios le hizo, pero muy limitado: sentimos que nos hará bien la suavidad femenina sobre las escodaduras, y ese confiarse como no lo hacemos en un camarada (de vergüenza) o en una madre (de respeto); cuando se ama no se habla, y a veces queremos hablar y que nos escuchen. Eso quiero yo ahora. Quizá sea egolatría y endiosamiento: yo creo más bien que es humanización, y que son así, no ya los artistas a los que vulgarmente se les achaca, sino todos, hombres y mujeres. No es vanidad: es la congoja que necesita de suspiros y el alborozo de gritos.

Ahora que te he encontrado a ti que tienes tanto espíritu ¡vengan los sensatos a aconsejar!; yo no por eso he de dejar de coger tus manos y decirte: «Estoy triste, amiga mía».

Te escribo a San Sebastián, porque te supongo ahí una temporada. Yo que también la pensé pasar, a fuerza de ver el mar me acordé tan acuciosamente de mis rastroyeras, enjutas y amarillas, que me vine aquí. Seguramente no he de encontrar en ellas una conversación como la última que tuvimos, pero sí muy parecida, como quiera buscarles a las palabras aldeanas un segundo sentido. Los poetas, más o menos versificadores, han llenado las cabezas de los que nos tenemos por civilizados con tanta comparación que ya al ver los frutos de la tierra vemos los frutos del cuerpo. Y además, ¡cómo se parecen algunas gallinas, cerdos o asnos a nuestros conocidos! La misma expresión de ojos, el mismo andar, hasta se diría que tienen la misma psicología. Hay gentes (tú lo sabes bien) que de las dos almas que tenemos sólo emplean una: la material, si así puede llamarse. Son esas que se nutren, crecen y se multiplican, tan naturalmente, que es lo que se ha dado en llamar personas normales. Desean el bienestar, respetan esas palabras encubridoras a las que llaman virtud, saludan correctamente, aman a sus hijos...

Aman a sus hijos. Esto me recuerda que estando no hace mucho en una reunión de estas personas, ensalzaron todos acordes el amor maternal. Yo, que conocía el de todas las señoras que allí estaban, les dije: «Es cierto: nada tan espiritual como ese amor en que la materia desaparece. Voy a contarles una historia para que vean hasta qué punto llega la abnegación de las madres. Era una mujer a quien se le murió el marido y le dejó tres criaturas. Tuvo, pues, ella que buscarles el alimento. Se lo traía, se lo aderazaba como ella sabía que era más de su gusto, y gozaba luego viéndoles comer. Un día, por razones que no hacen al caso, no lo encontró, y sus chiquillos pasaron hambre. Al día siguiente sucedióle igual y, loca de amor, les dió de comer su propia carne, guisada con la misma salsa que solía». «¡Eso no lo hace más que una madre!» me interrumpieron. Yo proseguí: «Si: una madre tan sólo. Pero lo he desfigurado un poco. Los chiquillos estaban acostumbrados a comer la carne cruda, y aún viva, y así, no se la guisó, sino que imitó los movimientos que otros días hacían los animales que ella ca-

zaba, para que sus hijuelos, creyéndole una presa más, la desgarrase y comiesen. Era una araña».

Esperando quedo : o tu enojo con tu silencio o tu amistad con tu carta. *César.*

De Blanca a César.

San Sebastián, 26 Julio.

Querido amigo César : Ya ves que no soy corta en el título que te doy por comienzo de esta carta. Eres un chiquillo soñador (¡ al fin poeta !) y tienes antojos y los dices tan despreocupadamente que no hay manera de negártelos : da miedo de que cojas una rabieta y te tires por los suelos y todo.

Escríbeme cuanto quieras. Aunque no fueras amigo siempre serías escritor, y no había de cansarme lo que a tantas personas entusiasma. Yo te leeré con gusto, y cuando te tenga que contestar (¡ pobre de mí !) no sabré qué decir a tus filosofías; pero lo intentaré. Por otra parte no creas que estoy en todo, como una isidra, admirando lo que dices : hay cosas con las que

en manera alguna estoy conforme, y si tú quieres convencerme a mí, yo también he de querer convencerte a ti y sacarte de tus disparates. No lo digo por nada de tu carta (aunque bien pudiera decirlo) sino por lo que he leído tuyo. Tienes un sentido demasiado «desgarrado» de la vida. Aquella poesía que empieza :

«Tengo el alma escocida

y los labios resecos »

indica un estado de ánimo que, si quieres, todos lo hemos tenido cuando éramos tan jóvenes que los más ligeros roces nos conmovían fuertemente; pero que es tan pasajero y tan «inexacto», por decirlo así, que después nos burlamos de él. Eso quisiera yo : que aprendieses a burlarte de esas «escoceduras» que te imaginas y que no existen.

Sentí de veras que te fueses de aquí : las gentes en «maillot» son tan divertidas como en traje de sociedad, y sobre todo, las historias que me contastes de cada una, eran novelas, aunque he averiguado que te las inventaste tú, pues después me han contado las verdaderas que son... casi tan disparatadas.

Ya ves qué campechana se te ha vuelto tu diosa que te cuenta chismes : dejémosla, pues, en buena amiga. — *Blanca.*

De Blanca a Dolores.

San Sebastián, 30 Agosto

Queridísima Lolín : Eres una sinvergonzona de marca mayor que hace no se el tiempo que no me escribes. Por los periódicos sé de algunas de tus andanzas : si vas al baile tal o a la recepción cual; pero eso no es razón para que no te acuerdes de mi nombre. Después, los periódicos no cuentan la mitad de las cosas, y así, a estas fechas, estoy sin saber si has estrenado los últimos modelos que habías pedido y que tal «golpe» has dado con ellos. Yo ya sabes que no gusto de tanto bailoteo como tú (y quien dice bailoteo dice todos los demás pasatiempos) así que apenas si hago aquí otra cosa que ir a la playa y algún que otro día al Kursal. Por cierto que en la playa, una mañana, me presentó José-Luis ¿a quién dirás? Pues al autor de «Ladrones en el corazón». Es

un chico muy joven y finísimo : en dos horas que he hablado con él no me ha dado puñetazos ni nada, como es costumbre. Ya ves tú que resulta romántico en el libro ese; pues mucho más es tratado. Con esto puedes hacerte idea de las cosas que dice : tanto que nunca hubiera pensado que hubiese quién las pudiera decir; tan acostumbrada estoy a las risas de mi hermano José-Luis y de sus amigos sobre todo eso que llaman cursilería. A los dos días se fué a un pueblo de la Rioja, donde es agricultor como en Madrid poeta. Figúrate cuál no sería mi sorpresa cuando a los pocos días me escribió diciéndome que estaba aburridísimo; yo, que ya sabes que siempre me han gustado las cartas, le contesté, y ya llevamos un mes carteándonos y somos los más amigos del mundo. Escribe por carta tan bien o mejor que por libro, y si no fuera incorrección, ahora mismo te las mandaba para que las vieses; pero cuando nos veamos sí que te las he de leer.

Bueno, chiquilla; que no dejes de escribirme enseguida y cuéntame cosas tuyas, que ya me figuro que serán conquistas al por mayor y calabazas tan al por mayor.

Tengo unas ganas horribles de verte y de cuchichear contigo como cuando estábamos en Vergara. Mientras tanto recibe un abrazo y mucho besos de tu *Blanca*.

P. D.—No dejes de mandarme la muestra del punto que te decía en mi última. Aquí he visto uno precioso y me han prometido sacarme muestra (ya te la mandaré) y además un modelo de chaleco encantador, en pico, con cinturón del mismo punto, pero de otro color, que hace preciosísimo. Por lo demás este año no he visto aquí nada verdaderamente elegante. Adiós, «pequeño terremoto».

De Dolores a Blanca.

Santander, 2 Septiembre

Ay Blanca, reblanca, reblanca, ¡dime la verdad! ¡Tú estás enamorada! Tanto como te sorbieron el seso los «Ladrones en el corazón» no podía menos de suceder. Pero te voy a dar un consejo: «Cuatro miradas, dos apretones de manos, veinte ridiculeces de palabra y ¡calabazas! Mira que los poetas son terribilísimos y capaces

con sus tiquis-miquis de amargarle la vida y acabarle la paciencia a un santo, cuanto más a una mujer que la tiene menor. Te escribo corriendo estas dos letras para salvarte, y para decirte que el viernes caeré por ahí a pasar contigo una semana y seguir el viaje para la France. Hasta pronto

Lolin

De César a Blanca.

Majuelo, 8 Noviembre

Estoy preparando un libro que no sé lo que va a ser: yo no quisiera que fuese nada. Vulgarmente se pide a los hombres que sean algo: médicos, abogados, ingenieros... y al que no tiene su título por el que se cree ya conocer su idiosincracia, se le desprecia: «Fulano no es nada». Lo mismo sucede con los libros, que han de llevar la etiqueta de si son novelas, comedias, poesías, o lo que sea. Pero yo, que quiero seguir aquel viejo adagio (que no sé si me lo acabo de inventar) de «obra lo contrario de las multitudes y acertarás», tengo el co-

mezón de presentarme siempre tan democráticamente que hasta me molesta el apellido, y de buena gana no sería nunca más que César, un César cualquiera que solo a muy pocos les resonaría en su intimidad. Este libro de que te hablo va a ser tan indefinido como si fuese hecho del aire que respiramos a diario. Contaré esas historias que todos vemos y que son bellas, aunque no tengan una enseñanza, porque tienen una emoción; contaré cómo una tarde me brotaron unos versos y cómo una mañana una bendición; referiré quizá mis amores o los de mis palomas, y arreglaré enseguida un viejo pleito social; enseñaré a los hombres las hazañas de sus antepasados y las maravillas de sus descendientes; hablaré del átomo y de Dios.

La primera vida ha de ser la de mi pastor, que muchas veces, cuando nos encontramos en los serenos campos donde pastan las ovejas o se quedan adormiladas metidas la cabeza bajo el vientre de las otras, me la cuenta. Se le ha ido la mujer, no importa con quién, «con otro» y le ha dejado las criaturas (una recién destetada) sucias y llorando. No importa con quién,

porque ya es costumbre; siempre que viene al pueblo alguien que la mire, la mujer del pastor se va, no se sabe dónde, unos días, y luego vuelve, se hace cargo de los chicos y del marido y sigue mirando con sus ojos de fiebre, grandes, turbios y negros, a las caras forasteras.

Es una historia terrible. Quizá preguntarían los caballeros, los hombres de honor, los que se estiman a sí mismos : Pero ¿y es hombre?... Yo les contestaré : Sí, es hombre; es hombre que necesita a su mujer; es hombre viejo que tiene chiquillos y que no había de encontrar quien se los cuidase, aunque fuese tan mal como se los cuida ella. El le pega. ¿Qué más va a hacer ? Le pega cuando vuelve, le pega cuando se emborracha, le pega cuando se imagina que se va a escapar : ella llora a gritos, y él restalla en el cuerpo acurrucado el látigo del ganado y las palabras rabiosas.

Cuando escriba algo te lo enviaré, porque me importan tus juicios más que los de los críticos de Madrid. Eres discreta y eres mujer, lo que quiere decir que estás apercebida a captar cualquier onda de belleza me-

jor que nadie. ¡ Por fin he encontrado una alma amiga ! A ella puedo mostrar todas las destemplanzas de la mía, que aún en el mismo placer de escribir, cuando a los golpes y raspaduras de mi pluma van adquiriendo relieve, forma y vida las movibles estatuas de mis personajes, siento congojas y desmayos. ¡ Esta « cansera », esta infinita « cansera » de no ver objeto ni encanto en la misma obra en que se puso las más iluminadas esperanzas !

Pero quizá te estoy cansando también. Sólo me quejo, para que vengan tus grandes letras, que son ya de por sí como cantares, a levantarme la frente y a mostrarme la lejanía donde nada se ve : « Mira la gloria » ¡ Adelante ! Quiero oírlo así, porque aunque no me importase la gloria, me importarías tú.—*César.*

De César a Blanca

Majuelo, 6 Diciembre.

Yo te quiero, Blanca. Es necio seguir escribiéndonos cosas que no nos interesan, cuando tenemos los corazones repletos de

lo que nos importa más que el vivir. Porque tú también me quieres. Has pasado por el mundo recibiendo amores y pensando con lo más hondo de tus entrañas : « No; no es esto » porque era yo quien te había de mostrar el amor. Yo te quiero. La amistad no existe, no puede existir entre hombre y mujer, porque cuando pudiera existir, viene este correr alborozado de la sangre en las venas y de los pensamientos en la cabeza, que tiene el más bello nombre que inventaron los hombres para hablar a los dioses. Diosa eres tú : desde el primer momento te di tal título, como si ya presintiese de qué manera había de ser tu creyente. Diosa pagana, a la que yo me acerco de rodillas para alzarme luego y arrebatarla a lo más espeso y embalsamado de la floresta de mi cariño.

¡ Amada, ojos azules ! En mis paseos solitarios te llevo dentro de mí; y cuando me siento bajo los almendros de un cerro y tiendo a orear mi mirada por los regimientos de cepas, que a mis pies presentan, en cada hoja, los colores de los ocasos, te imagino a mi lado con tus manos en mis manos, haciendo con los brazos



cuna, que acune y duerma para que no se nos escape la felicidad...

Blanca, Blanca, blanca como tu piel, blanca como la cuartilla donde se puede escribir el romance del caballero que se enamoró de la nieve, y la besaba, y la fiebre de los labios la deshacía... ¡Yo te quiero! Sublime grito clamoroso de todas las células de mi cuerpo y todas las facultades de mi espíritu, levantado en emoción como el de las multitudes que aclaman con el frenesí del entusiasmo y la locura del júbilo. Mujer, mujer encantadora, mujer absoluta, única mujer que he encontrado en el torbellino de la sociedad, enhiesta como roca alzada en medio del torrente, fuerte como la bíblica, bella como la imaginada, inteligente como la perseguida y noble como la cantada. Se ha hecho la luz para nosotros, y no como al amanecer en que viene tan despacio que da tiempo a olvidar las tinieblas, sino de pronto, como una inspiración, como el aleteo de un azor cuando va persiguiendo las palomas a ras de tierra y nos ponemos delante de él; se ha hecho la luz esplendorosa, estallando en nuestros corazones. He adorado toda mi

vida a la Razón, no representada en mere-
triz según la Revolución, sino encarnada en
sí misma, intangible y etérea; he gozado
con la pluma entre los dedos como debe
gozar la madre selva del bosque cuando da
su aroma; he extraído el radio de la virtud
de toneladas y toneladas de dolor. ¡Ya
no me importa nada! Ya rompo la pluma
y derramo la tinta y me burlo de la Razón
y no busco la virtud; ya no quiero más que
a ti, alambique de cristal en el que hierva
y dé la quintaesencia de mi voluntad, con-
centrada en querer y más querer, con pri-
sa, con ansia, con el ímpetu de las casca-
das. ¡Ya nada me importa nada! Lo
mismo me da volverme necio y quedarme
ciego y encontrarme sordo. No hay har-
monía como tú: que somos dos espejos,
uno enfrente del otro, que se dan y de-
vuelven, y tornan a dar y a devolver y a
multiplicar sus imágenes.

Muchas cartas te he escrito; muchas pa-
labras en ellas. Cada palabra ha sido un
escalón de cariño. ¡Oh ahora a qué altu-
ra me encuentro! — *César.*

De Blanca a César.

Burgos, 10 Diciembre.

Me he reído un poco con tu carta. ¿Me perdonas, verdad? Está muy bien escrita y te agradezco sinceramente las bellas alabanzas que me dices; pero son unas encantadoras mentiras que antes de encantarme te encantaron. Eres un soñador tan empedernido que, en un ápice de realidad, levantas un castillo de fantasía. Ni te quiero, ni me quieres. Puede haber entre personas de distinto sexo, amistad, y tan cierto es esto que la hay entre nosotros: nada más que amistad. Te has metido en esa soledad de tus campos, y como eres joven y apasionado, has creído que me amabas, porque era yo la mujer más cercana a ti, siquiera sea por escrito. Pero «has creído», digo, porque no se enamora nadie de lo más cercano si esto no responde a las íntimas apetencias. Así, teniendo necesidad de amar y no encontrando en mí nada que a tu ideal se pareciese, me has echado encima la capa de tus imaginacio-

nes. Quizá protestarás y pondrás a los cielos y a la tierra (muy a lo poeta) por testigos de que es verdad lo que dices. No lo niego yo tampoco: verdad será; pero me he reído un poco al leer tu carta en la que no te diriges a mí. Esa amada de ojos azules, no puedo ser yo que los tengo grises y tirando a garzos; ni esa blanca «como la cuartilla» tampoco.

Pues así como has cambiado los colores en las cosas que saltan a la vista y fácilmente se ven, así has hecho con las otras cualidades morales que me supones. Nadie, ni aun yo misma, reconocería en ese retrato a la insignificante Blanca que tú quieres, sí (no es nada vergonzoso que haya que callar), pero que es con un cariño muy distinto del que tú pintas. ¿No echabas de menos ese afecto espiritual en el que no se pide ni se da nada, del que están desterrados el egoísmo y el placer, y que parece un sentimiento de cuando ya estemos tranquilos? Pues este nuestro es.

Yo sé perfectamente como eres tú (loco, loco y loco), y bendigo a Dios que me ha concedido tratarte tan en las entrañas. Te admiro como un gran cerebro y un gran

corazón, y pienso (tú mismo me has enseñado) que la admiración no sólo no es el primer paso del amor, sino que es tan contrario que mientras existe una, no existe el otro. Quizá sea pena del crimen de ser más y mejor que los demás, el no encontrar pareja.

Piensa en estas cosas, y ¡ por Dios !, haz por recordar como soy, aunque sólo me hayas visto dos ratines. Verás qué distinta de esa amada tuya que te acompaña y dice seguramente cosas que a mí nunca se me pasarían por la imaginación. Y escíbeme como siempre todas tus cosas, que yo he de poner todas mis fuerzas en consolarte si estás triste, animarte si decaído y... desengañarte si ilusionado. Porque soy tan verdadera amiga como fingida amante.— *Blanca*.

De César a Blanca.

Majuelo, 12 Diciembre.

Lamento que nunca un amor encuentre en el mundo otro igual a él.— *César*.

De César a Luis.

Majuelo, 23 Diciembre.

Me han sucedido sentimientos de los que, a pesar de que has sido en muchos asuntos sentimentales mi confidente, no te quiero hablar. No es que haya perdido la confianza que en otras ocasiones he tenido: es que he perdido la juventud. Estoy malhumorado y no contesto si me preguntan, o mando mal a mis criados: por ahí podrás averiguar cómo tengo el ánimo, yo, que siempre he sentido respeto ante mis inferiores y vergüenza de ordenar. Hace una semana que se me derrumbó una obra sobre mí y aún estoy lleno de tierra y de cascotes.

Es Navidad y no puedo resistir el pueblo: necesito el ruido, el estruendo de esas fiestas que tanto me han molestado otras veces. No puedo con este silencio de los pesebres y de las cocinas, en el que se sienten venir los pensamientos con su hilación ridícula y lógica, como si fuesen ovejas que han de pasar todas, aunque se las espante, por donde pasó la primera. Aquí

todos están con la matanza, y a mí, que nada me importan los chorizos ni los lomos, ni si pesó la canal tantas o cuantas arrobas, me saca de quicio este regocijo y estas envidias de tocino. Me paso el día metido en el cuarto, y sólo después de la comida me voy por la vieja carretera de los viejos olmos.

Ayer, cuando estada leyendo sobre una camilla, junto a la ventana, entró Encarna a traerme el presente. (Todos los años es igual : ellos me dan el «presente» y yo les entrego la «colación»: boda de los productos del campo con los turrone de la ciudad). Ya estaba para decirle que dejase el presente en un sitio más a propósito, por ejemplo, en la despensa, y que me dejase a mi vez en paz de orejas y rabos y chichas, cuando dijo ella riojanamente : « Mira la hermosa, chacho », y me enseñó el intestino queso de un cerdo, relleno de sangre y arroz. ¡ Qué triste fué mi sonrisa ! Mira la hermosa... La hermosa, como aquella mujer a la que ni mi mismo orgullo puede tapar en mi pecho. Y pensé que quizá, al amar su belleza, estoy amando esta hermosura de las morcillas.

Ya no continúo ni un día más aquí. La tierra es tierra : ni madre, ni compañera, ni abrigadora: tierra. Ni arcilla, ni arena, ni vidrio, ni mármol : tierra, tierra sucia; y estas gentes también son de tierra : se les ha ido metiendo por las uñas siempre negras y les ha rellenado el pellejo. No quieren más que recoger una cosecha para hacer nacer otra. No se mueven si no se les mueve, si no se es azada que los lleve de un lado para otro para hacer con ellos caballones y ribazos. Mañana a la noche estaré contigo.

Necesito la ciudad donde no hay ni moscas ni basuras, donde se tiene todo lo que se quiere si se tiene un duro en el bolsillo. ¡ Necesito la ciudad donde no se es soñador ! — César.

De Luis a César.

Madrid, 3 mayo.

La primavera es terrible, amigo César. Figúrate que yo también me he enamorado. Claro está que yo no de esa manera tan decidida tuya, que te ha hecho olvidar de

golpe y porrazo a aquella mujer «la más diosa de todas las diosas» que tan a mal traer te traía estas pasadas Navidades. Yo me enamoro poquito a poco y mirando bien antes si la interesada es de buena índole, quiero decir, que miro, y si ella no es capaz de casarse conmigo o yo no soy capaz de casarme con ella, entonces me enamoro perdidamente. Además yo voy a cosa cierta y sé perfectamente que es lo que quiero, y no como tú que cuando ya estabas creído (y contigo todos los que te conocemos) que eras un interesantísimo desgraciado de amor, que es una de las desgracias más bonitas que se conocen, resulta que no había tal, sino que era simplemente que te habías aburrido soberanamente en el pueblo de tus mayores (mucho mayores y más formales que tú) y te habían sentado mal algunas pochás o alguna caparronada de esas endiabladas que usáis por la Rioja.

Pues esta novia que tengo yo ahora tiene, entre otras muchas gracias, una que encanta sobre toda ponderación. Figúrate... (Pero no tengas cuidado por mí, que ya he tomado mis precauciones; y una de ellas es que el primer día que nos encontramos,

como nos tocó estar toda la tarde juntos en una excursión campestre de las de sardinas, nos dijimos que nos gustábamos una barbaridad, y que estábamos bastante estu-
pendos en cuanto a entrenamiento y músculos, y nos juramos con juramento solemne no intentar ni la una ni el otro, otra cosa que pasar el rato). La gracia que tiene esta muchacha es de las que hacen perder a un hombre la cabeza. Dirás que los ojos: no son los ojos. Dirás que la boca: no es la boca. Dirás que el talle: no es el talle. Dirás que la alegría: no es la alegría. Es que fuma unos cigarrillos... ¡chico, qué cigarrillos! No sé de donde los saca; lo que sé es que desde que soy su enamorado, no he tocado los míos. Todas las mañanas vamos al campo de tennis, y mientras ella juega, yo fumo. Los primeros días le vaciaba la pitillera. Ahora, como es ella tan calculadora que se esconde por los bolsillos, por los puños y por las costuras de la chaqueta alguno más para fumar ella luego, en cuanto deja la chaqueta sobre el banco y coge la raqueta, le vacío la pitillera y las costuras. Cuando termina el partido y viene, me dice un poco enfadada:

«Pero que sinvergüenza eres». Entonces yo le contesto : Mujer, era por aspirar tu aroma. Toma de los míos», y como no le gustan, no le queda más remedio que asegurarme que no tiene ganas y que sólo los trae para mí.

Amigo César: la primavera es deliciosa y mi novia se llama Ketty; pero aunque se llamase Dorotea, yo sería feliz. No hay como contentarse con poco. Tú, que eres filósofo, no has debido tardar tanto como estás tardando para pensar, pensar y pensar, como han hecho todos los otros tus antecesores, y decir : «El que no quiere más que lo que tiene, resulta que no quiere más que lo que tiene. Así, pues, el que quiera tener contento, conténtese con lo que tenga». Tú, en cambio, me das miedo. ¿Qué tristezas te ha producido este nuevo amor ?

Recibe un abrazo y el smokin que te dejaste en mi casa y que hoy mismo te facturo.—*Luis*.

De César a Luis.

Logroño, 9 mayo.

Pesaroso estoy de aquel error mío del que tan a tus anchas te burlas en tu carta. Y no por el ridículo que haya podido hacer, sino por la grosería que cometí con Blanca, cuando ella, toda nobleza, trató de desengañarme. Engañado estuve y continué: parece mentira que los hombres sean tan ciegos que no se vean a sí mismos, y que tengan el orgullo tan a flor de piel que no vean a los demás. Es la vida la que nos va enseñando, de tal manera que la enseñanza no nos sirve para nada, pues nunca vuelven las mismas circunstancias. Si no hubiese salido del pueblo, no hubiera sabido lo que es amar, porque lo que hasta allí amé, lo hubiera olvidado muy pronto. Salí y me encontré con María Luisa: cinco días después estaba verdaderamente eufórico y comprendí que me encontraba todo lo normal que puedo yo estar. De Blanca había quedado un sedimento tan dulce que lo guardé con mimo: creo que la amistad entre hombre, que puede llegar a ser mucho

más intensa que entre hombres solos, porque siempre existe algo de atracción, debe recibir la vacuna de amor. Entonces sí que es amistad y más que amistad, y puede uno entregarse a ella limpio de silencios.

María Luisa se burla un poco de mi literatura. No da la razón; dice «¡ como eres tan poeta !», y se ríe. Después de todo, está en lo cierto: no debemos hacer de nada el relleno de nuestras vidas enteras, sino entregarnos a los fenómenos que nos rodean y empaparnos de ellos. Es de hombres la especialización, pero es de hombres también el comer de todos los frutos. Quisiera contarte lo que hago en esta capital de provincia. Sin embargo, es poco lo que hay que contar y mucho lo que sentir. María Luisa apenas tiene 18 años, y es ya tan mujer que ha sabido infundirme un cariño tranquilo como aquellos que contaba Lamartine. Tiene los ojos como el cielo al anochecer, y los labios como las nubes de poniente; la barbilla es redonda y con un hoyuelo que...

Te estoy aburriendo: María Luisa, María Luisa, María Luisa. No sé hablar de otra cosa.—*César.*

De Blanca a César.

Burgos, 14 junio.

Yo no sé el tiempo que hace que no tengo noticias tuyas. Quizás sea yo quien te debe carta; pues ahora te escribo. ¿Has terminado ya aquel maravilloso libro que no era nada? De veras te digo que tengo ganas de tenerlo en las manos y ver el grandísimo desorden que tienes dentro. -*Blanca.*

De César a Blanca.

Logroño, 16 junio.

¡Bendita seas, Blanca! Cuando yo no sabía como pedirte perdón, tú me escribes como si ya lo hubieses olvidado. ¡Bendita seas! Olvídelo yo también. Lo que nunca olvidaré será tu manera de ser: tu blanca manera de obrar.

Mi libro..... Etc.

Nota de Callandito.

En el montón de cartas del que entresaco las que dan idea del cordón sentimental que trenzaron Blanca y César, hay algunas tan discretas que me he tenido que hacer fuerza para no copiarlas. Proyectos, versos, interpretaciones de paisajes y personas, pinturas de estado de ánimo, juegos de ingenio y maravilla en que las palabras ya sabidas nos muestran un contenido inesperado, danzan en estos escritos diáfanos de César, con tal vida y pujanza que parece que se le ve pensar. He creído suficientes las que he escogido, con ser tan pocas, para mi objeto; pero aun así, entre las posteriores a su riña y reconciliación, he encontrado en una larguísima esta poesía que copio, y que da, a mi parecer, acabado concepto de su personalidad, y que ayudará con ello a comprender la amistad que se tuvieron durante muchos años, hasta su muerte, estas dos grandes almas. Dice así:

Cuando el dolor aprieta en lo más hondo
en las entrañas mismas de la entraña;
cuando el dolor, ese dolor que viene

como vienen las nubes de tormenta,
enterrando en el barro de granizo
la granada esperanza de cosecha,
deshace los fantasmas que creímos
que nos dieran tan sólo indiferencia
con que cruzar el mundo, no dichosos,
pero sí sosegados en la pena;
cuando el dolor nos lleva en sus revueltos
torbellinos de angustias por la tierra
¡ qué nos sirve la mano que acaricia
ni la boca amorosa que nos besa !

Es el dolor agudo. Vosotros los queridos;
vosotros que tenéis quizá palabras;
acaso el cariñoso
silencio de respeto;
vosotros los que diérais vuestras vidas
por volverme el sosiego,
¡ idos lejos de mí !
¡ Dejadme con mis solos pensamientos,
que apure hasta las heces la amargura !
¡ Dejadme palpar hasta romperme
en el goce feroz de mi tormento !
¡ Idos lejos de mí ! Que no resuenen
vuestros pasos callados a mi puerta,
ni os escuche tampoco compasivo
bisbiseo ninguno.
¡ Lejos, lejos ! No consuelan mujeres



esta angustia, en que vibra la infinita
potencia creadora de los mundos.
¡ Lo que tengo de Dios es lo que sufre !
Para nada me sirven los mezquinos
carifios de la tierra, ni vosotros,
¡ pobres seres queridos !, sois ahora
más que una leve paja de los campos.

Nada sois para mí. Sólo yo mismo
supiera los remedios y calmantes
si hubiese qué calmase mi escozor.
¡ Nada hay más que esperar !
Esperar con el puño en la mejilla,
y la loca mirada penetrante
en el rudo galope desvaído
de mis vanos afanes. ¡ Pero solo !
Nada humano quiero cerca de mí.
Nada pequeño. Quiero ser como roca
envuelta en la cellisca fragorosa,
indefensa a los rayos, ¡ sin apoyo !
No medroso arbolillo que en el bosque
se apretuja a los otros con espanto.

VERDE

CAPÍTULO I

Voy a escribir un cuento. En este cuento harán de protagonistas mis dos buenos amigos Plaza y Rodríguez. Podría haber escogido otros, que no estoy tan miserable de amistad que no la tenga a la vuelta de cualquier esquina, o pudiera haberlos inventado, como hacen muchas gentes aún de las no literatas en cuanto tienen a quien pasmar; pero he preferido escoger a Plaza y a Rodríguez, que estoy cierto de que no lo han de tomar a mal; son tan bien humorados, que pensar que puedan salir en un libro y hacer allí, bajo mi responsabilidad, las cabriolas que quieran, les ha de llenar de alegría. Lo peor será si a media historia se me marchan de estas páginas, cogidos del brazo, y no hay manera de hacerlos volver: estése, pues, advertido el lector, y si de pronto, cuando más interesado se halle, le digo: «Señor, se me han escapado», no le coja de sorpresa y menos de ira. Cállese, que yo le prometo hacer lo imposible por traerles. Después de todo

son de buen corazón, y, aunque es peligroso darles cinco pesetas, porque de cierto no las devuelven, cuando comprenden que han contraído un compromiso, lo cumplen perfectamente.

Seguramente, ninguno de los autores que me han precedido en contar cuentos ha echado mano de personas vivas para que hiciesen cuanto es costumbre que hagan los protagonistas. En cuantas novelas, historias y narraciones he leído, lo más que he visto que se propasaban era a hacerlas autobiográficas, pero siempre en pasado. Pues bien: yo aquí voy a proceder de distinta manera. Plaza y Rodríguez son dos amigos míos, como les he dicho, y éstas que tengo aquí, son unas cuartillas y una pluma. Como a mí, cuando me pongo a pensar, no sé qué demonios me sucede que parece que se me obstruye la espita por donde salen los pensamientos, he resuelto no romperme la cabeza en imaginar argumentos ningunos para llenar las cuartillas y vaciar la pluma. Me he dicho: Aseguran que la literatura debe ser espejo de la vida. Si cuento cosas pasadas, ya no será espejo, sino a lo más, fotogra-

ffa, y no podré afirmar que así pasa, sino que así pasó. Esto tiene sus inconvenientes, pues hay muchas personas que odian como a su muerte el verse retratados de tiempos atrás: se ven tan ridículos con aquellos vestidos pasados de moda y aquella manera de colocarse ante el objetivo, sin arte ni gracia, que no dudan en execrar y romper todas las positivas y negativas en que aparecen.

Por otra parte, todos sabemos cuántas gracias tenemos que dar a Dios por podernos mover. En efecto: un árbol, sea derecho o torcido, siempre se está así, y, fuera de lo que engorde, pasan años y más años, generaciones y generaciones, y él no cambia; todos lo admiran, y como esté en un bosque propicio a las excursiones, bien pronto se plagará su tronco de nombres y fechas. Recuerdo yo de más de un haya, que en la sierra, hacía un calado y encaje con sus ramas y hojas que era una maravilla; el sol salía por delante o por detrás, y ponía unos contraluces que yo he intentado guardar en mi máquina fotográfica y nunca lo he podido conseguir, porque se me velaban todas las placas.

Era un verdadero cuadro de belleza. Pero imagínese el lector un hombre en la postura más gallarda, y téngalo así todo un día, y toda una noche, y todo el día siguiente, y así, pongamos, en números redondos, la edad de un frutal, 20 años. Diríjanse sino a una mujer, la más bella que conozcan, y ruéguele que adopte por un instante la actitud gentilísima de Diana cazadora: un pie sosteniendo el cuerpo, y el otro levantado como si fuese corriendo; una mano con un palo que puede semejar el arco, y la otra levantada casi en saludo fascista; la cabeza torcida en un escorzo, la boca entreabierta y los ojos amorosos. Ruéguele que se esté así, sobre todo sin enderezar el cuello, durante un minuto o dos, y si es tan amable que consiente y no le importa por complacerles contraer una tortícolis, comprenderán fácilmente hasta qué punto de risible llegaría si se había de estar de tal forma durante la vida de un olivo. Ya sé que me argüirán que en los museos hay multitud de esculturas que, no porque se estén quietas, dejan de ser artísticas. ¡Oh, los prejuicios! Las esculturas de los museos (pídoles a ustedes perdón) no son

artísticas, y yo más de una vez he entrado en ellos formalmente y he salido apretándome los hijares. Lo que sucede es que cuantos van a esos lugares, van tan de prisa, que no parece sino que terminar de verlo y hundirse va a ser todo uno. Como van de esta manera, ven a dos hombretones blancos como si fueran de mármol, luchar a brazo partido sobre una mesa, dicen: «Oh qué lucha más magnífica» y siguen adelante. Pero párense, y vean cómo el que parece que vence ni vence ni Cristo que lo fundó; cómo el que parece que se ahoga bajo la mano férrea de su contrario, está con los ojos en blanco (en mármol) desde hace cientos de años, y sigue con la misma pamema, aunque no haya nadie en el museo y sea más de noche que ahora es de día. Y si no, mírese a los animales que están libres de nuestros prejuicios, y dígame: Perros hay pintados: ¿han visto nunca que ninguno de carne vaya a olerles el rabo por muy al natural que lo tengan?

Recuerdo que un labrador que me envió recomendado un amigo mío, médico de un pueblo, parecióme tan discreto y discurridor a la buena castellana, que lo llevé, por

aprender a mirar las cosas sin los engaños de la ciudad, a muchos sitios, entre ellos al Museo del Prado. Hizo comentarios tan oportunos que ya los tengo recogidos y algún día los he de publicar; pero el que más a cuento viene es que, mostrándole la Gioconda y haciéndole notar la sonrisa que hasta entonces tuve por tan misteriosa que no había más que pedir, le pregunté: ¿Qué dirías si vieses esa sonrisa en alguna moza de tu pueblo? — «Pues señor—me contestó—que era boba».

Pues yo me venía con lo que me dije cuando me ha metido en esta digresión: Si la literatura debe ser espejo de cosa presente y no retrato de pasada, pienso que lo mejor será buscar los protagonistas que hagan falta, y ponerles delante las cuartillas para que se miren. Y como lo pensé, lo hago: aquí están Plaza y Rodríguez viviendo su vida, que no aseguro que no sea la de los demás: préstelos atención quien no tenga qué hacer, y suceda lo que sucediere.

Voy a presentárselos a ustedes: Plaza se llama de nombre de pila María Pilar y es una chica chatilla, morenucha, como unas miajas, traviesa y burlona: ni se pue-

de estar quieta ni puede llevar con resignación cristiana que los demás se estén; los ojos no sé de qué color los tiene, ni creo que nadie lo pueda averiguar, pues lo vuelve y revuelve en sus cuencas con tan regocijada inquietud que no da el tiempo suficiente para ello; los dientes, más anchos que largos, y no todos en la fila que deberían seguir según es su obligación, sino alocadamente montados unos sobre otros como colegiales al salir de clase o borregos al entrar en corral; las orejas hechas un caracolito francamente torcido de su inclinación natural, de manera que los lóbulos se adelantan descaradamente y le dan en los ojos al observador, como diciendo que también ellos son quienes para ir al aire y no ocultarse bajo el pelo; el talle, sin la grasa que suele mandarle el tiroides en las mujeres y alojarla debajo de él, de suerte que estoy seguro que cuando se caiga hacia atrás se tiene que hacer mucho más daño que otras; las piernas, con el reparo de tener los tobillos un tantico gruesos, defecto que fácilmente se disimula, no por nada, sino porque es deportivo, con unos calcetines arrollados.

¿Les parece ya lo suficiente descrita? Pues como si no, porque no quiero pasar por alto cuatro retoques que parece que no son nada y sin ellos me puedo hacer cuenta que no es María Pilar. Primer retoque: siempre lleva cinturón, bien de lana, bien de cuero, bien de tela, bien de hule. Segundo retoque: es estudiante de Farmacia. Tercer retoque: en la carterita, tamaño como un duro, mete, además de un pañuelo absurdamente rodeado de encaje, que ignoro para qué sirve, el lapicero de los labios, el lapicero de los apuntes y el lapicero que se le olvida devolver a los amigos, cuando tiene prisa y se lo pide por no perder tiempo en buscar el suyo en el reducido espacio en que apenas se pueden meter los dedos. Cuarto retoque: hoy por hoy lleva sobre el corazón una pluma estilográfica, que por más señas le ha costado 0'95, pero yo le he conocido en el mismo lugar, primero un ramillete de flores desconocidas hechas de lana, después un gato Mikey, y, más tarde, un manojo de cabezas negras con ojos blancos que se salían de las órbitas medio centímetro, lenguas aparatosamente rojas también sobresalientes, y sombreros de co-

pa, todas ellas mezcladas (y colgadas) con elefantes, rinocerontes, pipas y dados. (Ella me ha asegurado que siempre ha sentido predilección por los «chismecitos» y que de pequeña llevó durante toda una semana un botón como aquellos de «Maura sí», y «Maura no»; pero que el suyo decía esta máxima filosófica: «Cada mochuelo a su olivo»).

Apuesto a que ahora se me echan todos encima al grito de «Pero ¿qué diablos de protagonista es esa que tiene los tobillos gruesos, los dientes montados y qué sé yo cuantos defectos más?» Yo comprendo que las protagonistas tienen que ser guapas, y aun estoy leyendo ahora un libro que me han dicho que está muy bien y que no sé si lo conocerán ustedes, en el que aparece una doncella que pasma, de una hermosura incomparable y divina, y a la vuelta de pocas páginas se muestra el rostro de otra belleza igualmente incomparable e igualmente divina, y pasan unos capítulos y se entra por las puertas de la venta otra tal, que el mismo autor, que creo que se llama Miguel Cervantes, se halla perplejo y, no sabiendo qué juicio emitir, echa mano

de las presentes y dice : «Descubrió un rostro tan hermoso que Dorotea la tuvo por más hermosa que a Luscinda, y Luscinda por más hermosa que a Dorotea». Comprendo perfectamente que si en el espacio de una venta se nos presentan sin más ni más tres bellezas incomparables, lo menos que debía yo hacer es hacer la mía, por lo menos, no mal parecida; y mucho más que enseguida de dos capítulos, he aquí otra belleza que también sería incomparable a no ser por las tres primeras con la que la podemos poner en comparación. Mas ya he dicho que yo aquí ni entro ni salgo, sino que la cuento como su madre la parió. Y sírvame de disculpa que si en esto erré, en cambio se llama María Pilar, cosa de un gusto exquisito, como lo son todos los nombres compuestos, especialmente los de María. Bien es verdad que, como es costumbre, nadie la llamaba de esa manera sino Pili a secas, hasta que el humor furiosísimo que le ponía estas mutilaciones de su nombre, hizo por reacción que se lo diesen completo; pero por poco tiempo, pues la prisa ésta de nuestro tiempo no permite decir nada largo, y así se hubo de contentar con que

le quitasen dos cuartas partes y la llamaran Mari-Pi.

Pasando ahora a Rodríguez, atiéndanme, que le voy a rogar que levante un brazo y lo doble con toda fortaleza para que admiren cómo tiene buenos biceps; y eso que así, con la chaqueta, apenas se nota, que si lo vieran jugar a pala y dar cada pelotazo desde lo más lejos de la cancha, que parece que se hunde el frontón del golpe o por lo menos que tiembla bien temblado, allí sería el abrir cada ojo como panderos. Porque no crean que Rodríguez es un cualquiera de esos que juegan al foot-ball. No; Rodríguez es un pelotari amateur, y hace cada tanto que para sí quisieran los profesionales. Quiero demostrarlo, para que no me tachen de embustero, con lo que ha hecho esta mañana en el Beti-Jai: ha habido un partido reñidísimo, y Rodríguez, que era azul y por no sé qué mala suerte perdía, cuando le han echado unas cuantas pelotas atrás, en vez de cogerlas al aire, como podía haberlo hecho muy bien, porque no dijese que eso se hacía fácilmente, las ha devuelto al rebote. Sí, es cierto que no las ha empalado, y que las más de las veces ni aún las

ha tocado, con lo que las ha perdido todas; pero eso no es óbice para que se vea lo habilidoso que es y las filigranas que hace.

Esas narices que tiene tan largas y un tanto aguileñas, son debidas a que es vasco y sería una grandísima ofensa a la excelsitud de su raza si hubiere nacido romo, por muy Rodríguez que se apellidase un su tarabuelo. Mide 1'72 de altura y lleva una boina de 0'25 de diámetro, y es real y efectivamente un «chicarrón del Norte». Igualmente que Mari-Pi es estudiante de Farmacia.

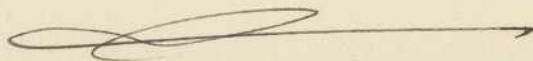
Y son novios.

CAPÍTULO II

En este momento estamos en clase de mineralogía. El profesor está explicando que te explica no sé qué demonios de los cristales; los alumnos, o toman notas (pocas notas) o se dan puñetazos (bastantes puñetazos) o se hacen señas (muchas señas). Plaza y Rodríguez están delante de mí cuchicheando; yo miro al profesor muy pensa-

tivo para que no se me pierdan los apuntes que nos está dando, y escribo luego esto que escribo con gran aplicación.

Don Juan, que tal es el nombre del Cate-drático de esta asignatura, nos dijo ayer que todo aquel que quiera que le pregunte con miras a la nota final, le envíe un pape-lito comunicándoselo, y Mari-Pi ha sido tan osada que se lo ha mandado. Mari-Pi es tan empollona que estoy seguro que to-dos los cursos ve los textos de cabo a rabo, y aún está un buen rato en cada página. Digo esto (y voy a decir más para que nadie crea que le levanto falsos testimo-nios), porque he tenido ocasión de mirar sus libros y en casi todos las márgenes he encontrado caricaturas y monigotes, y claro está que no habrían de venir así de la im-prenta. Por otra parte son innumerables los días que a la salida de clase le pregunta a Don Juan preguntas tan intrincadas que de veras aseguro no sé cómo se le ocurren. Pues como es tan empollona, sabe una bar-baridad; así que en cuanto ha visto que po-día decirlo en voz alta (que en voz baja pero expresiva ya lo dice, sin mirar al libro ni nada, cuando está estudiando) se ha



apresurado a poner los medios en práctica que le lleven a ello.

Ahora está hablando con Rodríguez, y tan emocionada, que cada cinco segundos traga saliva con gran trabajo. Aunque yo comprendo que es una indiscreción groserísima escuchar las palabras de los enamorados, como si yo no las escucho, no las cuento, y si no las cuento, ustedes no se enteran, teniendo en cuenta que yo ya no soy yo, sino que soy el autor de este cuento, voy a inclinarme un poquitín sobre la mesa y poner a renglón seguido lo que haya oído. Que es esto, de voz de Mari-Pi:

—Oye, Rodríguez ¿cuáles son los parámetros del tetraquisexaedro?

—111.

—¡Hombre! ¡Eso es del octaedro!

—¡A h!, pues yo no sé más.

—Será 210 . . . O calla: puede que sea 120.

—Sí: uno de los dos tiene que ser . . .

—Oye, Sánchez, ¿cuáles son los parámetros del tetraquisexaedro?

—Ni idea, chica.

—Oye, tú . . .

Resulta que este «tú» soy yo; pero

como ha tenido que volverse, Don Juan, que tiene la manía de que no hablemos en clase, ha dicho con voz campanuda: « Señorita Plaza, ¿ sería usted capaz de repetir lo que acabo de decir ». La señorita Plaza se ha puesto muy colorada, por más que todos los que estábamos a su alrededor le apuntábamos: « Dile que sí, si te lo enseña con detenimiento ».

Esto me ha librado de ser descubierto en mi escucha, que, por otra parte, ya veo que no era mayormente indiscreta. En cambio con la intromisión de Tolomeo (que así se llama Don Juan de aulas adentro por la desgracia que tiene de estropear cuantos asuntos toca) me veo impedido de mis manos: quiero decir que no puedo escribir absolutamente nada, como no sea llenar diez cuartillas asegurando que Mari-Pi está formal, formal y formal.

Pero no hay mal que por bien no venga, y éste me ha servido de reconocer cuán en peligro de errar estamos continuamente los humanos, pues no más allá de en el capítulo anterior, he dicho lo que ahora clarísimamente veo que es calumnia y mentira soberana, a saber, que no era capaz mi

protagonista de estarse quieta. Quieta se está y callada, y tanto, que a todo lo más a que se propasa es a mirar a los costados y a suspirar. Ustedes me perdonarán que mientras sucedan cosas más importantes que las tan corrientísimas en las muchachas como el suspirar, que no parece sino que se están desinflando continuamente de resignación y nunca se quedan vacías, deje la pluma sobre las cuartillas, y, poniendo encima de la mesa un parapeto de libros para que Tolomeo no me vea, encienda un cigarrillo.

Por poco se me quema el programa por querer correr. Ha sido el caso que apenas había encendido la cerilla, con mil precauciones para que no se notase su resplandor, Don Juan ha llamado a Mari-Pi. Esta, que es el mismísimo demonio (suponiendo que el demonio sea tan nervioso), ha dado un respingo en el banco, y como estaba respaldada en mi pupitre, y en mi pupitre había dos libros y el programa de pie, se me ha venido todo abajo sobre mis manos. Unido esto al afán de no perder sílaba de lo que dijese Mari - Pi, ha sido la causa de

que la Ciencia eche de menos de aquí en adelante aquella cuestión que indagaba en la lección 15 de mi programa y que no puedo decir cuál es, porque, sencillamente, se ha quemado.

Pero denme ustedes albricias que ya ha salido Mari-Pi a darnos muestra de su saber, que si bien para mi cuento importa poco, a mínima imaginación que se tenga se podrá imaginar, por cómo responde a las preguntas de cristalografía, cómo respondería a las del amor. El caso es conocer a las personas psíquicamente, que en cuanto sepamos, pongo por ejemplo, que una es impulsiva, ya sabemos también que si le decimos tímidamente que es muy agradable, nos abrazará tan de pronto y tan de fuerza que nos tronche. Algunas veces he oído que hay gentes que les molesta la compañía de otras gentes y gustan de irse a sus soledades. Esta y por qué se chupan el dedo muchas señoras respetables cuando terminan de santiguarse, son dos cosas que no me las explico. ¿Hay nada más divertido que la sociedad? Yo he de decir que gozo infinito con ello y esto de que venía hablando. Primero me dedi-

co a ver cómo son los que me rodean y una vez sabido me guiño un ojo y me digo : «¿Apuestas a que este caballero barrigón en cuanto se levante de la mesa mete los pulgares en las sisas del chaleco, se echa hacia atrás y se pone a contemplar lo que tenga más a mano ?» ¿No es esto un juego que nunca se encuentra en ninguna soledad ? Y no es sólo el juego, sino que como se acierta de todas, todas, se pone uno más contento que si su novia le dijese que era muy listo.

Ya sé que estarán murmurando : ¿Pues no nos pidió albricias porque salsa al tablado la protagonista ? ¿A qué viene ahora esto de que si se divierte o se aburre con los demás ?... Claro que un autor no está obligado a responder a las murmuraciones de sus lectores, algunos tan exigentes que quieren hacer ellos mismos los cuentos y ser como Juan Palomo, sino que él puede llevar el hilo por donde le dé la realísima gana, y cortarlo por donde se le antoje, y anudarlo donde le plazca; pero yo quiero ser tan cortés que dé la razón por la cual me he subido a los cerros de Ulbeda y aun he hecho señas desde allí que no

quería bajar si no subían a por mí...

La razón, digo (y ténganmela en cuenta para si alguna vez les pido otra), es que Mari-Pi, una vez que se ha encontrado en el encerado, no ha hablado tampoco. ¿Qué le voy a hacer yo? Allí está, mira que te mirarás a unas como figuras geométricas que ha pintado, con las manos llenas de polvo de tiza, y un pie con la punta en el talón del otro. «¿Y eso?», me volverán a decir ustedes. Pues eso, que Tolomeo le ha dicho: «Vamos a ver, señorita Plaza: ¿Sabe usted cuáles son los parámetros del tetraquisexaedro?», a lo cual la señorita Plaza no ha tenido nada que objetar.

—Ponga usted las coordenadas... Muy bien... Pinte ahora una cara del tetraquisexaedro... Muy bien. Adelante. ¿Cuáles son los parámetros...?

—120.

—Muy mal.

Hora es ya de que dejemos la clase. Ahora salimos, ahora nos dispersamos, ahora Plaza y Rodríguez se van hablando. Yo cojo las cuartillas, los libros y la pluma, y andando y escribiendo, voy tras ellos. Los dos van muy entusiasmados. Plaza

parece que se queja de algún olvido, de alguna infidelidad de Rodríguez, pero en el fondo se ve que no es capaz de refñir. Acciona bastante animadamente. Rodríguez le contesta con pausa y compunción. Se nota que está arrepentido. Casi estoy ya por poner lo que se dicen, de bien que se les entiende sólo por los gestos. Ella reclama, él se excusa. Ella dirá: «El otro día te portaste indignamente. Te estaba yo esperando ilusionada con pasar la tarde contigo, y allí, a no sé qué horas, apareciste. No te dije nada de puro enfadada y de puro coraje; pero ya me lo notarías. Y luego vienes tan campante: «No he podido venir antes». Te hubiese pegado». El contestará: «Mujer, no es para tanto. Ya te he dicho que tuve que acudir a prácticas, que le tocaba a mi grupo». Ella replicará muy ofendida: «Pues eso ya lo sabías». Y así deben ir diciendo.

De todas maneras voy a ponerme en la puerta de la Facultad, como quien no sabe qué hacer, y al pasar ellos, con dos palabras que coja y lo que los conozco, ya sé todo lo que dicen.

Ya han pasado. Mari-Pi, en el momento de cruzar el dintel, llevaba una cara compungidísima. Bajó a la acera, y echaron a andar por la calle de la Farmacia arriba. Casi no les puedo seguir; pero, por fin, ya un poco lejos, oí esto : «Lo peor es si el tonto ese no me deja examinarme en junio».

CAPÍTULO III

Como ya voy viendo que no voy a poder trasladar aquí con toda formalidad ningún dulce diálogo amoroso, voy a explicar, bajo mi responsabilidad, lo que se puede hablar entre dos estudiantes de botica (mejor diría de rebotica y mus), cuando resulta que son de sexo contrario y atraídos. No es que yo lo haya experimentado personalmente, pero tengo ahora una novia aprendiz en un taller de la alta costura madrileña, que ¡bueno! está más enamorada de mí que si la hubiese dado bebedizos. Y no es que la trate con muchos miramientos, sino que no sé qué bendita labia tengo, que

la digo cuatro mentiras, y aunque no me las crea, se queda como boba. Por supuesto, que si no se quedase, no me había de faltar una muchacha de mi pueblo que está sirviendo aquí y que está (sin vanagloria) mochaes perdida por mis pedazos; y aun la hija de mi patrona no me había de hacer ascos según con los ojos con que me mira y las indirectas que me echa. Lo que pasa, que como tengo a mi modistilla, que es más elegante que una condesita rubia, pizpireta y con unos tacones en los zapatos que parecen ametralladoras cuando van por la acera, no quiero hacer otras desgraciadas de amor.

Bien: quería decir que, aunque no he tenido ninguna novia estudiante, como la tengo modista, podré reconstruir con facilidad los diálogos de Mari-Pi y Rodríguez. Sépase, ante todo, que éste llama a aquélla muchas veces Pi, y otras 3,1416, y a troche y moche Cordera. Supongamos que, porque el cielo está despejado o porque le hacen daño los zapatos, se le despertaren a Mari-Pi unas horrorosas dudas del cariño de su compañero, y, sin más ni más, le suponga traidor y fermentido, y se lo diga

mirándole por entre las pestañas de los párpados a medio cerrar, y distendiendo los labios sin separarlos gran cosa. Por su peso se cae que él, abriendo los ojos cuanto le sea posible y poniéndolos tan ingenuos como no haya más que pedir, jurará que sólo quiere, ha querido y querrá a 3,1416, y que le ofende atrocemente quien suponga otra cosa.

—¿A que no me quieres como yo a ti?
—preguntará entonces la mimosa.

—¡Jósus!—contestará el vascongado sin poder explicar su ventaja de puro enorme.

—¿A que no te has acordado esta mañana de mí?

—¡Jósus! ¡Siete veces!

—¿Cuándo?

—Al levantarme, al sentarme a la mesa, al salir a la calle, al empezar cualquier obra y al dormir.

—¡Tontín!

Y se reirían mucho.

En fin; que quien más, quien menos, todos nos podemos imaginar lo que hablan los protagonistas. Verdaderamente ya estoy arrepentido de haber intentado enseñarles

a ustedes lo que ustedes sabrán tan bien como si lo hubiesen repetido cien veces a cien mujeres diferentes. Por otra parte, esta tarde estaban Plaza y Rodríguez en el Retiro, pasea que te pasearás, y no decían nada de eso, sino que con expresiones ternerísimas se preguntaban el uno al otro embrolladas preguntas del programa, y se contestaban con gran mimo y el libro abierto. Quizá tengo yo la culpa por ponerme a escribir un cuento de estudiantes precisamente en mayo, y a no ser porque si no lo escribiese no tendría más remedio que estudiar (pues nadie me dirige la palabra más que para resolver dudas científicas), ahora mismo lo mandaba noramala, hecho bolitas, a las narices asaz desarrolladas de Don Juan.

Pudiera echar mano de que las rosas han nacido en los rosales, pero además de que mayormente esto no es novedad, no sabría decir más que lo ya dicho. Ignoro en absoluto cómo pueden otros autores hacer esos símiles que, lo reconozco, son preciosísimos de toda preciosidad. Estas rosas que han nacido en la roaleda ¿son como mejillas de doncellas? No, no; en

manera alguna. ¿Acaso como boinas de carlistas? Tampoco. ¿Quizá como pañuelos que nos hacen señas? Menos. Para mí, las rosas son rosas, las mejillas mejillas, las boinas boinas y los pañuelos pañuelos, y no me cabe en la cabeza cómo pudiera involucrarlas y hacer un revuelto que pasmase. Quédense, pues, Plaza y Rodríguez entre los árboles y rosales del Retiro, que yo, paso pasito, los abandono, y pongo su caperuza a la pluma fuente hasta que los acontecimientos me llamen y la descubran, como a fiel cronista de estas humildes y no ensalzadas vidas españolas.

CAPÍTULO IV

Pues resulta que estoy enamorado de Mari-Pi y ella de mí, con tales veras, que me temo de todo corazón que nos suspendan a ambos dentro de ocho días. El diablo, que todo lo hace en desazón e inoportunamente, debió disponer que se me cayesen, no hace mucho, las escritas cuartillas en medio del claustro, y de tal mane-

ra, que fui de todos mis condiscípulos ayudado a recogerlas. Mari-Pi cogió una, y no sé si de reajo, a derechas o a torcidas, leyó su nombre, con lo que se le entró por las puertas del alma, de rondón y como Pedro por su casa hasta lo más hondo, la curiosidad que tantísimos hombres ha perdido apoderándose de las mujeres. Pues así como la tuvo dentro, y sin siquiera aparejarle aposento, vínoseme a mí, y me preguntó que qué era aquello. Respondíle, tornó a preguntar y yo a responder, y risas aquí y exclamaciones allá, declaróle el cuento y le gustó sobremanera. El demonio (y ya le he mentado dos veces, pero doscientas creo yo que metió sus cuernos y aun su rabo), hizo que por entonces hubiera entre ella y Rodríguez un a modo de desconocimiento y disimulo, por el cual no se daban ni los buenos días. Con ello, me encontré de manos a boca con que me pasaba las horas muertas colgado de la suya, mirándola de arriba a abajo como si nunca la hubiera visto, emitiendo juicios rotundísimos de cuya seguridad nunca me hubiera creído dueño, y en fin, irremisiblemente, enamorado.

Viéndome de la tal manera, comencé a pensar qué debía de tener, sin haberme antes notado nada, una gran atracción sexual, pues de bóbilis bóbilis y, como suele decirse, sin comerlo ni beberlo, le había birlado una novia al campeón, nada menos que al campeón de pelota de la universidad en sus distintas acepciones de remonte, pala, cesta y mano. Comprendí que esto era lo que me faltaba para mi cuento, y que con el desafío que a no dudar tendría, siquiera sólo fuese a bofetadas, con Rodríguez, quedaría tan bien parado como cualquiera novela de las escogidas.

Pero heme aquí con una dificultad: Rodríguez se debe de creer tan siglo XX que se ha encogido de hombros por lo que veo, y no ha sido capaz de venir a preguntarme qué derecho tenía yo sobre Mari - Pi. Ya pasan de la raya estas ideas modernas en que cada uno obra como bien le parece sin preocuparse de los demás, y, sobre todo, de lo que dirían nuestros abuelos si no hubiésemos sido tan prevenidos que les pusimos una losa encima para que no levantasen la cabeza a criticarnos. Yo de mí sé decir que si, como tengo 19 años, tuviese

sesenta, había de clamar por aquella dignidad antigua con que tanto se divertían las gentes sin permitirse la risa más mínima, y que procuraba a la vuelta de una esquina las verdaderamente substanciosas «ocasiones solemnes de la vida», en que los hombres se iban a la cama satisfechos de haber hecho algo provechoso, cosa muy apartada de lo de ahora en que todo es intrascendente y de ninguna monta.

Y cogiendo de nuevo el hilo (que lo he dejado por una hilacha), contaré que una vez que consideré lo bien que me vendría, no pasando a mayores, darme de bofetadas con Rodríguez, me fui a él, y poniéndome delante para que no se me escabuliese, le dije:

—¿Qué? ¿No tienes que decirme nada?

—Nada—me contestó más con el gesto que con la voz.

—Pues yo estoy a tu disposición cuando quieras— insistí yo para que no creyese que yo era tan cobarde que no sabía pronunciar esta frase cortés.

El me miró tranquilamente y no me contestó. No sé que pachorra era la suya. Después de lo que había pasa-

do entre nosotros, que fuese yo a provocarle como quien dice y que él se estuviese tan campante, era cosa que sublevaba cualesquiera nervios, cuanto más los míos que con motivo de mi enamoramiento andaban algo alborotadillos. Así, pues, dispuesto a pegarle, quisiera que no, un buen puñetazo en el estómago (blanco siempre elegido por mí, porque todos los demás, principalmente la mandíbula, son mucho más duros y hacen más daño que lo que parece), le dije, mostrando una extrañeza sin límites.

—¿Pero es que no te importa que te haya quitado la mujer que quieres ?

—¿Qué mujer ?—preguntó él por fin.

—María Pilar.

—¡ Ah ! Pi... ¿ Me la has quitado tú, eh ?

—Sí : ¡ yo mismo !

—¿ Y cómo has hecho ?

Aquel chico era bobo. ¡ Preguntarme inocentemente cómo había hecho, cuando lo procedente era indignarse !... Y después de todo, en realidad, ¿ cómo había hecho ? ¿ Había hecho algo por lo pronto ? La verdad era que yo había visto que



se inclinaba pavorosamente hacia mí, y que se caería, y que se haría mal, y que, en resumen, por humanidad, no me quedaba otro recurso que abrir los brazos y recogerla en ellos. Yo creía firmemente que se la había quitado; pero en puridad, ¿no es más cierto que era ella la que se había quitado a sí misma? No cabía duda: María Pilar se había besado un hombro, como siempre que habla consigo, y se había dicho: «Rica, mira ahora este otro muchacho», y se había cogido y trasladado en vilo del pecho de Rodríguez al pecho de un servidor. Sin embargo, yo no podía reconocerlo así; forzoso era replicar como lo hice.

—Nada importa el modo, sino el hecho. Tú...

Me interrumpió después de registrarse los bolsillos como si quisiese buscar un arma, y sacando un librito de papel de fumar.

—¿Tienes un cigarro?

Le ofrecí mi pitillera, que no era otra cosa que el paquete rasgado, y concluí enérgicamente:

—¡Tú y yo nos tenemos que dar de bofetadas!

Rodríguez se rió un poquitín, como quien oye un chiste que no le hace maldita la gracia, pero que, ya se sabe, como es un chiste y como los chistes se dicen para hacer gracia, tiene por fuerza que celebrarlo, según aquella máxima de los tratados de cortesía y educación social que dice: « Cuando oyeres alguna agudeza, dala siempre por ingeniosísima, y si te comenzaren a contar alguna anécdota o chascarrillo, nunca dejes entrever que lo sabes, ni menos interrumpiendo lo termines tú, porque con esto, sólo puedes perder un amigo ».

Yo ya no sabía qué decir: naturalmente, no iba a decirle que era un tal o un cual, porque eso le correspondía a él, como a mí el replicarle: « Mientes con toda tu boca ». Tomando, pues, una resolución súpita, aspiré gran cantidad de aire, henchí bien el pecho, y dando media vuelta lo dejé con gran desprecio que reflexionase. Ya era hora, porque en aquel mismo momento había él dado media vuelta también, y dirigiéndose a un condiscípulo que pasaba: « Oye, Sánchez: ¿ vas a venir esta tarde a prácticas ? », le preguntó con indiferencia.

Así fué como lo resolvimos por quel día,

pues después... Pero verán ustedes lo que sucedió después. Una mañana, cuando me encontré con Mari-Pi, vi que tenía una picadura en la ceja izquierda. Como los verdaderos enamorados, enseguida que lo noten deben preguntar por cualquier cambio en la fisonomía de sus amadas, me apresuré yo a inquirir cuál felón mosquito había sido osado de hincharla de aquella manera. Me contestó ella :

— Rodríguez, que me ha dado un puñetazo.

—¿ Y no le has dado tú dos ?

—Y también veinte.

Sucedió que la tarde anterior había ido María Pilar a casa de Rodríguez y había preguntado a la patrona por él. La pasaron a una salita, donde estaba prohibido entrar, porque se manchaba y se estropeaban los muebles. Le rogaron que se sentase, y ella lo hizo tan desdichadamente que no acertó sino con una silla desmesurada, en la que apenas si alcanzó a posar las posaderas, y de la que, cuando lo consiguió, de ninguna manera llegaba con los pies al suelo. Alzó los ojos, y vió que delante de ella tenía una como esterilla donde

había enredadas unas interesantísimas fotografías: la primera de la derecha (que en todo esto se fijó la fijona de ella) era una angelical, si bien chata y descarada, chiquilla, vestida de primera comunión y apoyado el brazo, en cuya mana sostenía el devocionario, en una rinconera que a su vez sostenía un jarrón; la de izquierda, torcida con mucha gracia, representaba un matrimonio en esta postura: la esposa sentada junto a una mesa en la que apoyaba negligentemente su brazo, y el esposo detrás de ella y sujetando con gran ahínco el respaldo de la silla; y la del centro (por no citar ya más) era un apuestísimo capitán de cuchara, armado de sable y bigote a cual más temeroso, y que tenía a su lado, sin apoyar el brazo en él ni nada, un esbelto velador.

Salió Rodríguez y le preguntó qué quería; ella le contestó que las fotos que le había dedicado; él fué en su busca, se las dió y no pasó más. Pero quiso el Hado, por otro nombre Doña Laurita, que fuesen los dos a merendar a su casa (que los dos eran de familias amigas), no más tarde de un par de horas de sucedido lo sucedido, para celebrar, con ellos y unas pastas, el cum-

pleaños de una de sus hijas. Merendaron, y luego se pusieron a jugar al mus. Aquí fué ella.

Reconozco sinceramente que no sé por qué fué la trifulca, pues María Pilar, al llegar a esto, ha sido sumergida en un lamentable estado de nerviosidad, desde el cual me ha explicado profusamente cómo sus amigas, las hijas de Doña Laurita, son unas impertinentes y unas presumidas y unas orgullosas, que no se creen sino que descienden de la pata del Cid, y que no se creen tampoco sino que los hombres todos del planeta, aunque no las conozcan, ya están casi desfallecidos con sus desprecios; y que Rodríguez es un bruto y un animal y un tonto de capirote, ¡ eso !, y que bien merecido se ha tenido los arañazos que se ha llevado, y que si ahora lo tuviera a mano aun le había de pegar dos soplamocos para que aprendiese a no decir idioteces: porque idioteces son, y bien que idioteces, lo que ha dicho, porque bien sabía él que ella le dijo lo que le dijo en broma, porque...

—Pero, ¿ qué es lo que te dijo y qué es lo que tú le dijiste ?

—Pues me dijo que si yo . . . ¿ Pero tú

haces caso a ese imbécil? Lo que es yo, lo que es, desde ahora ¡ni mirarle a la cara! Bueno, por supuesto que la culpa no la tiene él sino Laurita . . .

El caso es, y ello basta, que a una frase (fuere la que fuere) descortés de Rodríguez, contestó ella con una patada en la espinilla que le hizo ver las estrellas, según se puede conjeturar por la fuerza con que él le tiró a la cabeza un almohadón. Recibido que fué el almohadón en la cabeza de Mari-Pi, ésta púsose en pie, dió un paso de costado, y llegada a la distancia conveniente saludó con un bofetón la mejilla enemiga, la cual mejilla, reaccionando bruscamente, se puso colorada y transmitió, por nervios ocultos, el impulso recibido a un puño, que, alzándose de manera inopinada, tropezó con un ojo de los por mí bien amados.

CAPITULO V

Salía yo tan campante esta mañana de la Facultad hablando con María Pilar, cuando veo por la acera de enfrente que

pasaba, como quien está esperando y hace que no espera nada, a la más pimpante chiquilla de los barrios madrileños: mi modistilla. Verla y no verla todo ha sido uno, pues de pronto no sé qué demonios me ha llamado la atención allá lejos, lejos, al final de la calle (que aseguro que nada había), de tal manera, que no le quitaba ojo y me impedía apreciar cualquiera otra cosa. Apreté al mismo tiempo el paso, y, si no fuera por lo abstraído que estaba, no hubiese dejado de oír una tosecita que a la legua sonaba a no ser de catarro; pero no la oí, pueden todos creerme.

Yo me creía salvado, cuando noto detrás de nosotros el trotecillo de los agudos tacones: sonaba tan bonito que (Dios me perdone) casi me alegraba de que me persiguiese, aunque resultase luego lo que resultase. Cada vez más cercano, irremisiblemente nos alcanzaría, porque María Pilar no quería correr ni por Dios; alcanzados, nos pasaría y entonces no tendría más remedio que verla, o nos hablaría y entonces no tendría más remedio que oírla. Quisiera haber visto los circunspectos varones en un caso como aquél: ellos que todo lo

pesan y repesan ¿ que harían ? Yo no lo sé; sólo protesto de que afirmen que en esta época no hay heroismos, pues no creo que héroe ninguno se haya visto en tan mani-fiesto peligro como el que yo me he visto. El taconeó aumentaba en intensidad; ya estaba a dos metros; ya a uno; ya se notaba entre nuestros pies la sombra de la cabeza que me perseguía; ya estaba a nuestro lado... Dí un salto y gritando : « ¡ Cagüen; me he dejado el cuaderno de apuntes ! » me volví corriendo a la Facultad, tan corriendo, que ni al volverme ni antes ni después me dí cuenta de quien era la del taconeó.

Claro que a pesar de ello por la tarde hubo morros y aún retintín en la pregunta : ¿ Con que no me has visto esta mañana ?, pero como dice un gran filósofo : « Dios no dió al hombre ni cuernos, ni venenos, ni garras para que se defendiese, sino que lo armó de una poderosa arma : la mano izquierda ».

Y ahora, mis lectores, pido a ustedes permiso para dejarles, por una temporada, con un palmo de narices. La cosa no es para menos; no importa que el cuento no

haya terminado, que yo prometo terminarlo, ni, por tanto, que no se pueda sacar una consecuencia como en otros, en que primero todo es hacer el nudo, y segundo todo es encontrar el desenlace. Ya digo que lo continuaré y el mundo entero sabrá si he reñido con mi novia María Pilar o con mi novia Angeles, si paseamos un día por Rosales o por el paseo de coches, y en fin, todas las aventuras, peripecias, contratiempos y obstáculos que nos podamos encontrar. Ahora no puede ser : es fuerza mayor. Tan mayor, que no es otra sino que me examino mañana de Mine, y esta noche me tengo que estudiar las 20 lecciones, señaladas por mí con gran perspicacia durante el curso como las suficientes para aprobar, y de las cuales, por mis pecados, no sé mas que los títulos y no todos. Menos mal que si me toca alguna lote de tres huesos, siempre podré decir : «Mire Vd. don Juan, que estoy muy nervioso; si quiere usted, cuando me tranquilice, sacaré otras bolas.

A Z U L

171

Sobre el limpio paisaje otoñal de este pueblo castellano, apenas si hay unos álamos, casi sin hojas y enfilados, que de lejos (tan esbeltos son) parecen chopos. Todo es tierra puesta a secar cara al sol. Los rastrojos ya están hechos barbechos y los barbechos sembrados: ocre pardo. Únicamente aquí y allá, esparcidos, algunos cuadriláteros comienzan a tener un bozo verde como reflejo o cardenillo de los torrones.

Al pie de unas lomas, que son como atalayas donde asomarse a ver venir las mañanas y a despedir a las tardes, un montoncito de casas de blanquísimas paredes y oscuros tejados, entre las que se abren los sombríos huecos de las callejuelas, pone en el cuadro la pincelada cálida y humana, llena de labranza, que limpia los ojos de filosofías. Y el cielo, este cielo neblinoso, con el azul friolero y el vientecillo norte, parece que lo van haciendo las chimeneas a bocanadas de humo, echadas todas al mismo sitio, y repartidas de horizonte a horizonte por las alondras que lo revuelven y amasan.

Unos metros más arriba de las chimeneas, en la pingorota de uno de estos cerros, un castillo de ancha traza y serenos cubos protege o domina las casuchas. No hay tristeza ni severidad en las piedras grises, ni en las almenas, que se ríen aquí y allá, hay tampoco desafío marcial ni gesto guerrero. Se diría que es uno de aquellos castillos a que los caballeros ofendidos o menospreciados en la corte se retiraban, si no del todo en paz tampoco en rebelión: allí habían de ir a buscarlos los reyes cuando, pasada la ira, echasen de menos los servicios y la lealtad de sus vasallos; y mientras tanto... Trovadores de los caminos, danzaderas moriscas, ojeadores de sus dominios, doncellicas labradoras de sus contornos, venid acá y darle romances, fiestas, jabalíes y besos al señor que está aburrido y malhumorado con la desprivanza.

Ahora está cerrado, y todos aquellos ruidos se los ha llevado el viento, el viento tendido de las largas noches invernales, que sólo de vez en cuando saca de los quicios y los póstigos algún silbo como los que cantaban antaño los mirlos enjaulados,

calentándose al sol en los largos corredores. Porque el castillo es habitable. ¿Es habitable, Dios mío? ¿Acaso se podrá aún quemar leña en las chimeneas y se podrán leer las viejas crónicas bajo el mismo artesonado que las vieron escribir? ¿Acaso se podrá tajar una pluma y mandar unas cartas «De mi castillo de Arraiz, día de la Asunción del año del señor 19...?»

Javier había venido allá a pintar. Iba por España de palacio en jardín, de jardín en río, de río en desfiladero, palpando con los ojos como las mariposas con las antenas, la flor de la que luego se ha de alimentar. Javier era romántico y veía en todo, aun en las más secas parameras, una tristeza dulcísima que fluía mansamente, como dando tiempo a que él empapase en ella sus pinceles, y que le dejaba, a las veces, en lo más hondo, un loco contento que le haría saltar y reír y gritar, si no temiese a las burlas de los hombres, de aquellos mismos hombres a quienes quisiera decir: «¡Albricias, hermanos: hay lluvia de estrellas y chispitas de cielo que caen en la tierra!»

Ayer descendió del automóvil de línea y

ya hoy, con la cabeza descubierta y la capa de vivos rojos echada sobre los hombros, va por el camino abandonado del castillo, entre los altos álamos. El sol de la tarde de noviembre se pone detrás del más alto torreón aureolándolo, y da de lleno en el rostro levantado de Javier. El pelo corto y despeinado, los ojos azules, la nariz recta y de aletas sensuales, la boca apretada y el mentón pequeño, forman una cabeza como las de las esculturas griegas, farol que transparenta la miserable llama de una lamparilla, amarillenta, sí, y quizás humosa, pero que luce, y brilla, y se consume, y alumbra la calleja.

Por la noche, en la posada, en el cuartucho lleno de almanaques y cromos en el que una mesa de despacho y unas sillas de esparto lo hacían comedor, habló con la posadera.

—El castillo... ¿No sabe? Va a venir a vivir la marquesa.

—¿La marquesa de qué?

—La marquesa. No hay otra. Aquí no la conocemos más que de referencias, porque, lo que es venir, no ha venido nunca jamás entodavía.

—¿Y que referencias tienen de ella?

—¡Ah!, como tener, no tenemos más que el administrador que cobra las rentas de toas las tierras que son de ella. ¿No dice que ha subido al castillo? Pues cuasi too lo que se vé de allí es de la marquesa. Bueno: cuasi too... pue que no, porque se ve mucho lejos; pero no se vislumbra. De lo que se vislumbra ¿sabe usted? too es de ella.

—¿Y no saben si es soltera o casada o viuda?...

—No me diga.

—¿Ni si es joven?

—¡A sabelo! En la vida se le ha ocurrido parecerse por el pueblo. Ahora mismamente cuando viene el invierno dicen que va a venir, que va a venir. Veremos que pinta tiene.

—A usted ya veo que no le son muy simpáticos los marqueses ni condes.

—No la conozco. ¿Qué quíe que le diga?

La dueña de la posada era bajita, gorda, prieta y sucia. Tenía unos dientes postizos tan desmesurados y reía a veces tan sin risa, con un grito dado de pronto en la



conversación, que más era carátula que rostro. La piel, tostada y arrugada, apretaba unos ojos indefinidos, turbios y cobardes.

En la vida que llaman quieta de las aldeas también las que la viven sienten inquietud de novedad, y en la de esta mujer, guisadora de comidas de trajinantes, chalanos y ganaderos, un pintor, un señorito pintor de la ciudad o quien sabe si de Madrid, era fiesta y enseñanza. Una mano sobre la mesa, la otra en la cadera recogiendo una esquina del delantal de arpilleras, está oyendo sus preguntas con la prontitud en las respuestas de quien tiene gana de conversación. Javier, que gusta de oír a cada cual su vida y verla en un chispazo de los ojos o en un ademán (quintaesencia de muchos años), va comiendo pausadamente los fuertes y picantes manjares rústicos, aspirando este ambiente de sudor y cuadras, con efluvios de tomillo, de paja y de leña. Luego se va a la cama: así, sin prisa, sin final, dejando la charla en cualquier sitio, quizá en lo mejor, porque todo era mejor donde nada tenían que decirse y tanto se decían.

—Hasta mañana.

—Si Dios quiere.

El cuarto era pequeño; el techo bajo, pintado de cal y azulejo. En las paredes más cromos, más almanaques. La ventana tan estrecha como ancho el muro en que se abría. La cama cubierta de una lacia colcha colorada. En la cabecera un crucifijo y encima un cuadro, con grueso marco, de Nuestra Señora de... mancha de ratones o de grasa, como todas las otras que no dejan leer una leyenda que a su pie hay, escrita con adornada letra, en castellano antiguo. «Yo, el infrascripto... un pedazo del manto de Nuestra Señora que... fíco asímesmo que ha sido tocado en la escudella... del año de gracia 1637». En un rincón un lavabo de hierro, y sobre una mesa... ¿qué es aquello? Ah, sí; el maletín de aseo y la caja de pinceles, cuyas cerraduras tienen, en esta noche de bujía, una inusitada brillantez.

Javier se acostó; Javier se durmió; Javier se despertó; Javier se volvió a acostar y a dormir y a despertar durante varias noches y subió al castillo, trazó esbozos, imaginó cuadros y respiró, en fin, el solitario aire de

Castilla (siempre solo aunque esté lleno de voces y de músicas) durante varios días. Había recorrido Asturias, Galicia, los húmedos países de luz esmerilada, y se había traído, más que en la carpeta, en la retina y en ese fondo impresionable que tenemos no se sabe donde, los recodos de alegría encontrados de pronto al asomarse a un barranco o al dominar un montecillo, en medio de la melancolía de los verdes cálidos y en el cogollo severo de las cumbres hendidas. Había visto que son las casas más grandes cuanto más chicas son, cuando se cobijan a sosegar al resguardo de unas rocas que pueden desprenderse de la montaña y aplastarlas. Se había sentado quizá frente a los inmensos horizontes, acaso frente al mar, como tantos otros antes y después que él, escuchando el sereno silencio para el que nada es el apresurado latir de un corazón que pronto, muy pronto, se ha de callar y pudrir. Quién sabe si algún anochecer, en que caía la lluvia casi hecha niebla sobre los henos, no iba él bordeando una ría, pensando en esas cosas indefinidas, anhelos infantiles en el centro de la virilidad, que nos hacen a veces tender una

mano emocionada al mayor enemigo que tengamos, a aquél que nos ha traicionado ya y que sabemos que entonces mismo está buscando los medios para vengarse del agravio que le hacemos con ser sus víctimas.

Ahora está en esta penillanura castellana: en las frías tardes del otoño va aprendiendo, como párvulo, a deletrear su belleza, que no es la quietud ni la sobriedad de las tierras pardas ni la limpidez de las perspectivas, sino más bien ese encontrar en un lleco una fragante mata de tomillo o unas hierbecillas de finísimo tallo y semillas tintineantes. Se va así, hoscadamente, por el camino pedregoso y embarrizado, o desenfadadamente por los rastros que tienen como las laminillas de las viejas cajas de música, vibrantes y sonoras las pajas, en las que las fuertes botas de campo interpretan una sonatina, y de pronto, al pie de un ribazo, entre unos juncos, un charco que que es un manantial. ¿Acaso nunca habéis visto los humildes manantiales de las tierras secas? Un redondel de dos cuartas, limpio de vegetales y piedras, lleno de agua clara; en el fondo, de arena fina y

blanca, unos borboteos que le hacen hervir en pequeños surtidores. ¡ Cuántas veces Javier al encontrarlos se arrodillaba para beber (como si fuera para adorar) y se quedaba antes mirando, mirando la danza maravillosa y sagrada de los granitos ! Todo estaba en silencio, y allá dentro había un montoncillo que recorría todo el hoyo sin enturbiar, sin mover siquiera, la cuajada luz del agua. Y después que había bebido metía las manos y apoyábalas contra el hondón: allí veríais juegos, risas, saltos, carreras, cosquillas y caricias en las palmas.

Pasaron así quizá dos, quizá tres, quizá una semana, quizá quince días. En el campo los meses no tienen días ni los días horas. A veces Javier, en las tardes, sacaba el reloj : «las cinco y media». ¿ Las cinco y media ? ¡ Qué extraño y qué fonto ! Las cinco y media. ¿ Y por qué no las 203 ? Ahora es el anochecer : el sublime anochecer del otoño, lleno de rojo y nubes. Ahora es el anochecer y la sementera. Algunos sembrados han nacido ya; en otros aun no se ve más que la tierra, pero si levantásemos los tormones veríamos ya las

semillas rotas con un blanco y tierno conato de raíz.

Pasaron unos días y empezaron a venir críados de la marquesa. Pasaron otros y un auto, como tantos que pasaban por la carretera, vino a pararse en la puerta del castillo. Una veintena de chicos lo cercó, y siguieron con la mirada minuciosamente todos los movimientos de los viajeros: de vez en cuando cambiaban de sitio y murmuraban casi por señas en comentario maravillado, o daban un silvido y se alejaban voceando, llamando a los otros que subían penosamente por el pendiente atajo.

Unas tardes después Javier se encontró en el campo con la marquesa: era pequeña y endeble como una muñequita, y tenía la redonda cara llena de gracias y de travesuras: chata, de boca fina y espiritual, con unos ojos garzos y maliciosos como las pasas de uva. Vestía una holgada chaquetilla con alamares y una falda abierta, bajo la cual se veían unos pantalones sujetos en la pantorrilla por las polainas. Al cuello traía rodeada una bufanda de chillones colores y en las manos una bruñida escopeta. Iba destocada, y en el ancho cinturón de

cuero que la ceñía, llevaba aprisionada la gorra y, colgante, una perdiz. Saludáronse.

--¿Usted es el delicado artista que ha celebrado hace poco una exposición de sus cuadros en Madrid? Me dijeron que estaba usted aquí y me alegré infinito. Hay verdadera poesía en su pintura y... la habrá seguramente en su trato.

—Me temo que sólo sea amabilidad de la marquesa.

—No me llame marquesa: únicamente a los criados se les puede consentir esa adulación. A los demás me gusta tratarlos y que me traten más cordialmente. Nada más sencillo ni más bello que llamarse por los nombres. Llamémonos por ellos como si fuéramos amigos. Yo me llamo Teresa.

—Yo, Javier.

—Pues, Javier, permítame que de nuevo insista en felicitarle por sus paisajes españoles que más parecen retratos. Desde que los he visto yo también he empezado a ver el alma de los árboles.

—El alma de las cosas es vista únicamente por los que la tienen tan luminosa que las alumbra. Mis pobres pinturas nada

hubiesen hecho en usted si usted no fuese capaz de hacerlas mejores.

—¡Oh, no! En el colegio sacaba infames notas en la clase de dibujo, y después una de mis mayores admiraciones han sido para este arte. No comprendo como, con una tela y unas tierras, se pueden hacer obras que tanto se parecen a las divinas.

—Yo tampoco. Y muchas veces cuando termino un cuadro me quedo pasmado al ver que ha salido de mis manos. Hasta ha habido ocasión en que la obra hecha me ha sorprendido, como si mientras la pintaba hubiese estado en somnolencias y entonces despertara; como si nunca hasta entonces hubiese sabido lo que estaba haciendo.

—¿Acaso no escoge el « argumento » por decirlo así?

—No. Es el argumento el que me sobrecoge a mí, tan de súbito, que he llegado a pensar que todo cuanto se pueda pintar en la tierra es bello. Si usted quiere saber la historia de mis cuadros, hela aquí: Un día cualquiera, una mañana, una tarde, salgo al campo. Llevo la cartera bajo el brazo y como un mar de tinieblas en el corazón. Ni una idea, ni un sentimiento.

Acaso me siento y comienzo a copiar desgano, como sólo para tener los dedos ágiles, un árbol o una piedra. De pronto, a medio esbozo, el mar de niebla se desgarr, las manos febriles bailan ante el papel, y dibujo una hora, dos horas, o echo a andar (y echaría a correr) hacia mi casa, sin hacer otro caso de las personas que me tropiezo y me saludan que si fueran hormigas. Armo el caballete y las pobres paredes de la fonda, posada o venta, desaparecen a mis ojos que ya no ven más que el árbol aquél o la piedra y... todo lo demás. Si me llaman para comer contesto alegremente: ¡Voy! y no voy; si me hablan, hablo yo también desenfadadamente, como si todo mi afán fuese hablar o me sobrase vida para derrocharla en varias cosas a la vez. Río y pinto. Después... el cuadro está hecho y yo no sé ni lo que he hecho ni lo que he hablado.

Iban los dos a campo traviesa, separados por la escopeta que apoyada en el brazo izquierdo de la marquesa, apuntaba al suelo. Javier contaba aterciopeladamente, como un chiquillo que narra la aventura de haberse perdido en la ciudad donde todo

es extraño e inexplicable hasta que encuentra de nuevo a su padre, sin saber cómo, a su lado, en medio de la multitud. Delante de ellos el perro séter, blanco y rojo, se quedó en muestra, con el rabo rígido, una pata levantada y la mirada quieta como si hubiese sido petrificado; pero esta vez no le dijo la marquesa como otras : ¿Qué es eso, Sol ? ¿Tienes algo ? El perro dió un paso y acusó otra muestra; una perdiz batió el espantado redoble de sus alas y entonces él echó a saltos tras ella, pesaroso de no oír el tiro de costumbre que la abatiese.

—Ustedes, los artistas, tienen una portentosa vida interior. Los dolores y las alegrías del mundo no les afectan casi, porque tienen dolores y alegrías mucho mayores que nadie los conoce. Por eso les han llamado egoistas, cuando les debieran llamar superhombres.

Anocheía. Tornaron hacia el pueblo lejano e invisible, por los barbechos, las sendas y los caminos. La tierra húmeda se desmoronaba bajo sus pies y se hacía alfombra de color de bellota. En las piezas, los gañanes habían vuelto los arados

del revés sobre la yunta, y, montados en una mula, arrastraban ya el largo timón entre las rodadas de los carros, haciendo un surco intermitente, mientras las pisadas seguras y poderosas de las caballerías sonaban armónicas. Llegaron a la puerta del castillo.

-- Adiós, Javier. Mañana a las cinco le espero a usted para tomar el té.

Por el camino de los álamos bajó hacia el pueblo cuyas luces brillaban ya y cuyos humos ya no se veían. Iba pensando en aquel encuentro inesperado y tenía un gozo saltarín en el pecho, como si estuviese haciendo un juicio ante una belleza: «La marquesa... tiene los ojos de hojaldre...»

Al día siguiente, Javier, a las cinco de la tarde, llamó en un grueso aldabón que en las abiertas puertas del castillo mostraba sus fauces de hierro. Condujéronle por una escalinata de piedra a un salón de suave luz indirecta, en el que ardía una chimenea pletórica de leña y una estufilla eléctrica. Los muebles (cuero y nogal), esparcidos en los rincones y junto a las altas y estrechas ventanas, dejaban la pieza desembarazada;

en las puertas había cortinones oscuros, pesadamente plegados, y en el suelo, de grandes losas de mármol, unas alfombras de rojos, morados y azules abrigaban los pies y enseñoreaban los ojos. La marquesa se levantó y vino hacia él con las dos manos tendidas en afectuoso saludo :

—Es usted puntual.

—Hubiese sido imposible no serlo.

Se sentaron frente a frente en dos butaquitas bajas que junto a la chimenea había, y, por un instante, se quedaron mirando el crepitante saltar de las chispas chimenea arriba, como si quisiesen encontrar una buena conversación que ir gustando (a la manera del buen vino) sin prisa ni sed, a traguitos golosos.

—Esta noche he pensado en usted, Javier. Me he preguntado por qué a veces nacen estos hombres febriles que se llaman artistas y poetas, que nada ven como los demás, y que viven una vida extraña y sublime como si estuviesen solos en el mundo. ¿Acaso usted, que es uno de éstos, sabe el por qué?

—Sí, lo sé; pero antes, Teresa, permítame que le asegure que somos normales

y vemos todo como lo ven los otros. Solamente que no queremos verlo así. ...Y en cuanto al por qué somos fruto, yo sé de cierto que porque muchas flores antes de nosotros (nuestros padres y nuestros abuelos) se secaron sin llegar a cuajar. Allá ¡quién sabe dónde!, en un antepasado del que no queda ni memoria, hubo un hasfío, como hay tantos en los hombres, que se unió quizá con una ilusión de su mujer. Las estrellas, los vientos, las humedades, la íntima disposición de las células, contribuyó a que aquel casamiento diese en sus hijos y en los hijos de sus hijos, una prole de ternuras y desencantos. Algunos de ellos quisieron pintar, esculpir, y no pudieron o no supieron o no se atrevieron. Nosotros, los frutos, ¡cuánto debemos compadecer a aquellos que tenían en sus entrañas las mismas ansias y no podían sosegar con las obras! Ambicionaron plasmar en materia su propio espíritu, y después de vivir su triste vida vulgar, en la oficina o en el regimiento o en el café, sólo pudieron engendrarnos como si dijesen: « Ve tú, hijo mío, y prueba... »

—¿Acaso su padre era así?

—Así era. Murió siendo yo muy chico; pero luego, de mayor, he recordado sus palabras y sus gestos, iguales que los míos cuando voy a pintar y soy tan impotente que rompería a puñetazos los pinceles contra el lienzo.

Callaron un instante y bruscamente preguntó Teresa :

—¿Por qué no me hace usted un retrato?

—No sé.

—Sí sabe : tiene que saber. El que tiene tal maestría en los paisajes y en los tipos populares ¿no va a saber pintar una mujer?

—No sé. Nunca he sabido. Las figuras que yo pongo en mis cuadros las veo perfectamente, son algo mío, encontrado por casualidad en otro hombre. Pero para hacer retratos hay que ver a los otros, tales como son, aunque no tengan nada de común con nosotros mismos.

—Probaremos ¿quiere? Que sí, Javier, que sí quiere. Diga que sí.

—Digo que sí; pero también que no sé y que por tanto saldrá... lo que saliere.

—Veremos. Y si sale mal yo seré la responsable. Mañana empezamos. Arri-

ba hay una galería .. Como soy chiquitita, será de busto solo o poco más. Y no he de mirarlo hasta que esté acabado para no azorarlo.

Vinieron días y fueron días. Javier iba al Castillo todas las mañanas y muchas tardes y entre los dos se fué entretejiendo un bello tapiz de simpatías con las palabras románticas, los recuerdos melancólicos y las esperanzas alocadas. La marquesa había venido una tarde y otra tarde, quizá se iría: como quien nace adulto y muere joven sería su vida en aquel pueblo y en la vida de Javier. Sin recuerdos demasiado reales, sin misterios demasiado grandes, sin proyectos demasiado definidos, había llegado y había dicho como dicen las hadas en los cuentos: «Yo me llamo Teresa».

Sencillamente también, como cuando iba cazando y encontraba una florecilla y se la prendía en el pecho, la castellana había encontrado al venir a su castillo un varón limpio de mentiras, tan ambicioso que no tenía ambición. Como una florecilla .. En los campos, donde los vientos ahuyentan y esparcen todo perfume, y en donde los olores ciudadanos apenas si duran un instan-

te, hay aromas que de tal manera se pegan y enraigan en los vestidos que ya para siempre se guarda en ellos la memoria de las hierbecillas que los adornaron o de los matojos que los rozaron. Teresa sabía que los afectos, sean amor o amistad, se gastan lenta, pero implacablemente, como se gastan las gotas de esencia que se echan al pañuelo; pero también había oído de niña a la campesina ama que la crió, que allá, en su pueblo, guardaban las camuesas entre la ropa blanca, y que después, mucho después de que hubiesen sido gastadas, aun se notaban en el arca la fragancia que le prestaron.

El retrato en pocos días estuvo ya tan claro, con la cara terminada y el cuerpo esbozado, que Teresa, que preguntaba por su marcha, no queriéndolo ver hasta el final, no pudo más y se acercó. Alegróse Javier por saber si iba bien aquella obra, en la que estaba poniendo todos los afanes de sus otras obras y todas las delicadezas de sus otros amores, y vió entonces juntos el modelo y la pintura, como si fuese la fábula de la mujer y el espejo. ¿El espejo?

—Pero Javier... ¡si no me parezco

nada !... ¡ Y qué cuadro más bello !

Asustóse el pintor, y, azorado, fué comparando las facciones con las facciones, los rasgos con los rasgos.

—No me parezco nada, Javier. Este cuadro me recuerda algún otro... No sé cual... ¡ Ah, sí ! ¡ Es la emperatriz Isabel, de Ticiano ! Es la misma cara... ¡ Qué ! ¡ Y hasta las joyas ! Pero, Javier, ¡ si yo soy chata ! ¿ En qué ha estado pensando ?

Javier, sin contestar, muy pálido, comenzó a soltar el lienzo.

—¿ Qué hace ? ¿ Para qué lo suelta ?

—No sé pintar retratos.

—¡ Déjelo !... Pero ¿ para qué lo quiere quitar del caballete ?

—Para romperlo, marquesa. No sirve para otra cosa.

Las manos femeninas se posaron suavemente sobre las otras temblorosas que estaban desatando y rompiendo de impaciencia las cuerdas, las aprisionaron como si fueran más fuertes, y quedaron quietas sobre ellas.

—Javier : Yo le ruego que lo siga pintando. Algo de divino debe de haber en ello cuando, sin usted saberlo, ha pintado a

la emperatriz al querer pintarme. ¿Sabe usted por qué?

Los ojos de Javier se acobardaron primero, y luego, abriéndose de par en par, se desbordaron de ingenuidad, de temor y de dicha.

—Porque siempre he estado enamorado de Isabel de Portugal.

Y acercándose bruscamente la besó la boca, que ya se contraía en una ridícula nueva de emoción.

Allí, en aquel castillo, en aquel huequecillo entre las piedras, estaba el amor. Por encima, el cielo cubierto de nubes que un momento se juntaban para llover y otro se separaba llenas de risa de sol, se extendía inmensamente, dibujado con pausadas pinceladas por los álamos. Sobre la meseta, en recodos de lomas o en llanuras abiertas, pueblecitos de barro pegados a la tierra hacían unas calles de sombra por donde quizá pasaban también corazones enamorados. En el horizonte había unas azules montañas casi difuminadas sobre el fondo blanquecino.

Teresa y Javier dejáronse acunar en esa inconciencia del amor, hambrientos de pre-

sente. Olvidaron todos aquellos recuerdos que en horas tranquilas tan felices los hicieron con la divina poesía de lo pasado y de lo irreparable, y apagaron también todas las llamas del porvenir, de aquel porvenir que, cuando estaban solos, era meta, siempre inasequible, de sus deseos. ¡Adiós vosotros, los «luegos» y los «entonces»! Las palabras habían recobrado un valor nuevo, cuando cerca el uno del otro hablaban de los demás: el espectáculo del mundo les era tan íntimo que muchas veces al contemplarlo creyeron que se contemplaban a sí mismos. Pasaban el día reunidos, y comían acaso los mediodías claros en las resguardadas terrazas, flanqueadas de almenas, donde los cristales y las platas, los manteles y los vinos, brillaban jocosamente, quebrando rayos y dibujando reflejos. Allí, un día, recitó Javier unos viejos versos, aprendidos no sabía donde, mientras Teresa, con los dedos en el feble tallo de la copa de champán y el brazo todo extendido sobre la mesa, echada atrás, escuchaba como si fuesen hechos para ella:

Era el dormido, sosegado estanque
en lo más alto de arbolada huerta;
era en el borde la figura erguida
cual de caoba cincelada talla;
era un cansado desdeñoso gesto
sobre mis labios,
cuando ella a golpe se lanzó impulsiva
alborozando oleajes locos:
salpicaduras, surtidores vivos,
no como aquellos de pilón de patio.
¡ Oh los espasmos de las aguas hondas
del corazón !

Era la copa rebosando espuma
quieta en la mano de mi bella amiga;
eran sus ojos rebosando claros,
firmes amores de mi mal rientes;
era celoso mi ademán altivo
cuando ella dijo susurrando apenas :
« Brindo por ti »

Era el verano : cegadoras luces
reverberaban en el aire denso
y los frutales ofrecían curvos
las numerosas frutas fragantes.
« Aunque me engañes, escogida pera,
he de quererte cual si fiel me fueses;
aunque me vendas con tus mismos labios
y te maldiga ».

Después, cuando a la noche se separaban, el más lejano saludo era como una ardiente caricia. ¡ Amor, amor que todo lo sublimas y todo lo envuelves en esos sutilísimos velos de los sueños ! ¡ Amor, que eres la cosa más material y que siéndolo eres también el más sublime conato del espíritu ! Para ti están hechas las brisas de la primavera, y el inquieto saltar de las aguas, y el henchirse y rasgarse de las tierras, y las pintadas plumas de los pájaros, y las luces de las luciérnagas, y las corolas de las plantas, y la gracia dulcísima de los escorzos femeniles...

Pero contemos la historia de la marquesa y el pintor :

— Javier, ¿ no sabes lo que hizo ayer Juan, el hijo de mi mayordomo ?

— No. ¿ Qué fué ?

— Un acto de nobleza que achica mi nobleza. ¡ Estos, estos villanos si que son los grandes de España !

— Es cierto: como es mejor perfume que el de las esencias, el perfume de los jazmines.

— Pues según me han contado, no hace mucho han venido a vivir en este pueblo

unas mujeres, madre e hija al parecer. Han comprado una finca, y han amueblado una casa que a las afueras hay, y han ofendido a los honrados labriegos con su lujo, porque se ha corrido la voz que todo esto ha sido el precio con que un rico bilbaíno ha pagado la belleza de la hija. Ayer, por primera vez, pasaron por la calle Mayor en un cochecito de burro, a la hora en que después del trabajo mozos y mozas la invaden. Juan, entonces, subió al estribo y abofeteó la cara que se había vendido.

—No quieren señores viles.

—Quizá yo también lo sea.

—¿Tú? No, Teresa. Tú y yo nos hubiésemos querido aunque nunca hubiéramos sabido uno del otro; aunque hubiésemos añorado, perdidos en el mundo, esta dulzura inefable, entonces incógnita, que ahora nos mece como el sueño que pone en las bocas infantiles una sonrisa de placer.

—¿Me quieres mucho?

—Mucho.

—¿Mucho, mucho, mucho?

—Con el ardor y el ímpetu con que cae el rayo en los árboles más altos, así voy yo impulsado hacia ti.

—Otras veces he tenido confusas ansias de felicidad: gozar intensamente; vivir la vida de todas las mujeres de la historia, heroínas, poetisas, reinas y santas; rendir a la Humanidad entera en adoración ante mí; encontrar un rinconcito limpio de miserias, de trabajos, de dolores; ser siempre como son los recuerdos, puros y nobles como actos de hadas o hazañas de romance. Ahora ¡no quiero ya nada más que estar así! Ni aun tus mismas caricias me importan: ¡estar así!

Corrió a Teresa, al terminar de hablar, un escalofrío de dicha, y dejó pinchada en el horizonte, que a través de la ventana se veía, una infinita mirada soñadora. Estaba sentada sobre sus piernas, en la gruesa alfombra, junto al frailer sillón ocupado por Javier, y tenía el busto erguido, la cabeza orgullosa, un hombro apoyado en los travesaños y las manos entrelazadas sobre el halda. Inclínose Javier y, cogiéndole la cabeza entre las suyas, como quien bebe agua en el bosque, cogida en el hueco de las palmas, y levantando hacia sí el rostro de golfillo, posó los labios en el pelo y en la frente. Acarició después las ondas salpicadas

de ricillos y quedándosele por acaso una horquilla leve y fina, como hebra de seda, entre los dedos, púsosela en las solapas con gran reverencia:

—En estos tiempos en que todos llevan insignias de sociedades de honor o de deporte, de política o de economía, yo quiero, como aquel rey que alzó del suelo la liga de una bella, hacerme gran maestro de la Orden de la Horquilla.

Se ha ido la marquesa. Sin proyecto ni propósito, sin riña ni aviso, como había venido una tarde, se marchó una mañana. Javier lo supo, y parecía que todas las leyes de la naturaleza habían sido derogadas, y el mundo, por un milagro de inercia, se sostenía un instante en su acostumbrado ser antes de deshacerse en el caos. Imaginábase (nunca maestro de desengaños) que la desdicha había de venir poco a poco, como se forman en la lejanía las tormentas y nublan el sol y gruñen de truenos antes de que se vuelque el fragoroso estrépito de las aguas y centellas. Sorprendióle la huída: solemos adormecernos en la felici-

dad, no en sueño, sino en modorra, y cuando algo nos despierta y despabila es siempre con sobresalto. Lanzóse al campo, a aquel campo que los había visto pasar cogidos de los ojos, y la rabia impotente de que tenía repleto el corazón se le extendió con el trabajo muscular, nervioso y acelerado, por todos los miembros.

«Esa es la marquesa (pensaba), esa la noble, la aristócrata que se avergonzaba de darse por amor y se daba más bajamente que las mismas rameras que buscan con qué comer. Esa es la de los altos pensamientos y los rectos quererres, la del gesto de repugnancia para el moderno vivir de las ciudades corrompidas. Ese es mi ideal, mi limpio ideal, vestido de mis más íntimas afecciones y alhajado con todo aquello que los hombres comprenden de los seres superiores. ¡Impúdica carne temblorosa de lujuria! ¿Qué he hecho yo, ridículo necio, siempre fuera de mí y del mundo, cuando creía estar entre las alas del cariño? No he sido nada para ella: ¡un placer de unos minutos, un canalla, un infame placer!»

Con los labios apretados y los ojos muy abiertos, iba revolviendo insultos con la

misma fiebre con que, no hacía mucho, resolvía alabanzas: apenas es nada lo que pensamos o lo que decimos al lado de la torrentera de nuestros sentimientos, que siendo los mismos, unas veces salpican burbujas irisadas, y otras, agudas esquiras de cuarzo. Poseído iba del dios Amor, y como el viento de marzo amontona las nubes en tétrico toldo y un segundo después las esparce manifestando el intensísimo azul del cielo, y luego las empuja al galope como corceles blancos de caballeros árabes, y las vuelve a juntar y a dividir, así en el cerebro de Javier eran acuciadas las ideas de traición, de fidelidad, de pureza, de vicio, de angustia, de esperanza, de perdón y de odio. Pensaba en la infame, y pensaba también en aquellas horas en que callaron los dos, inundados de gozo, aparte del mundo, sintiendo hervir en el fondo del pecho las lágrimas placenteras agitadas por el afán de fundirse y ser la cara, las manos y el corazón del otro. No: ella vendría, ella volvería como vuelven las palomas al hoyo que han llenado de plumas; ella traería aquella sonrisa de sus labios finos, aquel polvillo de plata sobre el carmín, y

todo habría sido sólo como el estruendo temeroso del tren en los túneles cortos. Habría que esperar un día (y esperó un día), quizá otro (y esperó otro), acaso una semana (y esperó una semana), quién sabe si un mes. Habría que esperar siempre, porque siempre pudiera venir... ¡ Oh, la hipócrita y falaz, que se había presentado a él de tan maravillosa manera que no la podía maldecir !

Y era así la carta que recibió un año después fechada en un pueblecito de la frontera de Francia.

«Muy señor mío : Tengo un dolorosísimo deber que cumplir cerca de usted. Sin más títulos que los que me puedan dar una profunda y antigua amistad con la desgraciada marquesa de Arráiz, me dirijo a usted para darle tan malas nuevas, que sólo de transmitírselas se me llenan de lágrimas los ojos. Teresa ha muerto. Quizá usted la haya exécrado tanto que no quiera oír más; pero yo le ruego que me lea hasta el final, y obre después en la misma dirección que le marquen el cariño que le tuvo y la nobleza de su carácter, que haciéndolo así, estoy cierta de que no sólo ha de perdonar,

sino que también ha de caer de rodillas ante su muerte.

Había sufrido tanto en amor, que esta vez que lo encontró en usted como nunca lo había hallado, no quiso perderlo en el hastío y cansancio. Quiso saber (en aquellos días de los que apenas me ha contado nada sino la luz irreal que los envolvía) qué leña llevaría al fuego sagrado de sus corazones para que no se extinguiese, y una mansa desesperación se fué apoderando de ella al comprender que aquel afecto sobrehumano pasaría también como pasan los otros vulgares. « No, no (me ha dicho con los ojos brillantes como en delirio); si un día Javier dejase de quererme y lo viese a mi lado con el helado aburrimiento del desamor, o fuese a gustar otras caricias que las mías, había de matarme el desencanto con un desgarró más angustioso que la misma muerte ».

Sentimos las mujeres de tan extraña manera para el común pensar, y ahilamos tan sutilmente en nuestros nervios, propicios a la histeria y al misticismo, que puede ser que no comprenda cómo Teresa temiendo perderle ha huído de usted; pero

yo que soy mujer (y me atrevo a pensar que usted también, que es artista) entiendo perfectamente esas contradicciones del corazón que desea y abandona, atrae y repele, hiere y cura al mismo tiempo, como si fuese chiquillo que tantos juguetes quiere coger a la vez que se le caen de los brazos.

Unas horas antes de morir me dijo con la congoja de los sollozos y de la agonía : « Escribele, llámale, habla con él; que sepa que he querido hacer eterno este cariño que conviviendo había de acabarse bien pronto; que he querido que toda su vida, en las horas de dolor y de desaliento, me llamase como se llama a las madres o a los niños ».

En fin : murió, y una niñita que ha sido la inocente causa de su muerte, ha quedado en el mundo huérfana y pobre. De las extensas posesiones de la casa de Arraiz apenas si quedará el castillo; todo lo demás ha desaparecido empolvado en una nube de hipotecas, deudas y préstamos. Yo, como amiga íntima de Teresa, he acogido a su hija, y si usted, con el derecho de padre no la reclama, en mi casa quedará, segura de que ningún otro la podrá privar del afecto que ya le tengo.

Salúdale cordialmente, María Luisa de Casarrey ».

Javier se había ya lanzado a la vida desenfadada de Madrid, y cuando recibió esta carta casi se acordaba de aquellos amores que unos meses antes tan cruelmente le hicieran sufrir.

Pero como era impresionable y sentimental, así como lo que él creyera traición dejólo libre, esta ternura de ultratumba levantó en su alma furiosos remolinos de pleitesías. Dejó todo y corrió al Norte en busca de aquella amiga de su amada : escuchó ávidamente sus palabras, y cogiendo en sus brazos a su hija, empeñó su palabra, comprometió su obra futura, juntó los escasos ahorros de su vida andariega y pudo al fin salvar de manos de usureros el palacio de Arraiz. Entonces se encerró en él y ya no volvió a salir sino de tarde en tarde, donde le llevaban sus cuadros, de exposición en exposición, por las grandes ciudades del arte.

Allí creció Teresina. Las brisas sobre los campos de trigo y los ventarrones sobre las mondas piezas peinaron su rubia melena cuando, perdidos los lazos y cintas,

agitábala alocada en las veloces carreras infantiles, que sabía interrumpir bruscamente para mirar asombrada, con los inmensos ojos color de miel tostada, las cosas o las gentes. Su ingenua boca abultada crispábase a veces en un tristísimo gesto de desencanto, y aun no tenía seis años cuando ya, ante sus juguetes rotos o sus caprichos negados, no lloraba, sino que, entornando los párpados, quedaba por un minuto espantosamente seria. Mimábala su padre con un hosco cariño hecho de soledades, y aunque algunos días contábale peregrinas historias y jugaba con ella, los más apartábala con un beso, y sublimemente, como un dios, iba plasmando en los lienzos, con tierras de colores, los colores de la tierra.

Criada entre pinceles, viniéronsele a las manos, y ella también gustaba de pintar. Acaso cuando Javier se descuidaba daba ella en la obra comenzada dos o tres pinceladas, y corría luego a esconderse temerosa de que se notase su atrevimiento. Pero creció: un año y otro año, al fin fué una adolescente, grácil y leve como esas clavelinas que nacen en los carasoles.

Tenía la piel tan suave y tan blanca como la cuajada de los pastores, y el diminuto caracol de sus orejas era, junto al hermosísimo cuello, magnífico broche de sus cabellos.

Entonces llegó abril a secar las tierras de labor y a enamorar las doncellicas, Llegó abril: por los ventanales del estudio de Javier entraba ya la luz en una alborozada fiesta de reflejos, y fuera, todos los ruidos eran alegres y todas las voces cantares. Sin árboles en derredor más que los viejos álamos, el castillo palacio y los gorriones, jilgueros, alondras, palomas y golondrinas hacían la estampa de un enfurruñado vejete que, aturdido por las risas de la turba irreverente de sus nietos, no puede menos de sonreír; las laderas mostraban sus verdes terciopelos, hechos a cuadros, en la que una bandada de mujeres escardaban; allá lejos, en el horizonte, los azules de las lejanas montañas enseñaban a los humanos que la misma árida arcilla y cal pueden parecer cielo en las montañas de la primavera. En los poyos, y junto a las sendas, un polvillo de chirivitas, con sus numerosas hojuelas blancas, bordeadas de



cálido rojo, salpicaban el césped, en el que bichejos pequeños y frágiles recién salidos del huevo de invierno, subían y bajaban por los tallos con una ridícula prisa. En todas las venas se efectuaba el cambio maravilloso de la sangre vieja por la sangre joven, y el ya templado aire hacía estallar en las más íntimas vesículas de los pulmones, el ansia de saltar y de vivir, como saltaban y vivían las mozas, cuando a por agua iban a la fuente de la salida del pueblo y se encontraban con algún zagal que las perseguía.

Sin embargo, las comadres peinándose unas a otras en las puertas soleadas de sus casas, en las callejas sombrías, decíanse temerosamente, mientras picoteaban indiferentes las gallinas en las pellas de estiércol caídas de los carros :

—¿ No sabéis ? Esta noche se ha muerto Teresina, la del castillo. Dice que no sé de qué... De una cosa muy rara que llaman « cólico de los pintores ».

AÑIL

Alicia es de esta manera : Alta, con las carnes estilizadas por los deportes, ágil como joven, flexible e inquieta. La piel, blanquísima; el pelo, rubio; la nariz, aguda, corta y firme; la boca, de labios tan finos como hoja de puñal; las piernas, aquilladas, y los tobillos, esbeltos. Cuando sonríe, cabrilléanle los ojos verdes tanto como si fueran negros; los dientes muéstranse en toda su galanura, tan iguales y blancos entre los apenas entreabiertos labios pintados de rojo purpúreo un poco pálido, que quien la mira no mira más allá; y las mejillas, antes de mármol, hácensele entonces de carne palpitante.

Vive así :

Día 1.º de Junio, 9 de la mañana.

Alicia está durmiendo. De vez en cuando abre los ojos y está despierta. La habitación oscura apenas si tiene dos estrías de luz : una en el balcón; la otra en el espejo. Por fin Alicia coge la pera del timbre, aprieta el botón, abre la boca, y se despereza, aunque sola, disimuladamente.

Cuando viene la doncella, le ruega que abra las contraventanas : la luz entra tan de prisa que choca en todas partes.

Alicia piensa en levantarse. Piensa también en lo que hizo ayer y en lo que va a hacer hoy. Suspira. No está contenta Alicia; no es de las satisfechas. Piensa que ya tiene veinte años; que los ha perdido. Ha estudiado en el colegio primero, en el Instituto después. Nada más. Después ¿qué ha hecho? Pasar, pasar el tiempo, pasar el mundo. Hija de familia : sosiego. ¿Sosiego? ¡Sopor! Sin emociones, sin trabajo ni responsabilidad, sin triunfo. Es su vida perdida. Un minuto como otro minuto, un día como otro día. Van pasando. Ella sabe que los echará de menos, que le pudieran producir un placer, que en ellos podría volcar toda la actividad inactiva, toda la potencia juvenil que lleva en las manos como ofrenda que no tiene a quien ofrecer. Van pasando. Una vez se rebeló y sucedió esto :

—Padre : yo quiero hacer algo.

—Haz lo que quieras, hija.

—Yo quiero trabajar otro trabajo que el bordado. Yo quiero quitarme esta tristeza

de ser señorita, y hacer producir los talentos que Dios me dió. No quiero ver mi vida entera perdida tontamente.

—Pero, hija, ¿hay alguna ganada?

—Yo quiero hacer algo.

—Ya tienes 20 años. Enseguida te casarás. Si te pusieses ahora a estudiar no habías ya de hacer nada. Y otra cosa no puede ser.

—¡No puede ser! Sólo puede ser la inutilidad.

Son las diez menos cuarto cuando decididamente se viste; pero antes se desnuda y se mete en el baño.

10 de la mañana.

Misa. Alicia está de rodillas con el rosario entre las manos y el libro abierto. Reza y lee. ¡ Señor, Señor...!

11 de la mañana.

El comedor es sombrío. Maderas oscuras, tapicería oscura. Por las paredes, plata vieja; por los rincones, cobre antiguo. La lámpara, de hierro y damasco. La tarima, de tablas cortas, estrechas y en zigzag. Los balcones, con vidrieras de color.

El techo, con vigas talladas. El comedor es sombrío; pero en el centro está la mesa, y en la mesa, el blanco mantel, las azuladas copas, el limpio cubierto, las flores recién cortadas con un poquitito de agua salpicada que parece rocío. Y las manos de Alicia.

Terminado el desayuno sube a su cuarto. Abre el balcón y sale a la terraza. La terraza está orientada al mediodía: abajo el jardín; más lejos las huertas maravillosamente fructificadas en esta mañana de junio. ¿De quién serán todas estas huertecitas sin casa, con paseos tan estrechos como cintas? «La mujer y el huerto requieren un solo dueño». La mujer un solo dueño... pero ¿quién? ¿Dónde encontrar un hombre a quien se le pueda hacer dueño? ¿Dónde encontrar un dueño que posea, y no que mande tan sólo? ¿Al que sea felicidad someterse?... El sol es muy fuerte esta mañana.

Los frascos del tocador parecen gritar envidiosos: «¡Ahora a mí: me toca a mí ahora!...» Chiquitines, panzudos, de grandes tapones, de distintos colores, los frascos se empujan unos a otros. La tabla en

que se hallan es frágil y cubierta de cristal : a poco que se tropiece en ella, todos tintinean. Alicia se está rizando : un montón de pinzas, horquillas y rizadores están allí, y a poco dan una multitud de moños entre los cabellos rubios no brillantes sino empañados : como si fuesen un gorrito de paja que el sol ha tostado.

12 de la mañana.

En el jardín hay muchos árboles de sombra : aquí con jazmines hacen un cenador; allá con rosales, un paseo encasajado. Hay un estanque en un extremo al que cae una cascada : brota el agua poderosamente y se despeña en tres saltos: el primero, grande y entero, reflector y mórbido; el segundo, pequeño, blanco y radiante de burbujas; y el tercero, ya pura madeja desilachada de espuma.

En una glorieta, Alicia hace punto : las agujas parece que se quieren pinchar la punta y que nunca aciertan; se adelantan rápidamente, primero una, después otra, y se retraen al mismo tiempo, primero la otra, luego la una. O quizá sea que quieran atrapar el misterio de los minutos que echa

a volar a golpecitos que apenas se oyen (tic, tac, tic) el reloj de pulsera. En los jardines, a las doce del día es como en los castillos encantados a las de la noche: las cosas toman alma, y ya no son objetos, sino fantasmas que viven su vida hasta entonces oculta y entonces manifiesta. Así aquí; el sol sisea por todas partes y hasta le ha puesto a Alicia (que se había ocultado de él bajo un plátano) un dedo en los labios; el banco cojea y parece un lord Byron, calavera y enamorado, que hiciese cucamonas a la banqueta de Alicia; el ovillo de lana salta del halda al suelo, y en el suelo a tropezar con todas las piedras más grandes, como si tuviera cosquillas en los hoyitos que hacen los hilos y le gustase que se las buscasen para reirse luego y huir.

—Alicia ¿qué haces, hija?

1 de la tarde.

Es su madre que ha bajado lentamente la escalinata de la casa y se dirige hacia ella.

—Nada, mamá: el chaleco.

Tiene el pelo tan blanco como la espuma de la cascada; raya en medio y peinado

liso. Vestido oscuro y ojos claros; facciones menudas y frente grande; manos cuidadas y mejillas sin polvos.

—¿Qué te pasa, hija mía? Parece que estás triste.

—No, madre. ¿Por qué había de estarlo?

—¡Qué sé yo! Muchas veces se está triste sin saber por qué. Y a tu edad, más.

—Pues yo no. Quizá no esté alegre; pero triste tampoco.

Es muy difícil de explicar. No está triste; pero no está alegre. No la entenderá su madre: porque ¡la entiende tan bien!... Las madres no consuelan: no consuelan más que cuando se está tan angustiado que ya no hay más que echarse de bruces y de golpe en su regazo para llorar. Mientras tanto, no: las palabras no mitigan el dolor ni arreglan la injusticia; y las madres son débiles. Esta de Alicia, calla; la mira y calla. Sabe que su hija es joven y que mientras lo sea tiene que sufrir la tristeza de la alegría; quizá cuando sea vieja como ella, más vieja aún, pueda gozar la alegría de la tristeza.

—Has trabajado hoy mucho en el chaleco...

2 de la tarde.

Los cuatro lados de la mesa están ocupados. Uno por Joaquín. Joaquín es hermano de Alicia y más pequeño. Es serio y bien humorado; parece preocupado y es pensativo: pensativo en nonadas. Es de los que al principio se les cree listos; después, tontos; más tarde, chistosos; luego... luego ya no se les juzga. Sobre la mesa los cuatro bustos comen y hablan. Alicia también: no está triste. Pregunta, se asusta, se ríe, riñe con su hermano. La madre sirve los platos: «Te voy a echar un poco más». El padre, a media comida, ya saca los cigarros. «¡Pero, Jesús! ! Termina de comer siquiera!» El cigarro ya encendido queda sobre un cuchillo; al poco, ya está de nuevo en las manos de su amo, quien retira el plato y dice: «No quiero más, mujer». Mesa de familia.

3 de la tarde.

Otra vez al jardín: ahora con un libro. Un butacón grande y un libro chico: tan grande, que la abraza toda; tan chico, que cuando lo lee parece que se está mirando en las palmas de las manos la línea del co-

razón. No tiene pintada en la portada la hermosa cabeza (bien tocada con su gorra blanca) de un marino: ni siquiera es novela. Es de un fraile. Fray, fray,.. Tapa el nombre con los dedos. ¿Fray? Fray Juan de los Angeles: «Lucha espiritual y amorosa entre Dios y el alma».

De esta hora poco había que decir. Lee: ya es bastante. Pero además, a veces, levanta la cabeza y se queda mirando un rato a la verja, como si detrás pasase alguien. Además, se queda mirando, y las miradas hacen con el enrejado, como las agujas por la mañana con el punto: están pinchando los pensamientos.

4 de la tarde

Amor, infinito amor, inextingible amor: Ella lo busca, no sólo en los demás, sino en ella misma. Quiere querer. Quiere (¡ya quiere!) a un hombre que no conoce; que quizás no existe. Llama en todos los corazones: tran, tran. No es esto. No es ninguno; suenan mal: a huecos o a macizos; a rebote o a amortiguado. Ninguno con el sonido con que suenan las campanas, apenas se las toca; ninguno que sin saber cómo

ni por qué le haga exclamar: ¡Este es el caballero! Ella quiere un amor, sin desfallecimiento. Querer sin encantamiento, sin ilusión, sin porque sí: firme e igual como raya del tiralíneas y no como la de la pluma. No ese «Le amo, ya menos, ya casi, ya nada», sino aquel «¡Le quiero, porque es digno de ser querido!»

Dios. El Unico. Más allá de la muerte. ¡ Señor!: ¿no hiciste al hombre a tu imagen? ¿Dónde está el hombre? Aquél, hecho de barro vivificado por tu soplo, noble sobre todos los animales, con la serenidad en la frente y la ternura en los labios, limpio de intenciones, alto de pensamientos, bello como la misma Naturaleza...

5 de la tarde.

Las fuentes son como los espejos. Aun más: espejos de la naturaleza. Quizá hay en el bosque un manantial; quizá hace un remanso con fondo oscuro de cieno y arena. Los ciervos, los lobos, los gatos monteses en la mañana, se despiertan y van a beber, de tal manera, que parece que van a mirar. ¿Por qué los espejos no han de ser remanso y fuentecilla de las habitaciones?

Así éste. Es una fuentecilla cara al cielo. De pronto, en él se ve una claridad lechosa, difuminada, mate: será que amanece. Si nos fijamos, en medio de ella, hay una manchita un poco más que sonrosada que por segundos se va trocando en rojo vivo que tuviese una niebla por delante: será que sale el sol. A la luz, cada vez más clara, ya se distingue bien por un lado una masa color hoja seca, movediza a impulsos del vientecillo: será que se refleja el agostado bosque. Cerca de él, entre unas esbeltísimas cañas, aparecen dos animales de piel entre verde y gris: serán una pareja de gatos que vienen a bañarse en el charco. Alrededor de cada uno de ellos se va formando por momentos un círculo oscuro como si fuese humo que lo extendiesen por encima de las aguas: será que están tan alborotados que las enturbian.

Pero no es nada de eso, sino que es Alicia simplemente que se ha asomado al espejo y enrojecido los labios, peinado el cabello, y hecho ojeras en los párpados

6 de la tarde.

3... 0... 7... 9... ¿Carmen... ? ¡Hola,

chiquilla ! ¿ Estás ya... ? Yo también... Ahora, al pasar, te llamo... ¡ Pero baja pronto... ! Oye, preciosa, ¿ qué vestido te has puesto... ? ¿ El blanco... ? Yo no he podido: me lo están limpiando... Ya ves que pena: podríamos haber ido las dos tan igualitas .. Y con lo que yo gozo cuando nos preguntan si somos hermanas... Pues hasta ahora ¿ eh... ? Adiós.

Alicia tenía puesto un vestido blanco: subió corriendo a su cuarto, se lo quitó y se puso uno negro, liso, con adornos coral.

7 de la tarde.

El campo de tennis. Dos pantalones blancos y dos faldas abotonadas (y a medio abotonar) de deportes. Bote y rebote de la pelota y de los jugadores. De aquí para allá, de allá para acá. Equis y zedas. La pelota salta y resalta (tan contenta) la valla de red. Fondo de árboles; corro de sillas.

15 - 30. Zig - Zag. Zig - Zag. Alicia, los brazos desnudos, caza en el aire con lo raqueta las mariposas de las jugadas. Los pies pisan las conversaciones del corro : « ¡ Qué bien juegas, Alicia ! ». « No te oigo. 30 iguales. ¡ Va ! » El busto

adelante, la cabeza atrás, una pierna levantada en medio salto, las manos voladoras... Si el saque, como es un instante, fuera perenne, Alicia fuera una estatua.

Dos faldas, dos pantalones. Una rubia y una morena; un moreno y un rubio. Juego de cuatro. Ahora en el cuadro de la derecha; luego en el cuadro de la izquierda. Los rubios contra los morenos. Alicia y Juan contra Carmen y Pedro. En el tenis y en el mundo. Juegan con, y juegan contra. Alicia y Carmen son amigas; y enemigas. Juan y Pedro también. Siempre juntos y siempre separados. Afecto y envidia. «Yo voy contigo: ¿por qué vienes tú conmigo»? Besos y odios. ¿Odios? No; es demasiado. Pero también llamar besos a ese juntar labio y mejillas, es excesivo. Como aquellos abrazos de los hombres.

8 de la tarde.

Después de la ducha están Alicia y Juan bajo la pérgola. Los gruesos maderos pintados de azul sostienen las espesas ramas de lúpulo y jazmín. Florecillas blancas que se deshojan, y se desmayan, y caen al sue



lo, y se quedan en las chaquetas, y quieren perfumar los cabellos. Juan (camisa de sport) está sentado en un banco sin respaldo, los codos en los muslos, las manos juntas entre las rodillas. Alicia, una pierna sobre otra, echada en una butaca plegable, la nuca apoyada en el más alto travesaño. Descansan frente a frente. Juan mira la tierra; Alicia, el cielo. El corro, un poco más lejos, ríe y habla fuerte.

Solamente entre los silencios se percibe la palpitación de la noche en los cucos y en los grillos.

—¡Qué partido hemos ganado! ¿eh, Alicia?

—Los llevamos de calle.

—Vas aprendiendo mucho. Me he estado fijando en los reveses: los das ya muy bien.

—Mucho no te habrás fijado.

—Todo el partido.

—Habrías perdido más. En cogiendo la raqueta, ni ves, ni oyes, ni entiendes.

—¿Qué quieres que entienda?

—¡Nada!

La tarde, hace poco tan luminosa, se va condensando en partículas que dentro de

dos horas serán estrellas. Alicia y Juan callan : no se han fijado que las raquetas, sobre el banco, están boca con boca, intensamente enamoradas.

—Estoy triste, Juan...

—¿ Pues qué te pasa ?

—Todos los anocheceres me entristecen. Eso de no encontrar más que amigos falsos, parece que se siente más a oscuras.

—Es verdad.

—Pero ¡ te estoy diciendo ridiculeces !

—No; no son ridiculeces. Yo también lo he pensado.

—Y te importará un comino. ¡ Serás tú el primero !

—El primero ¿ qué ?

—El primer falso.

—No por cierto. Yo tardo a ser amigo; pero como lo sea, soy verdadero.

—¿ Y mío lo eres ?

—¿ Ahora te desayunas ?

—¿ Y qué serías tú capaz de hacer por mí ?

—¡ Todo lo que me pidas !

—No te creo.

—Pídeme algo.

—Mucha boquilla y luego...

—Haz la prueba; anda, pídemle algo y verás como lo hago enseguida.

—No, no quiero desengañarme.

—Que te digo que no te desengañas.

—Luego estoy engañada.

—No... ¡ hombre !... quiero decir que en cuanto me mandes algo ¡ pum ! : ¡ hecho ! Atrévete a dejarme por mentiroso.

—No, si después de todo me da igual.

Ahora sí que se callaron : tanto, que Alicia, a poco, continuó :

—Enseguida te enfadas.

—¿ Por qué ?

—Porque te he dicho que me daba lo mismo. Y otras muchas veces también. Eres un quisquilloso.

—No, sino que creí que te había molestado.

—Yo no me molesto por tan poca cosa, hombre.

—¡ Las mujeres sois tan raras !

—Los hombres que sí...

—Es que para vosotras decir la verdad es raro.

—¡ Ya salió lo de que somos mentirosas !

—O sois mentirosas o no sé que diablos os pasa; pero no se os entiende.

—¿ De qué se nos va a entender ?

—¡ Qué se yo ! Tan pronto decís una cosa como otra.

—De sabias que somos.

—Tú ya sabes lo que te quiero decir.

—Me gustaría más que lo dijese para saberlo de cierto y no por conjetura.

—Hay cosas que no se pueden decir.

—¿ Tan graves son ?

—No es que sean graves; es que no se sabe cómo se las va a tomar.

—Yo te prometo tomarla bien. Dila.

—Pues que contigo... tan pronto me parece que te molesta mi compañía o que... te agrada.

—¡ Vaya hombre ! ¡ qué dificultad tan grande ! Pues si me molestase ¿ qué me hace falta para marcharme ahora mismo al corro ?

—Eso también es cierto.

—Me eres muy simpático.

—Muchas gracias.

—No, no; te lo digo de veras.

—Yo también paso contigo muy buenos ratos.

—Mejores los pasas con Carmen.

—¿ Con Carmen ? Pero si apenas hablo con ella...

9 de la noche.

Bajo la pérgola, bajo los árboles de la carretera, bajo los focos del paseo, bajo la luna, en estos dimes y diretes.

10 de la noche.

Despedida de amigas.

— ¡ Adiós ! Que me llaméis mañana.

— ¡ Adiós ! Ya te llamaré yo.

— Oye, Carmen.

— Escucha, Pepita.

— ¿ Pero habéis ya quedado con esas ?

— No dejéis de ir vosotros ¿ eh ?...

— Adiós.

— Adiós.

— Adiós.

— Juan, adiós, hasta mañana.

— Adiós, Alicia.

Y la cena.

11 de la noche.

He aquí un ratito de sobremesa. Por aquí una labor de aguja, por allá un periódico. Joaquín se va a dormir y se va dur-

miendo : una patada a una silla, un pescozón a Alicia.

—¡ Estáte quieto, Joaquín !

—Ya he pasado.

Dentro, la luz blanca parece amarilla de sueño : fuera, los perros ladran al sereno y el sereno da con el chuzo en las puertas para ver si están cerradas. Sobre los tejados ya apenas queda humo y las chimeneas son índices que imponen silencio.

—¿ Dónde habéis estado hoy ?

—Jugando al tennis.

—Pues yo he visto esta tarde a tu amiga, la chiquita de Amúriz que iba con su madre, y llevaba un vestido monísimo. Muy sencillo. Nada más que una falda lisa y...

—Tiene gracia este dictador : ¿ Qué os parece que ha dicho ayer a los periodistas? Que la vida de los pueblos es la que importa y no la de los hombres.

—¡ Jesús ! Pues como te decía, una falda lisa con unas pinzas...

12 de la noche.

Alicia aun está despierta. En la cama, con la luz apagada; pero despierta. Ha

dejado el balcón abierto. Le gusta mirar la noche cara a cara. Le gusta en esos momentos que preceden al sueño, en que se van plegando todos los tentáculos y antenas psíquicas que por el día van por delante para captar impresiones, ir pensando tan sosegadamente, tan de puntillas que parezca que sueña. Y ahora piensa así: Es noble. Tiene los ojos limpios. Es guapo. Se le lleva como de la mano por donde se quiere. Parece un chiquillo grandullón, grandullón. ¡Y es tan hombre! Tiene el pelo muy bonito. Quizá sea lo más bonito. Pero es muy parado. A lo mejor es que me quiere. Muchas veces el amor acobarda. ¡Pobre chico! Parece que le temblaba la voz cuando ha dicho aquello «si me molestaba o... me agradaba». Después de todo es un infeliz. Es un buenazo. Demasiado bueno; tanta bondad, tanta bondad ya... Tiene unos brazos que al que le dé un puñetazo, ya está bien. Me gustaría que riñese con alguno por mí. ¡Qué gracia cuando le he apretado la mano! Le he dicho yo: «Sellemos el pacto» y le he alargado la mano. La ha cogido sonriendo y a poco ya la quería dejar; pero yo se la he

estrechado más apretadamente. ¡Qué mano más fuerte ! Eso es lo que yo quiero: una mano fuerte que me sostenga, que me ayude. ¡Qué felicidad debe ser ir apoyada por una mano así, que parece que cabemos en el hueco de ella !

Alicia, por fin, se ha dormido.

1 de la madrugada.

El reloj de encima del tocador ha hecho «tic», como si se hubiese roto: es la una. En la habitación está el misterio de todos los dormidos. Algunas veces se concreciona en un ruido del suelo o de los muebles. O en una luz que lo recorre lánguidamente, como que es el resplandor de unos faros de automóvil que pasa allá lejos por la carretera de los montes. El misterio a veces parece que hurga en los vestidos y los hace estarse quietos, quietos, quietos. Alicia duerme plácidamente: apenas si de vez en cuando mueve un poco los dedos que descansan sobre el embozo. La cabeza, aprisionada por la red, ha hecho un hoyo en la almohada y allí va revolviendo la argamasa de los ensueños.

2 de la madrugada.

Alicia sueña que ella es ella. Que va por un monte en que los árboles son tan añosos y retorcidos que parecen sus raíces culebras a medio esconder en la tierra; sus troncos, olivos; sus ramas, membrudos brazos que levantan el oscuro tapiz de hojas para que ella pase, como si fueran desnudos chambelanes de la corte de un sátiro. Va por el bosque tan ligeramente como iría por el aire; saltando de piedra en piedra como las pajaritas de las nieves; rozando aquí un matojo, allá un viejo rosal que se queda moviendo febrilmente sus últimos capullos. Por fin ha encontrado un árbol que es un trono: a su pie, aprisionada, una ancha piedra tapizada de musgo; ramificaciones del tronco a ambos lados, curvas y lisas, ofrécenle reposo donde descansar los codos; por encima, en el dorado día, la noche verde. Se sienta y mira la praderita que se extiende delante de ella.

Pantalón atado a la rodilla, media gris, zapato bajo, camisa abierta, viene Juan con una corona en la mano: corona de diminutas hojas y rojos frutos de fresa, cogida en

los sombríos barrancos del puerto. Y dice: —Como nuestros antepasados, te quiero yo coronar.

En el hueco está Alicia encogida y sonriente: siente en sus cabellos la caricia de los dedos, y luego la caricia de las hojas.

—Y ahora, mi dama, yo seré tu caballero y te rendiré los reinos infinitos de ternura y los imperios orientales de pasión. Entraréme a saco en mi pecho y te he de traer botín de amores.

—¡Qué loco eres!-- responde ella.

Juan se inclina y va comiendo una a una las fresas sobre su frente.

—Oh, amado mío: nunca he sido tan dichosa como ahora; pero quizá el amor no existe.

—Sí, existe: existimos tú y yo.

Alicia y Juan hablan lánguidamente, atropelladamente, fervorosamente; hablan como los pajarillos en las alegres mañanas, cuando se encuentran en los árboles y entre los rosales del jardín y ni aun para escucharse se quieren interrumpir; hablan como las ramas de los almendros floridos cuando tiemblan y van de aquí para allá y se en-

vían besos de polen; hablan como las estrellas, siempre indiferentes, hasta que una vez se atraen y chocan brutalmente y engendran un mundo. Hablan de amor.

3 de la madrugada.

Y luego van monte arriba: a ganar la cumbre. A veces el camino es senda con unos cantos rodados que les cantan en los pies; otras va Juan delante con una rama desgajada en la mano abriendo paso a mazazos entre los matorrales. Después, la roca pelada. Lisa y monda, sin tierra donde hincar los tacones ni grietas donde meter las puntas, la van subiendo agarrándose de los manos, más cálidas y más fuertes entonces que nunca, y de las aristas cortantes como cuchillos de pedernal. De pronto, ¡qué horror! Alicia ya no puede ni subir ni bajar. Delante está el granito casi cortado a pico, muy cerca de los ojos como si quisiera ser muralla de la loma. Atrás, allá abajo, el bosque, y, a su entrada, los enormes peñascos que quizá rodaron algún día de ventarrón. Un paso adelante es imposible: no hay donde afirmar. Un paso atrás es caer magullada hasta lo

más hondo. Se adhiere al suelo que es pared. Los músculos tensos vibran de pavor. El vientecillo sutil de las alturas que antes refrescaba, ahora empuja. ¡Y la luz, indiferente! La roca, bajo sus gruesas botas de montaña, cruje, y una arenilla se desprende y cae rebotando.

— ¡Juan!

Juan acude: una mano, un brazo, un hombro, ¡el pecho! Junto a él ¡qué segura! Sostenidos por los bordes tan sólo de su calzado, por los más agudos (y más débiles) clavos de ellos, están abrazados. Pudieran matarse, y tiene ella el oído junto al corazón varonil: sano corazón apresurado. A su ruido ya cede el terror. ¡Arriba! Las botas de él le harán escaleras; las uñas, grietas. Falta poco.

Subieron arriba.

Está amaneciendo. En el balcón un tenue velo gris tiene pintadas en lo más bajo unas copas de árboles. El ruiseñor canta alborotadamente sus últimos trinos; la cascada le acompaña con su chapoteo. Alicia está con los ojos muy abiertos: sin saber cómo, se ha encontrado suave y bruscamente despierta... Ha puesto las

manos detrás de la cabeza y escucha. No se sabe de donde, de un camino que no se ve viene una jota que apenas se oye :

Esta es la calle del viento,
la calle del remolino,
donde están remolinados
tu corazón con el mío.

¡ Qué regustillo tienen las coplas a la mañana! Esas coplas que se oyen sin que nadie sepa que estamos nosotros allá, ocultos, apercebidos a cantar también bajo :

Esta es la calle del viento...

Alicia quisiera ser eco : eco que repitiese esas voces sabrosas de los campos. Pero es simplemente una mujer recién despierta. Despierta, ¿ por qué? ¿ Acaso por la luz? ¿ Quizá por la pesadilla? Estaba soñando con Juan. ¡ Qué bien la llevaba roca arriba! Es un buen compañero. ¿ Pero de dónde habría sacado ella que era alpinista? Quizá si se pusiese lo fuera : ¡ es tan habilidoso! ¡ Y tan leal! ¡ Y tan ingenuo! ¡ Y tan alegre! Muchas buenas cualidades tiene.

Acaso no sean más que tontería.

4 de la madrugada.

Nuevamente se duerme. Ahora ya no hay sueños ni ensueños. Las vagonetas de los glóbulos rojos vienen de los pulmones todas limpias y llenas de oxígeno; llegan a los miembros y a los órganos y los baldean; luego emprenden la vuelta cargadas de basura. Rítmicamente, los pulmones aspiran y espiran; unos conductos se dilatan y otros se encogen; unas glándulas segregan más a prisa y otras más despacio. Las células todas cumplen su misión serenamente como si estuviesen ellas solas en el mundo, atentas a vivir. Un momento antes o un momento después, la vida (la vida de los otros organismos) les pondrá delante la prisa o el ahogo de las emociones; pero ahora, en su mismo trabajo, descansan.

*5 de la mañana... 6 de la mañana...
7 de la mañana.*

¿Está soñando o está pensando? Los párpados están caídos; pero debajo de ellos se notan los ojos abiertos. Los brazos están abandonados; pero dentro de ellos

se notan los músculos alerta. Está pensando. Filosofando :

—¿ Qué zapatos me pondré con el traje marrón ? Tengo que comprarme unos que le vayan bien.

Filosofía es armonía; es juntar lo dispar y emparejarlo; es hallar el bien, el bien absoluto, que son los bienes relativos; es buscar lo justo, lo equilibrado, lo exacto; es encontrar la rima de todos los fenómenos; es, por fin y remate, amar esta verdad : Alma bella (no heroica) en cuerpo bello (no hermoso) en vestido bello (no rico).

Los pies de Alicia buscan las chinelas al pie de la cama. Uno se mete bajo la frescura del cuero rojo. El otro sigue balanceándose, preocupado e inquieto porque no encuentra su encaje. Toca un poco la tarima lustrada, pisa la alfombra, busca debajo de la cama. La chinela, con un largo tacón apuntando al techo como haciéndose la distraída, está en el centro del cuarto. Hay que cazarla a la pata coja.

8 de la mañana.

Carretera adelante, Carmen y Alicia, zapatos de lona, calcetín blanco, sin medias.

Pasos largos. Los rostros sin pintar buscan (corrieran) la caricia del aire. En el paisaje de regadío, tan luminoso, no se vería la luz si no se reflejase en sus vestidos claros.

Están los árboles de la carretera altos y oscuros, chupando el jugo de la tierra para ofrecerlo al cielo. La sombra de sus troncos hace sobre la grava escalera tum-bada. Las huertas callan : tienen muchas cosas que contar del fecundo pudrir de sus entrañas, pero se hacen muelles y blandas, primero con hojas, segundo con humus, para no repetir ni resonar. Las huertas no tienen la fanfarronería de los barbechos, siempre prestos al rebote (de las botas y de las palabras), con sus terrones más duros que guijarros : por el contrario, si las pisan los pies desnudos de los regantes, enseguida les hacen hoyos y los entierran como si quisieran sacarles raíces de los mismos dedos.

Alicia contesta distraída a las indiferentes palabras de Carmen.

—Chica, ¿qué te pasa ? Pareces pensativa.

—Nada.

¡Cómo iba a decir: sí, me pasa mucho; me pasa que las mañanas son alegres y las tardes tristes! Las amigas no entienden, y aunque entiendan, no quieren entender. La llamaría cursi; le diría que era una romántica. Se reirían todos. En sociedad (aun en esta sociedad de dos, cara a los campos) hay que disimular: ¡siempre disimular! Que no se sepa cómo sentimos ni nada de toda esa fragorosa vida callada que llevamos dentro y que nos lleva a su vez como a vilanos. Que no sepa nadie que la emociona una sinfonía, cuando a un sollozo del violín responde wagnerianamente toda la orquesta; que no le descubran las lágrimas en los párpados si, en el teatro de las tablas o en el del mundo, escucha la temblorosa voz de un miserable. Hay que vivir la vida fuerte, la vida sana, la vida de las risas y las frases hechas. Hay que hablar, como al fin están hablando, de lo fresca que es Pita Peña.

8 de la mañana.

—¿Aún no ha venido la señorita Alicia?

—Aún no, señora.

9 de la mañana.

En las casas hay muchas cosas que hacer. Alicia bien pudiera ayudar en arreglar este armario o a guardar aquella ropa; pero ¡está tan cansada!

— 8 kilómetros, mamá.

— ¡Qué chiquilla!

— Dame una labor y te coso en el jardín todo lo que quieras.

— Mira, no te sientes ahora en el jardín, que vienes sofocada y es aún temprano.

— ¡En junio, mamá!

En el jardín, ¡qué bien se está en el jardín! Si lee, nadie pasa por su lado para interrumpirla; si cose, siempre pasa alguien por la calle a quien curiosear. Alicia ha cogido la canastilla de labor, las tijeras y las agujas que siempre están fuera, se ha calado el dedal y, arrastrando una butaca de mimbre... He aquí un libro de Joaquín: «Tarzán de los monos». Lo coge por si se aburre cosiendo, y golpeteando con las patas de la butaca en la escalinata descendiendo al cascajo. Un pino de caídas ramas que rozan el suelo con suprema elegancia, la acoge en su sombra. Se sienta, prepa-

ra la costura, enhebra la aguja, lo deja todo sobre las rodillas, y coge el libro. Ya no cose.

10 de la mañana.

Las horas de las provincianas son todas iguales. En los relojes de las salas una campanada más; en los de los pechos una ilusión menos. Por lo demás, igual. Ahora andan hacia aquí, luego hacia allá. Quisieran, quisieran... Acaso un momento ríen y otro están llorando; pero en el fondo, ¿en el fondo de sus lagos no está el limo siempre quieto? Unas orillas tienen árboles, otras matorrales, otras playas, otras peñascos escarpados; sin embargo, las orillas también se van acercando, poco a poco, bajo las aguas, hasta que se juntan todas en un punto. ¿Es en desencanto? ¿Es en impotencia? En las pupilas de las provincianas siempre hay una molita que no mira (porque ve demasiado), que no siente (porque es lo más sensible), que hace que siempre sean ellas mismas, solemnemente personales, sin la gracia de tomar el color del suelo donde se está. Todas las horas como si se oyese una campanada suelta

de un reloj : ¿ la una ? ¿ la última de las 12 ? ¿ la segunda de las 2 ? Se levantan a las 7, o a las 8, o a las 9, o a las 10 : lo mismo da. Cosen a las 12, o a las 5, o a las 7 : es indiferente. Cuando no tienen que hacer, hacen algo; cuando lo tienen, se les va el tiempo sin sentir, hablando con cualquiera de nonadas.

Las diez son igual que las nueve : Alicia está leyendo unas páginas más adelante.

11 de la mañana.

— ¡ Oh mi begonia !

Alicia se ha acordado de repente de una begonia que tiene (que tendrá) en un tiestecillo diminuto. Puso una hoja en agua y echó raíces; la metió entre musgo y echó un vástago canijo que se hendió y resultó hoja enclenque. La cuidó con esmero : un día y otro la limpiaba de bichejos, la espolvoreaba de agua. Creció un poco. En la epidermis de seda, uniformemente cubierta de vello, se marcaron dos circunferencias concéntricas : la más chica era parda; la mayor, tornasolada. En las partes libres, el color era verde, tan oscuro y brillante, que parecían los élitros de un escarabajo.

El envés parecía arcilla mojada por la lluvia. Un día echó otra hoja. Otro apareció en la primera un agujero. Otro la punta fué mutilada por un desconocido mastificador. Otro comenzaron a secarse los bordes. Otro hubo que cortarla y esperar que echase más.

Ahora Alicia, imaginando la selva virgen del libro, se ha acordado de su planta. Va corriendo al invernadero. La begonia tiene el muñón al aire y la nueva hoja un poco más grande y un poco más lacia: en una esquinita tiene un mordisco. Las hojas que nacen se secan; se abren amorosamente al cielo y a la tierra, y los bichejos aprovechan esa misma ternura para hacer con ella su alimento; reflejan la luz como si la hiciesen ellas mismas, y un rayo de sol que les dé, las mata; tienen sed y un poco que beban de agua las pudre. Quizá ninguna se logra. Sin embargo, ¡alegría!: entre las hebras de musgo, hay una yema que mañana (¡y siempre!) crecerá, abrirá y ensanchará para ser un hermoso y verdadero afán.

12 de la mañana.

Pepita aún no está arreglada del todo : tiene todavía la bata casera. Alicia se sienta en un butacón que hay junto a la ventana y coge, de encima de la mesita cercana, unas revistas.

—Date prisa, mujer.

Alicia estaba muy cansada; pero ahora ha descansado tan bien que va a ir con Pepita al paseo. Bueno : ¡ si termina Pepita de arreglarse ! Pepita es muy presumida : es un horror de presumida. ¡ Y con lo feucha que es ! Bueno : muy presumida no es tampoco : como todas; pero es que también ahora... Alicia quiere estar pronto en el paseo. No es que se vaya a divertirse mucho; es que se va a divertirse poco, y a lo mejor ese poco está a las 12 y media y a la 1 se ha ido ya. Alicia le gusta, o no ir o ir a tiempo. En el paseo siempre hay (siempre no; alguna vez) caras nuevas, y hay que aprovecharlas. ¡ Las conocidas son tan insípidas !

—Mujer, si no hemos de encontrar a nadie; no te arregles más.

—¡Qué tonta! Si es que tengo aquí un granito...

—Oye : ¿quién era ese chico que te acompañaba anoche?...

—¿No lo conoces? Mi primo Perico.

—Pues es muy guapo.

—Y además se lo cree.

—Ah ¿sí?

—Es un poco tonto.

—Pues no sabía yo que tenías ningún primo.

—Sí; vino anoche. En el paseo ha dicho que nos veremos. Ya te lo presentaré.

—Bien.

Pepita cogió el vestido que estaba encima de la cama y, levantándolo en alto, metió por debajo los brazos y la cabeza : parecía que quería hacer «bu» a su amiga.

1 de la tarde.

—Mi primo Perico. Mi amiga Alicia Vera.

—¿Qué tal estás?

—Bien, ¿y tú!

Una mano ancha y una mano estrecha. Unos dedos gordos y unos dedos finos. una presión fuerte y una presión lánguida. Alianza de curiosidades. Unos ojos que

miran y no ven, y unos ojos que ven y apenas miran.

Alicia coge del brazo a Pepita. El es alto y tiene los ojos socarrones. Pasean: Ahora hacia aquí, luego hacia allá. Las comparsas de esta novela, todas las gentes de la ciudad, pasean igualmente (ahora hacia allá, luego hacia aquí), siendo protagonistas de sus novelas. Cada cual es uno, y a la vez es fondo de los demás y multitud. Cada cual hace su círculo y desde su centro lanza una línea (que es una mirada) a los otros círculos. Todas las líneas de los que van son paralelas: miran a los que vienen. Todas las líneas de los que vienen son también paralelas: miran a los que van. Todos los rostros están vueltos a los rostros. Y en medio de tantos hombres y tantas mujeres, un hombre y una mujer. Alicia y Pedro. Uno que llaman hombre y una que llaman mujer. Una chaqueta áspera y una blusa suave. Una sonrisa de triunfo y una sonrisa de combate. Un pitillo y una barrita de rojo. Un pelo ondulado y un pelo ondulado. Alicia y Pedro, y, al lado, Pepita y Luis. Y al lado otra vez, los otros que son unos; la gente que son «yos»,

—Me gusta la población.

—Tenemos poco que enseñar.

—Como todas las poblaciones : el palacio tal, la fuente cual...

—No tenemos bellezas naturales.

—No lo puedo creer.

Los pies van (sentimentalmente) arrastrando su curiosidad. Quizá estos zapatos de medio tacón tropiecen en seña, no tardando, a estos otros zapatones; quizá a la tarde o mañana estos grandotes aprieten entre ellos con suavidad a aquellos diminutos. Ahora unos y otros aplastan la arena. En alguna vuelta levantan un montoncillo que otros que vienen detrás deshacen.

2 de la tarde.

—¿Había mucha gente en el paseo?

—¡Bah! Los de siempre.

3 de la tarde.

—Joaquín : déjame « Tarzán ».

—Estoy leyendo yo, monada.

—Pero, ¿no te vas a ir?

—Cuando me vaya.

—Anda, hombre: ya puedes tú leer otra cosa.... ¿No me lo dejas?

—Que no.

—¡Qué antipático, hijo !... Papá, ¿no tienes tú algún libro ?

—En el despacho hay alguno : coge el que quieras.

—Los del despacho ya los he leído.

—¿ El Código civil también ?

—¡ Hombre ! Los legibles.

—Pues no tengo más.

Después de un rato, Joaquín se estira poderosamente y sin ningún recato.

—Muy bien hombre, — le dice su hermana. El no le hace caso

—Bueno : adiós.

—¿ Dónde vas ?

—Por ahí.

Y se va.

Alicia coge Tarzán. Sale al jardín. En el sitio que estuvo por la mañana ahora da sol. Arrastra la butaca haciendo en el suelo dos rayas como dos raíles. El cascajillo canta alegremente. Abre el libro y busca la página en que quedó. Lee un párrafo y levanta la cabeza; delante tiene un rosal; un tronco limpio color de tierra, y arriba una copa de hojas, como canastillo, con una sola rosa color de fuego, grande y

oscura. Los ojos en ella, los dedos entre las páginas y el pensamiento lejano.

Cierra el libro, y la costura tirada hace un instante de la butaca al suelo, sube del suelo a las rodillas. ¡A pensar!; digo, ¡a sentir!

4 de la tarde.

— Parece listo Perico. Por lo menos es simpático. Me gustaría saber cómo piensa. De todo se burla. Tendrá miedo a la sinceridad. ¡Se puede ser tan pocas veces sincero!

Me lo acaban de presentar; pero me gusta. ¿Será éste el elegido? Llevaba una corbata muy bonita. Ya se sabe: forastero; aquí todos van hechos una birria. ¿Qué le habré parecido yo? No; pues hoy iba bastante bien. La blusa ésta, me hace la cara... no sé... como más traviesa. Habrá dicho: «Encontré al fin una mujer que discurra». Pero a lo mejor le he parecido tonta. Lo que no le he parecido, ni mucho menos, es fea. No me quitaba ojo. Habrá pensado: «¡Qué tipo más moderno!» Bueno: las espaldas no las tengo muy anchas; pero no están mal tampoco;

y las caderas las he reducido mucho. En fin, allá veremos: si es el elegido, lo que sea sonará. Lo peor sería si él no me elegía a mí. Los hombres dicen que «eligen mujer». ¿Y las mujeres no hemos de elegir también? Así es tan difícil. Si uno buscase entre un montón de muchachas, tarde o temprano encontraría. Y lo mismo nosotras. Pero somos dos montones a buscar uno a una y una a uno. Y si además de acertar, no acierto con el acierto del otro... ¡qué trabalenguas! Yo soy superior con mucho a todas estas niñas góticas. Quizá sea vanidad, pero es fundada. Cuando encuentre algo que me pueda saciar esta ansia inextinguible de amor y amor, tengo que ser correspondida. Si no, no sería digno... Bueno: esto si que es vanidad y orgullo.

Y después de todo ¿qué me importa que me quieran? Lo que quiero yo es querer y querer. El verdadero amor no pide nada en cambio, aunque dé todo. Yo lo daría. Yo estoy durante toda mi vida esperando el amor. ¡Dios mío, qué tormento este de querer querer! Porque yo no puedo. Pongo toda mi intensa intención y

llegado el caso... He querido amar a aquél alegre y decidor. Tenía ingenio, y juventud, y despreocupación. Era como uno de aquellos fanfarrones aventureros de espadas y de vihuela que iban bebiéndose la vida en los anchos vasos de vino. Le hurgué. Delante de mí, deslumbrándome, desarrollaba toda la gala de sus fuegos de artificio. Y un día... ¡Era un canalla! He querido amar a aquél inteligente y sabio. Sabía los fenómenos de la tierra y del cielo y, sobre todo, sabía los fenómenos de los corazones. Su mirada parecía que me calaba hasta lo más hondo y era como un genio a quien había que acercarse de rodillas. Tenía una sonrisa de dios chino, enigmática y profunda como el misterio. Y llegué a su interior y todo eran miserias: envidioso, egoísta, innoble, desabrido, con esa necesidad del corazón mil veces más insufrible que la del cerebro. He querido amar a aquél que me dio cuanta ternura y delicadeza pudiera apetecer. Sus manos eran bienhechoras. Siempre que se las estrechaba parecía que me curaba de algo, de no sé qué herida o enfermedad o tristeza. A él como a nadie le he abierto esos minutos

sentimentales que todos tenemos. Tocaba sin tocar. Me decía : «Acaso pides demasiado». ¡ Pero era tan cobarde, tan encogido, tan infeliz, tan poco hombre ! He querido amar a aquél alto, fuerte, robusto. De músculos de acero, valiente, generoso, arrojado. Su ancho pecho parecía ser escudo de todos los ofendidos. Sus palabras escasas, seguras e impulsivas, atacaban muchas veces a los hipócritas. Era como un niño grande sin malicia ni mentira. Y le vi comer: la carne cogida con los dedos, desgarrando las fibras con los agudos dientes, los labios ansiosos llenos de grasa, y todo él inclinado sobre la mesa con la avidez repugnante de las fieras. Y le ví acariciar, a mí y a mis amigas, con los pretextos del ingenuo y la mano ancha del lujurioso.

¡ He querido amar a tantos !

6 de la tarde.

—Vaya: voy a arreglarme en un abrir y cerrar de ojos.

Al darse el humo en los párpados Alicia se acuerda de Juan. Se acuerda de Juan, porque se acuerda de Pedro. Se acuerda

de Pedro, porque se acuerda de sí misma. Alicia, Juan y Pedro. Suben, bajan, giran, mezclan y entremezclan, chocan y entrechocan. Durante un instante son agitados fuertemente. Después fluye con suavidad esta composición.

—¡ Pobre Juan ! ¡ Si no fuera tan tonto !...

7 de la tarde.

Las calles de la ciudad (de la vieja ciudad negra) están amarillas de polvo y de sol. El polvo se levanta como una oración miserable y el sol descende como una bendición generosa. El polvo se redondea en nubes invisibles; el sol se ahila y aguza para meterse por las callejuelas estrechas que, ensombradas, se ensartan, y las esquinas ponen cuentas de sombra en el collar.

Alicia y sus amigas van al cine. Van por una calle sombría saltando las desiguales piedras. Van juntas y riendo. Pero si fueran solas y calladas, mirarían medrosas a los zaguanes anchos y a las ventanas estrechas. Porque son señoritas de calles nuevas y nada saben de las antiguas, llenas de tabernas y reniegos.

8 de la tarde.

El arco voltaico, entre los dos carbones (en la máquina, en la sala), zumba como un buen moscardón y, al mismo tiempo, sisea. Está allí haciendo un trabajo : coge moléculas de éste y se las lleva a aquél. Aca-so está de conversación con el motorcito que debajo tiene arrollando la película : « ¿ Qué haces, muchacho ? » Pero seguramente se reiría si supiese que está proyectando fotografías y fotografías, todas iguales, con solo un poquitín de diferencia.

En la sala, aunque todos están mirando, hay muchos anillos de conversación. En la oscuridad que tan bien se ve, hay un silencio que se oye perfectamente. Las butacas, todas juntas, están separadas de dos en dos; de vez en cuando hay alguna solitaria que no mira más que a la pantalla. En un palco, Carmen, Pepita, María Rosa, Alicia, Juan y Pedro. Con los codos en la barandilla, Juan y Pepita están contándose que no se tienen nada que contar. Miran, y de tiempo en tiempo hacen un comentario sobre los actores. A su lado, Carmen y María Rosa miran a las butacas y cuchi-



chean con gran secreto. Pero como el chorro de luz sólo ilumina la escena, tienen que resignarse a ver la comedia que les recuerda...: «Oye, Carmen...» Detrás, sentados en los respaldos de las sillas, con los pies en el asiento, Alicia y Pedro. Alicia está nerviosa: habla a veces demasiado alto, como si no hubiese nadie que oyera; a veces demasiado bajo, como si no hubiera nadie que escuchase.

—A mí me gustan mucho las excursiones campestres. Se pasa muy bien. Y no te creas que me divierto por el barullo. A veces me gusta irme lejos de todos y estar-me allí.

—Eres una soñadora.

—¿Te parece?

—Mejor dicho: eres una mujer moderna. Absolutamente mujer, con todo lo que esto supone de poesía, y absolutamente moderna, con todo lo que esto supone de fortaleza.

—Tú también eres absolutamente galante, con todo lo que esto supone de hipocresía...

—Te digo que no. Es obligación ser corteses; pero cuando se presenta un caso

como éste en que no hay más que ser sinceros para cumplir, ¿qué hay que hacer ?
¿ Callar ?

—No, no : si te creo.

—Puedes creerme. No he encontrado nunca ninguna muchacha a quien se pueda tan fácilmente elogiar sin lisonja su manera de ser.

—¿ Y la cara, no ?

—La cara, como está a la vista de todos, se elogia ella sola.

—Bueno : ¿ vamos a dejarlo ?

—Vamos.

.

—Esquía estupendamente ese actor, ¿ verdad ? Casi como yo.

—¿ Tú esquías ?

—Maravillosamente. En las cuestras arriba, adelanto un pie y, mientras intento adelantar el otro, se me retrasa. Me estoy así andando sin moverme del sitio todo el tiempo que quieras.

—¡ Qué tonto eres !

—En cambio en las cuestras abajo, en cuanto las termino y llego a lo llano, sin poderlo remediar, me siento.

—...Debe ser muy difícil.

—¿Esquiar ? Lo peor es si se te enredan los pies, que no hay manera de desenredar.

—A mí ya me gustaría. Debe ser muy bonito.

—¿ Aquí no esquiáis ? ¿ Pues qué hacéis en el invierno ?

—Pasear por la carretera, ir a los partidos de fut-bol y, alguna vez, algún coro o cosa parecida.

—Pues igual que vuestras abuelas.

—Igual, chico. ¡ Más aburrido !

—Pues yo creía...

—¡ Ay, que me caigo !

—Casi me tiras a mí.

—Pues se ha movido la silla... ¿ qué iba a hacer ? ¿ Te he hecho daño ?

—Ninguno.

—Eres un quejama. Total ha sido una caricia.

—Por tal la tendré.

—¡ Qué tonto !

Alicia está nerviosa : tiene los ojos unas veces tan cerca de Pedro como si no viesen, y otras tan lejos como si no miraran. Apenas dicen nada que les pueda interesar; pero los oídos de Alicia, que no oyen, es-

cuchan, quieren escuchar en cada palabra (como en toda su vida) el milagro. Nada importa lo que dicen sino lo que dijeran; como nada importa dónde van las manos, sino donde tienen conato de ir. Mientras tanto, allí delante, Carmen, con la cabeza muy junta de la de María Rosa, dice :

—Alicia no desperdicia ninguno. El último que llega, ¡ése ! ¡Es una acaparadora !

9 de la noche.

La luz de la terminación, cuando ya las gentes se han levantado de las butacas y empiezan a ondear las cabezas, como si fuesen tan ligeras que se las llevase el aire o tan pesadas que se las llevase la tierra, es demasiado brutal.

10 de la noche.

El vientecillo de la noche, en el paseo, va cogiendo al paso perfumes y revolviéndolos tan bien sobre la acera iluminada que los trueca en olores. Los collares de cristal y las pulseras de acero, en todas las gargantas y en todas las muñecas, hacen un «tín, tín» de alegría como nunca lo hicieron

las joyas. Se diría que en la ciudad entera no hay más que juventud.

11 de la noche.

—Hasta mañana, si Dios quiere.

12 de la noche.

Sobre la mesa de noche, el reloj de pulsera, el bolsillo y los guantes. El reloj caído de costado; el bolsillo pequeñísimo, enseñando la punta de encaje del pañuelo y con el abultamiento de la barra de rojo; los guantes, estirados, como de llevarlos sin poner y golpeando. Y una lámpara, de pantalla tan discreta como si se le pudiesen contar confidencias para que ella las guardase debajo de sí. Alicia tiene los ojos cargados de sueño y ensueño, claros, claros, «en los que nada hay escrito».

He aquí cómo esta sedienta de infinito era una coqueta.

VIOLETA

1 de octubre.

Entre marido y mujer no debe haber nada que los separe: deben desechar y arrojar fuera de sí todo aquello que pueda, de uno que son (que deben ser), hacerlos dos. Sobre todo, han de huir de un confidente que, si al principio es nada entre los dos, es como cuña que luego es tanto. Comprendo que esto es verdad y que no hay ningún confidente tan temible (porque ninguno hay tan amable) como un diario que hacemos nosotros a nuestra imagen y semejanza. Y sin embargo, ¡no puedo más!

He sufrido un día y otro, calladamente, resignadamente, sin que mi misma madre notase mi sufrimiento; ahora ya me rebelo, y mi grito de rebelión no es como el de tantos desgraciados: «no quiero sufrir», sino «quiero llorar». Es todo lo que pido; quiero tener alguien tan discreto como yo misma para volcar mis lágrimas tanto tiempo contenidas. He pensado en mi madre; pero mi madre, hartas desdichas pro-

pías tiene para que vaya yo con las mías a aumentárselas. ¡Y con qué aumento! De los cuatro hijos que tuvo uno tras otro se le han ido muriendo: sólo yo quedo, más única que si me hubiese parido a mi sola. Y así como mis alegrías, mis pequeñas, mis mentidas alegrías, la empapan de un gozo tal que mayor no se le puede encontrar en la tierra, mis tristezas, si las supiese, habían de ahogarla de pena.

No; no le diré nunca a mi madre que me hubiera valido más no haber nacido. ¿A quién, pues? ¿Acaso a mis amigas, a mis íntimas amigas, que apenas saben de mí el color de mis ojos? ¿Le diré a Paquita que mi marido es un canalla? ¡Oh, no!: muchas veces me lo ha insinuado ella, más con ánimo de curiosear en mis entrañas palpitantes que con el de calmarlas, y yo se lo he negado. Tengo el pudor de mis sentimientos. Habían de comentarlo a mis espaldas; quizá hasta se burlasen, pues es común hacer chistes con las desgracias del prójimo. Pero, sobre todo, ¡están tan lejos de mí! Nos hemos reunido durante muchos años todas las mañanas y todas las tardes; sin embargo, ¡qué feroz energía he-

mos desplegado para alejarnos mutuamente de lo que verdaderamente nos interesaba ! Nos hemos contado misteriosamente multitud de insulseces; pero allí, allí, en lo más sensible, ¡ qué silencio ! ¿ Más de qué me maravillo ? ¿ Acaso mi propio marido está más cerca de mí y vivimos bajo el mismo techo y hemos sido una carne misma ? Nadie más que yo me podrá escuchar sin sentir hastío, ni risa, ni indiferencia, ni más dolor que el que ya tengo.

Quizá me consuele. Nada nos alegra tanto como los monólogos, y ningún monólogo tan perfecto que el de los diarios. Aunque según lo vaya escribiendo lo vaya rompiendo, quiero escribirlo : no puedo más con este callar. No me importa que sea cuña entre mi marido y yo: ¡ más separados que estamos... !

Siempre he sentido predilección por los Diarios. Me acuerdo que en mis diez y seis años, cuando me encontré con el mundo, comencé uno: Era un librito de notas, y un mal lapicero, y una vergüenza muy grande, y un temor mayor de que me lo pudieran coger. ¡ Y qué poco hubiesen encontrado en él. Escribía así : «Hoy he

bailado en casa de Carmen. Me han presentado a un chico. Mañana no sé si iremos a Agua-los-Eros de excursión ». Y otro día: «Hoy he ido a Misa. Luego, cuando estaba desayunando, ha venido Carmen, y nos hemos ido de compras, y a la vuelta nos hemos quedado un poco en el paseo. Me he aburrido mucho». Aquello no era nada, es verdad; pero tenía entonces los ojos tan ingenuos que creía que si alguien por casualidad lo leyese, leería también todo lo que había hablado con el chico aquél que me habían presentado, y aun lo que había pensado después.

¡ Mis diez y seis años ! Entonces imaginaba que el amor era la dicha y que todos los que me rodeaban la tenían. Todo lo que me sucedía era inaudito, y no podía creer que infinidad de mujeres antes que yo se habían encontrado ante la vida con el mismo aire encogido y curioso. No me atrevía a hablar: ¡ eran los mayores tan serios y los asuntos que discutían tan importantes ! Después he visto que sólo cuando se es por primera mujer se es seria, y sólo entonces se piensa en las mismas entrañas del vivir; entonces que nada se conoce se

quieren atacar todos los problemas que luego, porque no tienen solución o porque tienen sacrificio, se abandonan. ¡ Cuántas cosas han pasado por mí y cómo me han cambiado !

Así también ha sido el cambio de mis diarios: aquél, lleno de hechos escuetos, de hechos insignificantes que nada decían; éste... éste no ha de ser de hechos: a nadie quiero contar nada y sí sólo decir en todas las páginas : Sufro, sufro, sufro.

¿ Pero sufro, al fin ? ¿ Qué sufrir es éste que yo misma le encuentro un regustillo de placer ? Unas líneas arriba he dicho que en mis diez y seis años creía que el amor era la dicha. Ahora no; ahora ya sé que el amor a veces es la angustia y que en la misma angustia del querer se puede encontrar un granito de felicidad. Dios nos ha hecho a las mujeres para querer, aunque no nos quieran, aunque nos odien, aunque nos maltraten. Quizá con eso sólo cumplimos con nuestra naturaleza, y el varón sea tan fuerte que sólo sea un episodio en él las palpitaciones de su corazón. Acaso tengamos que buscar la felicidad, toda la felicidad, en esas migajas que se despren-

den de los labios de nuestros amados. Porque sí: en medio de todo, aun hay alguna migaja, reseca quizá, del pan del que quiéramos comer

3 de octubre.

Son las diez de la noche. He cenado sola y aprisa bajo la mirada curiosa, compasiva y burlona a la vez, de mi doncella: mi marido «no ha podido acompañarme». Ahora estoy en mi cuarto; me he cerrado y me he acodado en el escritorio. Quería escribir.

Anteayer me prometí gran consuelo de esta compañía del diario. «Cuando me encuentre extraña en mi propia casa (me decía), quizá encuentre en el papel un poco de acogimiento». Hoy veo que no. Me he quedado con la pluma en alto y la cabeza entre las manos. No puedo hacer nada. Parece que, como esas fragantes frutas americanas, he sido vaciada a cucharilla de mi contenido y ya no tengo ni jugo ni pulpa en mi interior. Una infinita laxitud me mece en el solano lleno de perfumes de este cuarto que nunca ha sido tan pequeño como ahora.

He abierto el balcón para respirar cara al cielo inmenso cuajado de mundos, como dicen que todas nuestras penas se hacen insignificantes; pero a poco he tenido que cerrar: está lloviendo, y toda la grandeza de la noche no es ahora más que humedad y barro.

No puedo escribir y tampoco puedo dejarlo. ¿Qué haría si lo dejase? Esto que parece sueño no lo es: me tumbaría en la cama y tendría en la oscuridad los ojos aún más abiertos. ¿Vendrá pronto? ¡Oh aquellas noches en claro del comienzo, cuando esperaba hasta el alba su llamada para ir yo misma a abrirle! Mis más delicadas caricias (¡hasta el mismo humilde mirar de lejos!) eran despreciadas y escarnecidas: «¡Mujer, qué necia eres! ¿No te he dicho mil veces que te acuestes?» Ahora ya no lo espero. Me duermo, y cualquier ruidito me parece, despertándome, que es su llave en la cerradura y el repiqueteo alegre (alegre, sí) de las otras en el llavero: ¡Ya viene! ¡Qué contento me corre entonces por las venas! Es como si entrase el sosiego y la serenidad y la fortaleza; es como cuando entraba mi padre, a las nue-

ve de mis noches infantiles, con los bolsillos llenos de castañas y cacahuetes, y el abrigo salpicado de frío. ¡ Cuántas veces me vuelvo a dormir y despertar ! Allá, a la mañana, quizá a la hora del desayuno... Ni un reproche ni una explicación. ¿ Qué habíamos de decirnos ?

7 de octubre.

Tengo el pudor de mis sentimientos... He leído lo que había escrito estos días atrás. No quiero que nadie sepa lo que siento; pero ¿ acaso es un misterio ? ¿ No saben todos como yo, ¡ mejor que yo !, que mi marido tiene una querida ? Todos lo saben, y cuando estoy en sociedad siento por detrás de mí, ojos curiosos que me miran. ¡ Aunque no lo supiesen, yo misma lo digo a gritos ! Ya no sé sonreír y he perdido para siempre la juventud. Lo que no saben, lo que yo misma quiero ignorar, es que le quiero con toda mi alma. Es infame y villano, es más aún : es miserable, sin grandeza ni en la maldad; es despreciable. Y sin embargo, por encima de todo, a pesar de todo, ¡ le quiero con toda mi alma !

Dicen que sólo lo amable se ama. ¡ Oh, no ! : también se puede amar lo que sólo es digno de odio. No quiero pensar. Es un caos mi pensamiento. ¿ Por qué le quiero ? ¿ Por qué, si en mi mano estuviese mi venganza, no había de hacer más que estrecharle entre mis brazos y apretarlo contra mi pecho para calmar los golpetazos de mi corazón ? No hay cariños razonables; hay tan sólo razones de cariño que de él mismo nacen y brotan y lo justifican. También yo pudiera decir por qué le quiero : todos se reírían de mí y yo sola apreciaría, porque nadie verá donde yo veo. A todas horas estoy viendo su egoísmo, su brutalidad, su degeneración, y aún creo en él : sé que debajo del hombre indigno está el niño lleno de ansias de nobleza. No ha de salir nunca a través de esa corteza; y sin embargo, ¡ si yo supiese hablarle como sé sentir ! Ha habido momentos en que le he visto avergonzado, mostrándome en una pregunta la ingenuidad de quien necesita ser protegido; mas enseguida, después de una mueca de cansancio, de impotencia, de desesperación, no sé de qué, ha sonreído con la vil sonrisa de siempre. Si entonces

hubiese podido... Pero, ¡qué poco puede una pobre mujer que ni sabe expresar sus propios sentimientos !

Hoy me han presentado a Armendáriz, de quien tanto he oído hablar desde su hazaña. Hemos simpatizado : no piensa más que en su motor y sus vuelos, y tiene la atracción de quien se entrega a una idea sin reservas. Yo también quisiera tener un fin al que dirigir todas mis potencias. ¡ Si fuese madre ! Las madres se quejan de los disgustos que dan los hijos; pero no saben con qué envidia, las que no los tenemos, miramos esos pequeños mimos que deben satisfacerlas por completo. Cuando un hijo dice por primera vez «mamá», y mira con sus benditos ojos que quieren comprender, ¿no es ya pago de todos los sinsabores que después pueda dar ? Y cuando se le enseñan los primeros pasos y vienen corriendo y tambaleándose, echando al aire los brazos y las carcajadas, a sepultarse en el regazo de su madre que huye hacia atrás tendiéndole las manos, ¿no es mayor alegría que cualquiera tristeza ?

Si yo fuese madre enseñaría a mis hijos a ser para mí como yo sería para ellos. Serían más débiles que yo y los podría consolar y dirigir. Y me amarían de pequeños con el afán del cobijo, y de mayores con el respeto con que se ama a Dios. Ni dinero ni vicios les apartarían de mí, y nunca, nunca en mi presencia pronunciarían una palabra dura ni me harían llorar las lágrimas más amargas que pueden existir. Porque también mi marido tiene una madre tan buena como la mía...

10 de octubre.

Ayer, en la fiesta del círculo, estuve hablando durante bastante tiempo con Armendáriz. Tiene la delicadeza que tan pocos poseen de no preguntar. ¡Esas preguntas impertinentes que tantas veces me he visto obligada a contestar con el silencio! Armendáriz habla apoyándose tan sólo en lo que yo le digo. Sabrá seguramente mi tragedia (¡ todos sabemos de todos!) y sin embargo se diría que la ignora. Quizá los aviadores, a fuerza de volar sobre la tierra, aprendan a no reptar entre las piedras.

Hoy a mediodía mi marido me ha dicho: «He vendido tus papeles de la Electra. Iban bajando tanto, que antes de perder todo he preferido perder un poco». Le he contestado que me parecía bien y no hemos hablado más del asunto; pero yo he seguido pensando durante mucho tiempo. ¿De nuevo le faltará dinero? Los ha vendido, y ya sé que no es porque estaban bajando: nunca se ha preocupado de eso. ¿Acaso estoy yo también pagando a sus queridas? Ni un dedo movería para oponerme a su voluntad: ¡y sin embargo!... Si otra mujer le pudiera dar la felicidad que yo no le doy, nada me importaría ser la esposa legítima y ser despreciada; pero ¿acaso le quieren siquiera esas mujeres de una hora, esa otra de un mes?

11 de octubre.

¡Qué tristes son las horas de sol! No sé que tienen las noches, que parecen como una blanda mano que nos acaricia los párpados. O el cansancio del día nos lo cierra o la frescura de las tinieblas nos lo abre de par en par como para ver mejor el milagro de su acogimiento. ¡Siempre senti-

mos en ellos la compañía ! En las horas de sol, cuando las gentes pasan por las aceras sin pensar que allí, detrás de aquellos cristales, pueda haber alguien que lllore, ¡ qué espesas son las sombras de los rincones ! Todo en la habitación está igual que hace un momento, que hace un día, que hace un año.

No importa que la vida sea corta; lo que importa es que no cambie nada, y que el que no nos ama, no nos ame nunca. Sigue su curso, «sigue el curso natural de las cosas», y nada podemos, aunque nos echemos en medio de la corriente con los brazos abiertos para detenerla. De nada sirve decir al río : « mira que te despeñarás », ni al glacial : « mira que te derretirás en la llanura ». Despacio o aprisa, siguen su marcha, y ya sabemos dónde harán un socavón, vaciando de sus entrañas el cauce.

Y cuando en la calle hay bullicio, ¡ qué silencio el de la casa ! El mismo rasguear de mi pluma sobre el papel me da miedo, porque suena opacamente y parece que a su conjuro las paredes sacan los ecos de los recuerdos. Es como si, en aquellos días del primer año de casados, cuando

hubiera querido hacer eternos, por lo menos en la memoria, los minutos de placer, un genio maléfico hubiese sonreído sarcásticamente concediéndome mi deseo: «Recordarás, recordarás, recordarás».

En estas siestas del otoño no sé qué hacer. Me siento a los cristales con la costura y una angustia de soledad me aprieta el cuerpo entero. Muchos días voy a casa de mi madre, y encuentro en los viejos muebles una atmósfera familiar que no tienen los míos. También mi madre está sola. Tres habitaciones tiene cerradas: es donde murieron sus tres hijos y ni un estor ha cambiado de posición. Entra innumerables veces en ellos, guarda ropa en los armarios, los manda limpiar y acicala ella con mimo. Y cuando alguna vez, por poco tiempo, he ido yo a dormir allí, no me ha dejado acostarme en aquellas camas, diciéndome con una serenidad como la que hay en los barrancos cuando el verano seca sus aguas: «No, hija; me parecería estar viendo a tus hermanas».

¡Pobre madre! Toda su alegría soy yo, y yo hay días que no puedo ir a verla porque me echaría a llorar.

15 de octubre.

Anoche vino mi marido más pronto que de costumbre y borracho. Abrió la puerta de golpe y entró en mi cuarto, donde yo estaba cosiendo, acurrucada junto a la lámpara.

—¡Hola, chiquilla! Ya ves que vengo a hacerte compañía... porque te quiero mucho.

¿Qué era aquello? Los ojos le brillaban extrañamente, y en los labios tenía una sonrisa inexpresiva, como pudieran tenerla los belfos contraídos de una bestia.

Después... ¡qué vergüenza, Dios mío! He sido tratada como una de esas mujercuelas. Por primera vez he sido ante mi marido, altiva, y entonces, estoy cierta, le he despreciado con la misma intensidad con que lo quería: he encontrado la dignidad de mi cuerpo al mismo tiempo que me abofeteaba, y he podido perdonarle cuando caía blasfemando sobre mi cama con el pesado sueño del alcohol.

Luego me he tumbado en la silla larga y sólo a la madrugada he podido cerrar los ojos.

20 de octubre.

Desde aquella noche apenas me ha hablado. Al siguiente día, al despertar en mi cuarto, se levantó en silencio y se encerró en el de baño. Luego él y yo hemos intentado seguir viviendo como hasta allí, pero en las más insignificantes palabras se nos notaba un temor.

Por fin, él ha encontrado en esto un pretexto, que sin decirlo sabe está en mi mente, y ayer me ha dicho que tenía que hacer un viaje de no sabía cuanto tiempo. Me ha dicho, porque se lo he preguntado yo al verlo preparar el maletín de aseo y al oírle mandar a las criadas que le preparasen la maleta. Se va. ¿Sólo? ¡Oh!, no; no tiene negocios que hacer ni asuntos que tratar.

Si eran mis días, cuando lo veía a menudo, preñados de soledad y de tristeza, ¿qué será ahora? No hace un cuarto de hora que ha partido el coche para llevarlo a la estación; me ha mandado que no salga a despedirlo. Son las siete de la mañana. Según voy escribiendo, las lágrimas me ciegan un instante, y luego caen sobre el papel

con la pausa con que, en los ardientes días del verano, caen las primeras gruesas gotas de un chubasco sobre el polvoriento suelo. Ya no hay rebelión ni esperanza; ya se han separado para siempre nuestras vidas, cada vez más extrañas la una de la otra. Esto es todo lo que me queda: este manso llorar, sin congoja ni hipo.

25 de octubre

¡Qué pronto nos acostumbramos a todo! Apenas hace una semana que Luis se fué y ya vivo como si siempre hubiese sido así. Los dos primeros días ni fuerzas tuve para plasmar aquí, en el papel, mis quejidos. Ahora ya no los tengo. ¿Qué diferencia hay de esto a todo el tiempo que llevo casada? Verdaderamente lo mismo da que esté aquí o en Madrid. La melancolía que pone sobre mis labios aun jóvenes una sonrisa extraña de eternidad, es la misma hoy que ayer. Nada ha cambiado: unos metros o unos kilómetros entre nosotros significan la misma distancia.

He querido ir a casa de mi madre; pero al fin no me he atrevido. Parece que entre estas paredes, sólo con vivir, ya le rindo

culto a él. Esta es su casa, en la que me ha acogido como a sierva, y es la casa mía también, tan mía, que sería para mí dolorosísimo separarme de cualquiera de las chucherías que la adornan y que tantas veces he mirado cuando eran mi única compañía. Ahora también lo son. Nadie mejor que ellas saben hablarme en el silencio de estos días otoñales de gran sol, espléndidos como de verano, en que no se comprende por qué las hojas en los árboles y los sentimientos en el corazón se vuelven amarillos. Sí; ellas, emblemas de frivolidad, que se han vestido para mí sola de la alta trascendencia de las tragedias íntimas, de las tragedias calladas, revolucionadoras del mundo aunque nada muevan, puesto que nos inyectan los ojos de sangre y ya no veremos nunca como veíamos antes.

Y ahora, después de la crisis, paréceme el mundo entero nuevo para mí, como si viese más que antes y notase debajo de las vidas conocidas de mis amigas correr otra vida oculta, sentimental y ridícula para todos, sublime y miserable para cada una. Quisiera ir y abrazarlas y decirles : « Hermana mía : yo también soy como tú »; pero

se reirían de mí para que yo no me riese de ellas.

Y en la casa y la cocina, ¡qué cambio también! Las cacerolas mismas, en la es-petera o entre las manos de Juana, han re-cobrado un significado y una precisión que antes no tenían. Todo es más fuerte: los colores, los ruidos, los aromas, los gustos, hasta los objetos que cojo en las manos me dan una sensación de frío, de aspereza y de hostilidad, como si reconocieran que son míos y quisieran afirmar que son extraños a mí.

Esta tarde he salido de compras y me he encontrado con Armendáriz. Me ha detenido, y sin saber cómo le he dicho que mi marido estaba de viaje. Entonces me ha preguntado:

—¿Por mucho tiempo?

Todo ha cambiado para mí: cuando nos hemos despedido le he saludado como si no fuese viuda... o como si realmente lo fuese.

30 de octubre.

Mis amigos, los Roca, me vinieron a vi-sitar anteayer. Me son muy simpáticos y

se lo agradecí mucho. No sé si me tendrán o no verdadero afecto; pero me lo demuestran tal y tan sin fórmulas, que yo no puedo menos de creérselo. Pepita no me suele besar, sino que entre bromas y veras me dice todo aquello que más que un beso expresa la amistad; y su marido, cortés y franco, ridiculizando los convencionalismos de sociedad, sabe inclinarse al estrecharme la mano, lleno de seriedad, como si ninguna otra que la mía hubiera de volver a estrechar. Parece que llevan dentro de sí tal alegría que, sólo con verlos, ya nace en todos los rostros la sonrisa. Pronto me dijo Pepita : « Tú estás triste. Desde que se ha ido Luis estás aquí metida en casa, aburrida... Yo me encargo de alegrarte : mañana te vienes con nosotros a la « matiné ». Va a estar animadísima y todo va a ser poco para que tú te animes ».

Y fui : ayer estuve en la « matiné » donde tantas personas estaban nerviosas, de aquí para allá, esperando no sé qué, o quizá gozando con lo que ya tenían. Yo no quise bailar : me senté en una butaca de un rincón y dejé que los que bailaban revoliesen esa niebla que nos rodea cuando

estamos enajenados en las fiestas. Quería divertirme; había venido para eso tan sólo. Pero necesitaba de unas manos fuertes que me sacudiesen por los hombros y me lanzasen al torbellino de las carcajadas. Tenía miedo de que mis risas me sonasen a hueco si yo misma las provocaba, y deseaba que me saltasen de la garganta antes de notarlo. Se diría que rogaba a los conocidos (y aun desconocidos) que pasaban girando a dos dedos de mis pies: «¡Sacadme a bailar!» con el ansia de las despreciadas, para al mismo tiempo ahuyentarlos con mi gesto displicente y mustio. ¡Dios mío! ¡Cuántas veces somos criticadas las mujeres «porque no sabemos lo que queremos», y cuán poco los que tal critican saben la verdad que dicen!: unas veces dos cosas nos atraen con idéntica fuerza, y otras nos repelen con la misma energía. No, no sabemos lo que queremos, porque nada hay en el mundo tan superior o tan inferior que merezca comparación y elección.

Y después, ¡qué sueño en las fiestas! ¡Qué ganas de dormir cuando hay tantas luces y tantas voces que parece que hemos

muerto y que vemos y oímos desde otro mundo esas generaciones y generaciones que han nacido después de nosotros! Aun soy joven (apenas si tengo veintisiete años) y ya ¡qué indiferente para esas caras y esos nombres nuevos, de chicos y chicas que me empujan a la vejez! Yo que vine al mundo con el ímpetu de vivir sin ninguna de las ridiculeces de las personas mayores, ¿habré de llegar también a ellas? ¡Ya he empezado a llegar! ¡Ya soy (terrible perogrullada) como una mujer de veintisiete años!

Tentada he estado, y aun casi me había decidido, a no mentar aquí nada de lo que me pasó con Armendáriz; pero tú, diario, que fuiste esclavo mío, buscado para mi consuelo, ya te vas volviendo tirano con tiranía de complacencia. Porque contigo, casi encuentro placer en escribir que estoy dolorida. Además, ¿por qué no lo he de escribir como tantas otras cosas? Hay veces que tengo una especie de temor de hacer algo que nadie ni nada me lo prohíbe ni desaprueba y que sólo un ¿por qué?... lo disipa.

Pues Armendáriz se sentó a mi lado y,

después de las primeras frases, me dijo :

—Hace muchos días que estoy buscando una ocasión para hablar contigo.

—¡ Si nos vimos ayer !

—A solas. Es para decirte que te quiero.

Callé. Quizá era sorpresa; quizá no. Yo había visto que no le era indiferente y aun que le atraía; pero todas las mujeres atraen a todos los hombres, y hay muchas de estas atracciones que parecen amor sin que en efecto lo sean, y que luego se disuelven en unos cuantos días de separación. Después le dije mansamente, sin fingir indignación que no sentía :

—Te agradezco lo que esa declaración tiene de halagüeño para mí, y al mismo tiempo siento de veras que haya llegado : si me quieres, porque decirte que yo a ti no, será para ti amarguísimo, y si no, porque es lástima que una ilusión pasajera, lejos de acercarnos, nos separe.

Contestó :

—No; no es pasajera. Es una ilusión como no la he sentido nunca y como tampoco la he de volver a sentir. Que ha ido creciendo cuanto más desgraciada te sabía,

hasta que me he jurado hacerte feliz... o ser yo también como tú. Te quiero : quizá sea un delito; pero mayor lo sería no adorarte.

—Es un delito, sí : debo respeto y amor a mi marido. Te ruego que no veas en la manera como te hablo un principio de conformidad. Es tan solo que te reconozco sincero, y al serlo, no me ofendes.

—Díme un sitio donde te pueda hablar; cuando yo proclame mi cariño no podré menos de encontrar un eco en ti.

Entonces se nos acercó Pepita, riendo y preguntándonos qué hacíamos allí tan cariacacontecidos. No pudimos hablar más. Me invitó a un vals y no acepté. Con ello y acercarse el marido de Pepita se hizo la conversación en corro. Sólo a última hora, al salir del tocador, me lo encontré en el pasillo. Me tomó las manos y me rogó :

—Dime un sitio donde hablemos.

Yo me fuí soltando suave y tercamente, al tiempo que le contestaba :

—No, Armendáriz : mejor es que no nos volvamos a hablar.

Y entré en el salón, dejándolo allá; pero me dió lástima, mucha lástima.

¡ Dios mío, perdóname ! Tú sabes que no ha sido virtud, sino amor a él, solo a él, mi canalla.

1 de noviembre.

He estado a visitar a su madre. Nosotras dos somos las únicas que le queremos en el mundo, y huye de nosotras como si le odiásemos. Me ha pedido noticias de él y no he sabido dárselas : aun no ha escrito a ninguna. Si supiese a donde, yo lo haría aunque sé que mi carta había de ser cogida con hastío, acaso no abierta y desde luego despreciada. No era así con una que recibía no hace mucho. Buscábala entre el montón de correspondencia, y retiraba todo para leerla. Era de letra grande, redonda y contrahecha, en la que se adivinaba el esfuerzo que costó escribirla. Las minúsculas, a lo mejor mayores que las mayúsculas, y, hasta en el mismo sobre, faltas de ortografía. El papel (¡ qué fijo está en mi recuerdo !), de pliego pequeño, endeble y apenas satinado; con las cuatro carrillas rayadas. Aquel pedazo de papel era más que yo, más que mi cuerpo, que se le hubiese ofrecido palpitante de amor, más



que mi alma como en éxtasis ante su presencia.

El día que pude apreciar todo esto estaba él sentado a la mesa de su despacho, y yo que le acababa de entrar el correo, ordenando unos libros en la librería. No me habló. Leyó la carta y luego, rompiendo la cuartilla que estaba escribiendo, empezó otra : noté perfectamente que ponía la fecha, y tuve que encerrarme en mi cuarto con el pañuelo entre los dientes, de rabia y esfuerzo para dominarme.

7 de Noviembre.

¡Dios mío, qué alegría! ¡Anteayer fué mi santo y se ha acordado de mí! Acabo de recibir un paquetito con una pulsera de platino y una tarjeta felicitándome. No me canso de mirar la cadenita de fino labrado como hecho con patas de araña. Es esposa sobre la esposa; es cadena sobre la esclava. Otros años viviendo juntos se ha olvidado, y este año, a cientos de kilómetros, se acordó.

« Muchas felicidades. Te mando en valores declarados una pulserita. Me alegraré que te guste. Te abraza, Luis ».

Esto sólo dice la tarjeta postal, y para mí es más que todo lo que se ha escrito de amor. Quizá él habrá ido a la joyería y habrá escogido lo que sabe más de mi gusto: las tenues cadenas blancas; quizá el mismo la habría empaquetado y habrá mandado luego poner las señas. ¡ Se ha acordado de mi santo !

Dicen que tenemos las mujeres un cierto sentido para apreciar el amor; y yo enamorada, yo ansiosa de encontrar en él una chispita, ¿ he estado ciega y sorda y necia ? Me quiere, acaso como yo a él, quien sabe si más, y he necesitado que me lo metiese por los ojos con escrito y con obra. Porque esto es amor: es que me adora, es que se ha encontrado lejos de mí y me ha echado de menos. No importa que se haya ido por negocios o por no negocios; nada vale que haya creído gozar con otra mujer, con relámpagos de dicha, más que lo que hubiese gozado con el resplandor delicado y continuo del verdadero cariño. Teniéndola a ella allí y a mí en el recuerdo, ¡ me ha preferido a mí ! Porque preferirme es sólo acordarse en otros brazos de los míos.

Esta tarde, en cuanto la he recibido, me he puesto la pulsera, y de buena gana hubiese gritado a cuantos pasaban por mi lado : « ¡ Mirad, mirad ! Luis, mi Luis, me quiere. Ya no hay, « pobre mujer » porque he encontrado mi tesoro ». Y me la quitaría y la mostraría ufana, y me la volviera a abrochar como hacía de chiquilla con mis primeras joyas. La tarjeta la he puesto aquí, en medio de estas páginas de mi diario, para que les comunique que ya es día de gloria y de risa; que de aquí en adelante, las palabras que sonaban a campanillas de viático, sonarán a cascabeles. Ya he curado de mi enfermedad y he resucitado de mi muerte. De un momento a otro recibiré otra tarjeta diciéndome « Mañana voy » que quiera decir « Ninguna boca es como la tuya ni ningún corazón como el tuyo ». Y vendrá, y saldré yo a la puerta, temblando de felicidad como una novia, y apenas me atreveré a mirarle hasta que me abarque con sus brazos y yo a él con los míos.

8 de noviembre.

Ayer estuve demasiado optimista. Fué un vuelco de todos mis pensamientos. Inquieta de puro contento, no sosegué en la tarde ni apenas he dormido en la noche.

He imaginado todo lo imaginable: lo que habrá pasado allá en Madrid, cómo vendría en el tren pensando en mí, el primer encuentro y charla a solas, los días de ventura que me esperaban. He apurado cuantas perspectivas me pudieran ser gratas, como quien bebe un vino delicioso; ahora he llegado a las heces y he visto de pronto que no puede ser así. Hace quince días se ha marchado porque le hastiaba tan sólo el verme vivir a su lado. ¿Y va a estar ya enamorado? ¡Oh, no! Ignoro para qué ni por qué me ha mandado eso: quizá una gentileza como las de otras veces que yo tanto le he agradecido; pero no un resurgimiento. Ayer me desbordé: hirvieron dentro de mí tumultuosamente las esperanzas, y hasta el amanecer de hoy no se aquietaron y reposaron; hoy ya las tengo claras y sé lo que son y lo que no. Nunca me ha de amar como yo le amo.

12 de noviembre.

¡Cómo se me va entrando el invierno en el alma ! A medida que pasan los días son cada vez más cortos y más fríos; más solos y más tristes. Tenía ya la calefacción y era poco: necesitaba quien gritase, quien deslumbrara a mi lado: un fuego de hogar. He mandado encender la chimenea del comedor. Ahora danzan las llamas y parece que se ríen al mismo tiempo que se hacen cenizas los troncos. Crujen, y de vez en cuando el montón de brasas se desmorona y esparce. Yo hundo allí, en aquel rojo vivo, mis miradas, huídas de los espejos que parecen agua helada, de los muebles barnizados que me hacen recorrer por la espalda un escalofrío si acaso los toco. Dios mío: ¿nunca es lícita la venganza? Cuando se ha ofrecido pureza y nos han dado infamia; cuando hemos llamado con la más grande de las ilusiones y no nos han contestado; cuando un día y otro día se han perdonado ofensas y se ha tenido sonrisa de amor para las injurias, y nada ha bastado para detenerlas; cuando ni el más noble sentimiento ha sido respetado, ¡ Dios mío !, ¿ no es justa la venganza ?

Se puede odiar de amor; las manos que quisieran acariciar desean herir. ¡Si tuviese poder para mandarle el castigo, justo, sí, al que le he sentenciado! Haríale venir a mis plantas a rogarme de rodillas, no ya besos, sino pan; todas las torturas que ha inventado la crueldad de los hombres, serían insuficientes para saciar este coraje que me hace maldecirlo. Nunca había de sufrir lo que me ha hecho sufrir; nunca lo pudiera pagar aunque muriese abandonado de todos, sin las ternuras que ha despreciado en mí. ¡Que no venga más, que no vuelva a estar indefenso entre mis manos, porque puede ser que la ira me ciegue y ya no vea ni a Dios ni a él!

Tengo frío, mucho frío...

14 de noviembre.

He recibido un telegrama: «Voy mañana, rápido de las 19. Manda coche».

¿Qué significa esto? Aquellos sueños de mi santo ¿serán ciertos? He mandado el coche a la estación... y ya me he asomado cinco veces a ver si viene.

15 de noviembre.

Vino enfermo. Cuando me precipité a la puerta al oír el ruido del coche, lo ví subir penosamente, ayudado por el chofer. Le miré con ansiedad a la cara. ¡Qué cambio, Santo Dios! Demacrado, los ojos brillantes y acobardados, la boca entreabierta aspirando el aire con fatiga.

Llamanos al médico, y apenas me dijo nada: «No sé, no sé; parece algo congestivo». Le he velado toda la noche. Apenas ha dormido y yo no le he querido preguntar nada, porque jadeaba horrorosamente al hablar.

15 de noviembre. Por la noche.

Me lo han ido diciendo poco a poco y ha sido extender más la angustia: está tuberculoso. Tuvo un vómito de sangre en el hotel.

La casa se ha llenado de gentes: su madre, la mía, parientes, amigos, practicantes, monjas. Me quejaba de sola: ¡ya tengo compañía! Lo quería a mi lado: ¡ya está! Padrenuestro que estás en los cielos, ¿nada hay que lo pueda salvar?

¿ Ni mi sangre, ni mi vida, ni la alegría con que lo vería abandonarme, zaherirme, maltratarme, pero sano y lleno de fuerza ?

Estoy escribiendo en este cuartito al lado del suyo, con la puerta abierta para oír los menores ruidos. Hay monjas que lo asisten, pero yo no me he querido acostar: ¿ Cuando él está quizá muriendo, iba yo a dormir? No: aquí estoy con la pluma en la mano, interrumpiendo cada párrafo para acercarme de puntillas a su lecho. Ahora he ido y Sor Nazaret me ha salido al paso :

— Déjelo en paz: está descansando.

— ¿ Duerme ?

— Ahora mismo se ha quedado dormido. Y acuéstese usted, ande... ¡ Pero si no hace nada levantada !

Quisiera despertarlo cada minuto para preguntarle cómo se encuentra y si nota ya dentro de él el milagro que pido a Dios. Refiría con todos los que han venido aquí a ayudarme, a distraerme, a curiosear... ¡ qué se yo a qué ! Yo sola quiero cuidarlo, yo sola quiero tener en los brazos sus sudorosas espaldas para darle de be-

ber, y estar alerta para mullirle las almohadas y arreglarle el embozo.

18 de noviembre.

Está un poquitín mejor. Ya no le silva el aire en la garganta ni tiene los ojos empañados. Anoche caí en mi cama con un sueño intermitente, lleno de sobresaltos y pesadillas: llevaba tres noches sin dormir.

23 de noviembre.

¡ Oh, Diario, Diario, qué poco eres ahora para mí ! No tengo tiempo para nada, ni aunque tuviera pudiera escribir: las manos me tiemblan y si un momento me siento tengo el cuerpo entero lleno de impacencias que me hacen levantar. De aquí para allá, dando órdenes y luego cumpliéndolas yo : « Calienten. . . Pongan. . . Busquen. . . Vayan. . . »

25 de noviembre.

Esta mañana he intentado teparle; pero se ha descubierto más y me ha dicho.

— No me arropes tanto, mujer.

— Mira que hace frío.

— ¡ Pues yo tengo calor !

—Tienes calor porque te agitas mucho; estate tranquilo.

—¿Más tranquilo quieres que me esté ?
¿Más tranquilo y no me dejáis mover un dedo ?

—Así te pondrás bien.

—Así me moriré igual.

—¡Bah, tonto ! No pienses en esas cosas.

Me ha mirado intensamente y luego de golpe ha cerrado los párpados. ... Yo me he inclinado y le he besado la frente.

—¿Me quieres dejar en paz de una vez ?
¡Ya me aburre tanto mimo y tanta caricia.

—Pero...

—¡Vete a hacer puñetas !

Un poco después le he entrado un vaso de leche. Se lo ha llevado a los labios.

—¿No podías tener un poco más cuidado y no servírmela hirviendo ?

—Pues si la he probado y estaba bien...

—Parece que hacéis adrede todo lo que más me puede fastidiar. ¡Las putas me cuidarían mejor ! No sé a qué he venido aquí tampoco... ¡Ponme ese almohadón bien ! ¿No ves que se está cayendo, imbécil ? ¡Trae ! Yo me lo pondré; yo iré

si quieres también a la cocina a prepararme la leche.

—Pero, Luis, cálmate; no hables; ya sabes que el médico ha dicho que no hables

—Me da la puñetera gana de hablar a ver si reviento de una vez.

—Por Dios, Luis, Luis, no grites, por Dios.

—¿Por Dios? ¿Acaso le debo muchos favores? ...

¡Qué horror, cómo ha blasfemado! Parecía que encontraba placer en ofender lo más puro. Cuando se ha tranquilizado un poco le he acercado el vaso que se estaba enfriando; pero lo ha cogido con rabia y me lo ha estrellado en el pecho, cayendo luego estenuado sobre las almohadas.

¡Cómo debe de sufrir el desdichado!

EPÍLOGO

Bueno será que dé de mí algunas noticias autobiográficas. Soy huérfano de padre y madre desde hace tantos años, que apenas los conocí. Quedéme al cuidado de un militar retirado, y porque fuese mayor (cuando yo todavía era chico) llevóme a su casa y aposentóme en un cuarto, del que de allí en adelante fui señor absoluto. Mi tutor y su mujer trataronme a mí con tal cariño y a mis intereses con tal cuidado, que éstos aumentaron sin cobrarse ningún derecho, y yo no disminuí en ninguna manera: que disminuir y achicarse y cohibirse es lo de todos aquellos huérfanos que se encuentran, de pronto, sin el calor necesario a todo hombre para su desarrollo espiritual.

Se me metieron en el corazón, y ahora, ya que no me atan a ellos ligaduras legales, sí quedan aquellas otras afectivas que hacen tan fuertes nudos que había de dejarse ellos los ojos y las uñas quien intentase soltarlas. Gratitud les debo y amor les pago; que no creo que pudiera querer más

a aquella pobre mujer que me parió y se murió pariéndome.

Este matrimonio que me llamó a sí para al abrazarse abrazarme también, tenía muy buena razón para no darse cuenta de la tristeza ajena : esta razón era una gentilísima chiquilla como hasta de 14 años, tan digna por todos conceptos de acaparar, no el cariño de una familia, sino aún el del mundo entero, que si los asuntos de afecto no fuesen los únicos a los que en verdad se puede aplicar la palabra « infinito », acusárales yo de crimen por haber partido en mi favor lo que era sólo del derecho de ella.

Con el bienestar que fácilmente imaginarse puede en un chiquillo que no tiene más preocupación que el no encontrar caras hoscas, pasé los años que me faltaban para hacerme bachiller, y luego abogado, y entrar en el mundo con pie seguro, como quien sabe que tiene que cumplir un deber que cada día se lo marcará claramente : un deber que quizá nunca sabré cuál es, pero que indudablemente quedará cumplido, como un rasgo más que hace la Humanidad con mi trabajo en la inmensa y divina es-

cultura del progreso, en la que los siglos son polvillo impalpable.

Pasé los años de estudios y juegos, como digo, y fué mi mejor compañera en éstos, ya que no en aquéllos, la hija de mis tutores, pese a los siete años que me llevaba, no sé si porque la mujer siempre es niña, complacíame todos mis caprichos infantiles, como si fuese de su gran satisfacción ponerse de portera en la puerta de la cocina y recibir donde la llegasen los balonazos que yo chutaba. Según me fuí haciendo mayor, fué ella mi confidente en travесuras y complots, como una madrecita joven, sin nada de severidad y mucho de comprensión, a quien se le pudiese hablar como a cómplice. Y luego, por fin, cuando las ideas y los sentimientos me llenaron todo de inquietud, ella me la calmo muchas veces y me la escuchó otras : ¡ cuántas le he contado infamias que no tenían ni remedio ni consuelo, sólo para oír de su boca un « no te importe », que era espaldarazo que de nuevo me armaba caballero idealista. Ella es la que me revuelve y ordena mis papeles, y todo me lo curioseá, y apaga una tristeza, y sella una ambición, y



rompe una necesidad, y adora un pensamiento, y mata una duda, y limpia un cariño, y saca, por fin y remate, a flor de labio, mis más escondidas sonrisas.

Lo otra tarde estábamos en el cuarto de estar, ella cosiendo, y yo, mano sobre mano. Era la siesta y entre las tablillas de la persiana entraban chorros de luz. Acaso se oyese fuera algún ruido solitario. Me dijo :

—Ya he leído tu libro. Algunas cosas me gustan mucho, otras poco, otras casi nada y otras absolutamente me disgustan.

—¡ Admirable crítica !

—En principio la idea no está mal; pero se le puede poner el reparo de que en esas siete historias de amor no en todas lo hay. Unas son caprichitos, otras discreteos, algunas...

—¡ Perdón ! Estos amores son colores puros, pedazos de amor.

—Segundo reparo y más principal : hay más amor que el que dices. Por ejemplo, este que yo te tengo.

—¡ Bah ! Cariño de hermana.

—¿ De hermana ? ¿ No te parece que

los hermanos se quieren por lo que tienen de parecidos ?

—Sí : con amor propio. Como si pensarán que entre los hermanos hay más que cariño, hermandad, y dijeran : « ¿ No lo he de querer si es hermano mío ? » Pero si tú sabes que este cariño que nos tenemos no tiene color definido, ¿ cómo le llamas ?

—¡ Qué sé yo !

Tentado estuve de romper todo lo escrito. Hay más amores que estos siete que he pintado en mi libro, y cuando entonces no lo hubiese comprendido así, otros encontrados más tarde me lo hubiesen hecho comprender a mi pesar. Nada en el mundo se puede definir, porque todo es mayor que nuestros cortos brazos, que nunca llegaran a trazar dos rayas y decir : « Desde aquí, hasta aquí ». Y es necio querer enseñar : abra cada cual los ojos y compréndalo como lo comprendiere, y si no, vívalo como lo sepa vivir, sin pararse a razonar como los antiguos atenienses de la decadencia.

Mas, ¡ qué más da ! Hechos estamos ya y rehechos a este satisfacerse de los autores y defraudarse de los que los leen.

Dejémoslo: si todas las teorías que nos han legado nos han servido de bien poco, en cambio, siempre, donde menos se esperaba, ha habido una belleza. ¡Ojalá, lector, la hayas encontrado en este libro! Y no murmures de mí ni digas que estos amores que te he contado no son realidad; párate a pensar que en las realidades que los sabios llaman «verdaderas», puede haber también unos labios femeninos que sonrían con irreverencia de la Fisiología, de la Psicología y aun de la Química, y murmuren levemente, sabiendo que dicen mucho :

—¡Qué sé yo !

ÍNDICE

	<u>Página</u>
Prólogo	5
Rojo	15
Anaranjado.	49
Amarillo	85
Verde.	131
Azul	171
Añil	211
Violeta	263
Epílogo	301

Versos

Segadores, segadores.	44
A ti, la más diosa	98
Cuando el dolor aprieta	128
Era el dormido.	197

Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA CENTRAL



10000225980

5 PESETA

R

15599